

EL EMPERADOR FEDERICO I “BARBARROJA” HOHENSTAUFEN Y EL PAPADO, EN EL ALTO MEDIOEVO

José Manuel García-Osuna y Rodríguez
(Doctor en Historia y Médico de Familia)

RESUMEN-

El presente trabajo se refiere a uno de los personajes regios más importantes de la Alta Edad Media, hasta tal punto que, incluso los historiadores musulmanes, reconocen que su muerte fue una bendición para el Islam. En Europa sus invectivas contra el papado fueron continuas; gibelinos y güelfos enfrentados por el poder temporal; todo este lío medieval tiene al emperador alemán en el centro de los hechos históricos narrados.

PALABRAS CLAVE-

Federico I Barbarroja- Enrique II de Inglaterra- Luis VII de Francia- el papa Alejandro III- Milán y Florencia- Alfonso VIII de Castilla- Fernando II de León- Güelfos y Gibelinos.

1. El Sacro Imperio Romano y Germánico en el Anno Domni 1152-

El 4 de marzo del año 1152, los príncipes alemanes van a elegir, en Francfort del Maine, como su monarca y rey de romanos, al duque de Suabia llamado Federico de Hohenstaufen, que va a suceder en el trono, a su tío Conrado III, que había muerto en Bamberg, el 15 de febrero. Para que su título fuese hecho efectivo necesitaba la coronación por medio del Sumo Pontífice. El Imperio sería abolido, como tal, por el emperador Napoleón I Bonaparte el 6 de agosto de 1806. El Imperio Germánico había sido creado por Carlomagno (742-814) en el año 800, significaba la restauración de su homónimo romano y correspondía al Occidente católico, se apoyaba en el cristianismo de rito latino. Cuando desapareció esa estructura política, en el año 924, la idea fue recogida, en el año 962, por el rey de los germanos, desde el año 936, Otón I el Grande, cuyo prestigio era inconmensurable tras la aplastante victoria sobre los húngaros del año 955, y consiguió ser coronado por el papa Juan XII (cardenal Octavio; 956-964). Desde esta fecha se iban a suceder diez emperadores hasta Federico I Barbarroja Hohenstaufen, que hoy me preocupa y me ocupa: Otón I el Grande (962-973); Otón II el Sanguinario (973-983); Otón III (983-1002), luego lo sería el biznieto del padre (Enrique I el Pajarero, duque de Sajonia) de Otón I, a saber: el duque Enrique II el Santo de Baviera (973-1024); luego los denominados emperadores salios o franconianos: Conrado II (1024-1039); Enrique III el Negro (1039-1056); Enrique IV (1056-1106); Enrique V (1106-1125); Lotario III de Supplinburgo (1125-1137); y, por fin, Conrado III de Hohenstaufen (1138-1152).

Su geografía política en la Germania abarcaba desde los ríos Mosa y Escalda, hasta sobrepasar los ríos Elba y Saale; desde el mar del Norte, el río Eider y el mar Báltico hasta las estribaciones de la cordillera de los Alpes; en Italia, el norte y el centro peninsular hasta las fronteras de los territorios vaticanos, además el ducado-reino de Borgoña (desde el año 1038, que abarcaba la Suiza occidental y el Franco-Condado, entre el río Ródano y los Alpes hasta el mar Mediterráneo). El poder del emperador se apoyaba en el valor y la fuerza proverbiales en los pueblos germánicos, pero este reino de Germania se vería obligado a realizar el mayor gasto posible, con la finalidad de ponerlo al servicio de la causa imperial romana, que era, obviamente, la esencia del Imperio. Aunque en momentos determinados se pensó en alcanzar la soberanía y la autoridad sobre el total de los territorios cristianos, que habían sido carolingios, incluyendo el reino de Francia; por ejemplo, los emperadores despreciaban a los demás monarcas europeos llamándoles, despectivamente, como *regulus* o reyezuelo y, concretamente, el monje benedictino del monasterio de Bec, Etienne de Rouen (1169), presentaba al monarca Luis VII Capeto el Joven de Francia (rey desde 1137 hasta 1180), como a un usurpador frente al propio emperador, al que consideraba heredero de los carolingios. En el año 1150 la denominada *Kaiserchronik*, escrita en lengua bávara, citaba, sin solución de continuidad, a los emperadores del Imperio Romano de Occidente, desde Augusto hasta Conrado III, y se indicaba, taxativamente, que los romanos habían designado a los emperadores dentro del mundo de los francos o salios y, a continuación, del de los alemanes y, según el obispo y cronista, Otón de Freising (1114-1158. Hermanastro de Conrado III), detrás de todo el entramado político se encontraban los inescrutables designios de la Divina Providencia. Uno de los ejemplos paradigmáticos de lo antedicho va a ser Otón III, que reside en la ciudad de Roma y a la que va a proclamar como “capital del mundo”, según un diploma del año 1001, ya que como hijo que era de la bizantina Teofanía, era, por consiguiente, nieto del emperador Constantino Skleros de Bizancio o Imperio Romano de Oriente, por ello aspiraba a reunir en su Corona a Oriente y a Occidente. El abad de Cluny, San Odilón Mercoeur (961-1049), escribía, en un sentido laudatorio, la siguiente soflama: «Rezongue el esclavo y rechine los dientes el húngaro; pásmese el griego, desconciértese el sarraceno y huya; paguen tributo los africanos y el español pida socorro. Venere y ame Borgoña al emperador y salga alegre a su encuentro Aquitania. Diga la Galia toda: “¿Quién oyó algo semejante?” Y el pueblo italiano con los brazos en

alto exclamará: "¡Por Dios, éste es el hijo único del César Otón el Grande!"¹.

Otón III no consiguió ver realizado su sueño, ya que sus problemas italianos fueron proverbiales, por todo ello algunos de los soberanos alemanes consideraron al emperador de Bizancio como un usurpador y, además, subordinado a ellos. El universalismo germánico se basaba en dos factores: la indubitable unidad religiosa cristiana y el recuerdo del Imperio Romano reconstituido por Carlomagno. La mayor parte de los emperadores germánicos tuvieron la convicción de que la Ciudad Eterna, léase Roma, era su verdadera e indubitable capital imperial, aunque no fuese su residencia permanente, pero toda esta estructura universalista debería ser regida por la inequívoca autoridad y poder de los alemanes, que caracterizaban a aquel Imperio del Medievo, el cual se regía por el sistema de elección o de Grandes Electores, para que el príncipe que deseaba acceder al trono imperial pudiese conseguirlo. El sistema de elección va a nacer en el año 879, cuando un personaje ajeno, totalmente, a la dinastía carolingia, llamado Bosón (879-887) fue proclamado rey de Provenza, en Mantaille, por medio de un concilio conformado por nobles laicos y eclesiásticos. En diciembre del año 884 va a morir Carlomán II de Francia (tataranieta de Carlomagno; rey de 879-884), que es nieto del rey Carlos II el Calvo (875-877). Nieto de Carlomagno y, entonces, el nuevo monarca de los salios o francos va a ser el rey Carlos III el Gordo (881-887) de Germania, que será, a posteriori, substituido por el conde Eudes de París (año 888 hasta el 898), quien será el primer monarca de la dinastía de los Capeto o Robertiana de la Historia, ya que era hijo del conde Roberto el Fuerte o el Calvo de Anjou (815-866). Pero en el año 887, la nobleza germana habría destituido al rey Carlos III el Gordo, en Alemania, y lo habían substituido por su sobrino llamado Arnolfo de Carintia (896-899). En Germania, la Dieta o Asamblea nobiliaria, presidida por el arzobispo de Mainz-Maguncia reunía a arzobispos, obispos, abades, duques, margraves y condes, y era donde se elegía al nuevo soberano, la fórmula era clara y concisa: «*Ego eligo N in dominum et regem atque rectorem et defensorem patriae*. (Yo elijo a N como señor y rey, jefe y defensor de la nación)». El nuevo monarca era coronado y ungido en Aachen-Aquisgrán por el arzobispo de Köln-Colonia, el título era el de *Rex Teutonicorum* e inclusive, a veces, el de *Rex Francorum*, pero el sujeto tomaba el título de "Rey de Romanos" y esa denominación conllevaba el Imperio, pero para ser emperador era necesaria la coronación por parte del Sumo Pontífice de Roma. Pero, era obvio, que los emperadores deseaban cambiar esa situación: 1º) Transformando lo electivo en hereditario, para ello designaban a su hijo en vida, aunque en el año 1138 tras la muerte de Lotario III (emperador desde 1133-1137), los nobles se negaron a aceptar la elección realizada por el difunto. 2º) Según el carácter romano de la cuestión, los votos deberían provenir de los ciudadanos de Roma (año 1152): «Dado que todo el Poder, toda la dignidad

del Estado está en manos de los romanos, dado que el emperador depende de los romanos y no los romanos del emperador, ¿qué ley y qué razón prohibirían al senado y al pueblo crear al emperador?»². 3º) Como el papa era el que coronaba al emperador, aquel era libre de conferir o no la máxima diadema imperial al candidato. Por ejemplo, el papa San Gregorio VII (cardenal Hildebrando Aldobrandeschi. 1073-1085), depuso y excomulgó al rey de Germania, Enrique IV (se haría coronar emperador, por el anti-papa Clemente III, en 1084 hasta 1105) y coronó (año 1077) al duque Rodolfo de Suabia, como rey de Germania (duque desde 1057 hasta su muerte en el año 1080, en la batalla de Elster, por su cuñado imperial, Enrique IV), como era de esperar los clérigos aplaudían, con entusiasmo, el Poder del Sumo Pontífice. Por lo tanto el Imperio va a estar muy debilitado, ya que el papado ha derrotado a los emperadores Enrique IV y Enrique V (obligó a abdicar a su padre en 1111-1125), en la Querrela de las Investiduras. El Papa prohibió a los reyes la investidura de los obispos, por medio de la entrega del báculo y del anillo episcopales, aunque los monarcas tenían este hecho como uno de sus derechos fundamentales o prerrogativa regalista: «Gregorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, al duque Rodolfo de Suabia, salud y bendición apostólica. Aunque tu celo en el pasado ha puesto en claro tu devoción al honor de la Santa Iglesia Católica, tu última carta muestra tu ferviente afecto para ella, y prueba cuan grandemente sobrepasas a todos los otros príncipes de esas tierras en este particular. Entre otras felices expresiones de esto, ésta pareció a propósito para promover la gloria del gobierno imperial y también fortalecer el poder de la Santa Iglesia, esto es que el Imperio y el Sacerdocio deben estar ligados el uno al otro en unión armoniosa. Pues de la misma manera que el cuerpo es guiado por dos ojos para la luz física, así también el cuerpo de la Iglesia es guiado e iluminado con la luz espiritual cuando estas dos dignidades trabajan juntas por la causa de la pureza de la religión. Por consiguiente, queremos que sepas que no tenemos mala voluntad para con el rey Enrique, al cual estamos obligados porque fue nuestra elección como rey, y porque su padre, de recordada memoria, el emperador Enrique, me trató con honor especial entre todos los italianos de su corte, y encomendó, cuando murió; subió a la Iglesia Romana en la persona del papa Víctor, de venerada memoria, sino que, con el auxilio de Dios, ni odiaríamos voluntariamente a ningún cristiano, según el Apóstol: "Si entrego mi cuerpo para ser quemado y doy todas mis posesiones para alimentar a los pobres, pero no tengo caridad, no soy nada". Pero puesto que la armonía entre el Imperio y el Sacerdocio debe ser libre y pura de todo engaño, nos parece de la mayor importancia aconsejarnos primero contigo y la emperatriz Inés, la condesa Beatriz y Reinaldo obispo de Como, y otros hombres temerosos de Dios, entonces, después de que hayas entendido bien nuestros deseos, si nuestras razones te parecen justas, puedes llegar a un acuerdo con nosotros; pero si encuentras algo que debe añadirse a nuestros razonamientos o eliminar algo

de ellos, estaremos dispuestos a aceptar tu consejo. Por lo tanto te urgimos a trabajar aún con más ahínco para aumentar tu lealtad con San Pedro, y venir, sin demora, a su santuario para ofrecer tus oraciones y tu bien por el beneficio que pueda acarrearle. Por estas dos razones pongo a San Pedro tan en deuda contigo, que gozarás de su intervención en esta vida como en la futura»³.

Pero en la Alemania de la época, el soberano cooperaba estrechamente con sus obispos, que ejercían el Poder en sus respectivas localidades, y el monarca designaba a sus episcopos; cuando estos fallecían, sus vacantes estaban, de nuevo, a disposición del rey. Está claro que los reyes no iban a renunciar a estos privilegios; por ello estaba claro que el emperador Enrique IV no iba a poder aceptar, bajo ningún concepto, la restauración canónica papal que dudaba, con toda firmeza, de lo que él consideraba como su derecho inalienable. La violenta concusión terminó en el año 1122 con el denominado como Concordato de Worms: «El rey de Germania renunciaba a actuar directamente en la elección de los obispos y abades, que serían elegidos libremente en su presencia por el clero, pero el nuevo electo le juraría fidelidad –lo cual le daba la posibilidad de rechazarle y, por consiguiente, de exigir una nueva elección, y la de arbitrar en caso de litigio entre los electores-, después de lo cual, sería consagrado por el arzobispo metropolitano. Este acuerdo mantenía la prerrogativa monárquica de examinar la persona designada, y por este motivo los más celosos defensores del papado lo consideraban casi como un fracaso. En realidad, se exponía a destruir el sistema elaborado por Otón I por la dificultad que tendría el soberano en rechazar a un elegido poco adicto al triunfo de la corona y más preocupado por la defensa de intereses particulares, pero al que nada tendría que reprochar respecto a la virtud, ciencia y dignidad. Dicho acuerdo llevaría a un seguro debilitamiento del Imperio, tanto más cuanto que durante el conflicto con Enrique IV y con Enrique V, al ser excomulgados y el primero de ellos, además, depuesto, el prestigio imperial sufrió un grave perjuicio con ventaja para el buen nombre pontificio»⁴. Esta vuelta hacia atrás, se va a manifestar en tres puntos: 1º) Como muchos obispos deseaban la paz o estaban a favor de las ideas reformadoras y eran contrarios a la política antipapal de Enrique V, los enviados o legados del Sumo Pontífice pudieron intervenir en las designaciones de los nuevos obispos, suplantando la jurisdicción de los arzobispos metropolitanos, por medio de los poderes que el Santo Padre confería a sus prelados vaticanos, por medio de estos obispos renovados van a participar en la elección de los propios soberanos. En el año 1125, el arzobispo Adalberto de Maguncia y dos legados provenientes de la Santa Sede, consiguieron que los nobles germanos rechazasen la candidatura de Federico I Barbarroja, que había recibido las insignias reales de su tío Enrique V, en el lecho de muerte; por lo que el prelado consiguió que designasen a un sexagenario llamado Lotario III de Supplimburgo, quien solo tenía una hija. El 7 de marzo de

1138, tres meses después de la muerte del anteriormente citado, los nobles electores eligieron; por medio de la necesaria persuasión del cardenal-legado Teodino y del arzobispo Alberón de Tréveris, y renegaron del favorito y yerno del emperador fallecido, Enrique el Soberbio; a Conrado de Hohenstaufen, hermano del complicadísimo y harto peligroso para los intereses de la Iglesia Católica, como era Federico I Hohenstaufen.

El papado mantenía una autoridad creciente en la Europa Occidental, hasta el punto de que el pobre Lotario III dejó a sus clérigos completa libertad para que pudiesen designar a sus obispos, renunciando a intervenir en el caso de litigio entre ellos y a recibir el juramento de los nuevos obispos tras ser consagrados. En Lieja (año 1131), Lotario III, realizó múltiples ceremonias de sumisión ante el Sumo Pontífice, Inocencio II (cardenal Gregorio Papareschi. 1130-1143); el papa le coronó con la fórmula de: "te confiero la plenitud de la dignidad imperial". En la basílica romana de San Juan de Letrán, un fresco representa al Santo Padre sentado en su trono con el emperador de rodillas ante él: "el rey se hizo vasallo del papa y recibió de él la corona". El papado, de forma indirecta, había conseguido que muchos príncipes alemanes se opusieran a los emperadores Enrique IV y Enrique V. En el año 1138, los güelfos o seguidores de Enrique el Soberbio; por ser descendiente del noble Welf (760-824) de Suabia, conde de Andech y de Baviera; se opusieron a la elección de Conrado III Hohenstaufen, y los alemanes se escindieron en dos bandos enfrentados en una sangrienta guerra civil, la cual debilitaba al Imperio. El origen "güelfo" proviene de la Casa de Baviera o de Welf y el nombre procede del pueblo que habitaba en el sur de Alemania, en el siglo IV: los bávaros. El fallecido emperador Enrique V se había apoyado en las ciudades italianas, reforzando sus libertades, para de esta forma incrementar la fuerza de sus posiciones frente al papado; el autonomismo urbano se reforzó y aparecieron pequeños Estados autónomos, tales como: ducados, señoríos y municipios. El Sumo Pontífice alentaba esta atomización para poder debilitar el cohesionado poder imperial, aunque el boomerang se podría volver en su contra y ser su víctima. El papado con sus presiones, las divisiones de los principados alemanes y los deseos italianos de ser libres, son el sumatorio necesario que va a definir la debilidad imperial del año 1152. El emperador tenía tierras privadas, pero muy desperdigadas y carecía de una curia regia *sensu stricto*, su principal consejero era el canciller, que era un clérigo, quien se encargaba de dirigir a todos los servidores imperiales y redactaba las órdenes y la correspondencia del monarca. El asesoramiento político provenía de la Dieta del Imperio o Reichstag, que estaba conformado por todos los nobles principescos, pero la ejecución de los proyectos exigía negociaciones con los más eximios de sus magnates imperiales, que solo eran alemanes, por lo tanto los pilares que sostenían todo el edificio imperial eran los países germánicos que lo conformaban.

2. La Germania en el siglo XII

Los Staufen y los Welf van a luchar, encarnizadamente, por la posesión de la corona imperial en toda Alemania, la geografía mesetaria de planicies cortadas en su porción más occidental por macizos, está regada por los ríos Rhein-Rin, Elba, Oder y Vístula y está condicionada por un clima uniforme y duro de fríos inviernos y veranos cálidos y lluviosos, todo este *maremagnum* o conglomerado climático va a conjugar la existencia de unas gentes corajudas y duras y con deseos de evasión política o de secesión. La Alemania del Alto Medievo está formada por un país de negros bosques, esmaltados de claros donde se van a concentrar grandes pueblos agrícolas, interrumpidos por valles, también existen núcleos de población defendidos por fortalezas, son los *Burg*, que se encargan de proteger las campiñas y los pasos; en el Norte existen páramos con lagos, estanques y marismas; la economía alemana, hacia el año 1150, ofrece el panorama prototípico de una organización territorial basada en la agricultura, ya que la sociedad es de predominancia rural y los ricos cultivos son de cereales y de vid. En esta época se va a iniciar el crecimiento demográfico medieval germánico, lo que va a obligar a la tala de grandes extensiones arboladas en los bosques, para el asentamiento de nuevos pueblos, se va a incrementar el tráfico comercial por las vías fluviales, los primeros comerciantes alemanes son oriundos de Colonia, de Bremen, Tiel (al sur de la flamenca Utrech) y Bardowieck (en la ribera del río Elba), y son traficantes en vinos del río Rin y de Alsacia; en pescado seco proveniente de Escandinavia y en telas y tejidos de Flandes y de Frisia; cobre y plata llevados desde Magdeburgo hasta Colonia y, por fin, sal de las salinas de Lüneburg. La escasa romanización de los germanos fue proverbial, salvo la producida entre los ríos Rin y Mosa. Tras recibir las enseñanzas del cristianismo, se habían incorporado al Imperio carolingio, que se iba a transformar en un bloque de hablantes de lenguas germanas, en su inmensa mayoría.

Pero la cohesión germánica se iba a debilitar por causa de dos factores esenciales: 1º) El Poder pertenecía a la nobleza terrateniente, así iban a aparecer los ducados étnicos, por aquello del Poder del caudillo sobre sus mesnadas guerreras, al conseguir debilitar al Poder central imperial o regio, en el siglo X; por lo tanto iban a poder crear sus propios principados, los cinco más importantes van a ser: Sajonia; Baviera; Suabia; Franconia y Lorena, desde los siglos X y XI el monarca había intentado reducir el poder de esas fuerzas nobiliarias secesionistas ducales, para ello se habría reservado el derecho de investidura de esos duques, cuando los ducados eran territoriales y, ya, no étnicos. Pero, a pesar de todo, en este siglo XII, que hoy nos ocupa, existían todavía duques con poderes propios y con dominio sobre otros nobles y plebeyos, sobre los que el soberano solo tenía competencias indirectas; era un tipo de Poder público, que era competencia del monarca y de la aristo-

cracia conjuntamente. El ducado alemán es reticente a la unificación y es, por consiguiente, una masa inerte frente a la autoridad central regia, pero no existe un deseo de desintegración o de secesión ducal. 2º) El Feudalismo, que va a agravar las disensiones entre los príncipes dominantes del territorio alemán, que son los Welf y los Staufen, que es el sistema de dependencia que ligaba a los señores menos fuertes con los nobles más poderosos y sintetizaba el homenaje. Los aristócratas tenían a un buen número de vasallos bajo su protección, a los que entregaban feudos y debían servicios (pago de impuestos, asistencia judicial y ayuda militar). El monarca observaba con desazón cómo su autoridad se debilitaba, por la gran cantidad de subordinados que tenían los príncipes locales. Las funciones públicas se hacían feudales, ya que eran cargos otorgados como feudo por el monarca, y al estar regulados por el derecho feudal reducían a la nada el control del soberano, el ejemplo característico era la jurisdicción condal que, de forma primigenia, era un oficio estatal de administración local (el condado) en nombre del Poder central, era un feudo que el monarca no podía abrogar. A pesar de todo, Otón el Grande había conseguido que la noción de Estado y de Poder público se mantuviese.

Al lado de los duques y, a veces, asociados a ellos se situaban los condes palatinos, que provenían de oficiales judiciales carolingios de palacio, el más notorio era el de la Baja Lorena o Palatinado o conde-palatino del Rin, van a obtener su título de su *Burg* o fortaleza-castillo principal. Los principados eclesiásticos están conformados por la ciudad en la que reside el obispo o el arzobispo, los más importantes son: Tréveris, Colonia, Maguncia y el bávaro de Salzburgo, todos estos príncipes episcopales y, también, los abades son de dependencia exclusiva del monarca, que los va a elegir según el Concordato de Worms, salvo en Baviera donde el duque ejerce la prerrogativa regia. Por debajo de ellos están los propietarios de los alodios, que poseen señoríos rurales, poseyendo mando y lazos de vasallaje con sus habitantes, son los: A) "Herren" o "señores, amos, dueños", que poseen alodios (tierras libres de cargas y de derechos señoriales) y extensos feudos. B) "Ritter" o "caballeros", que, aunque con feudos pequeños, eran libres y C) "Dienstmannen" o "mozos de cuerda", de origen servil palatino, pero muy ricos, que poseían un oficio. Además existen las urbes que son "hijas" o nacidas del comercio o de las relaciones comerciales, y donde solo el rey tiene el derecho a crear mercados, las ciudades crecían alrededor de núcleos administrativos rurales o *Neustadt* y junto al barrio mercantil primitivo o *Altstadt*; las urbes eran administradas por un servidor palatino del príncipe, que poseyese la concesión regia urbana y se llamaba *Schultheiss*. Pero los mercaderes, a partir del siglo XII, van a recibir la ayuda política regia para conseguir debilitar los privilegios de los poderosos: al obtener la exención regia de las tasas, disfrute de libertad para los habitantes de las ciuda-

des y participación en las tareas administrativas del gobierno ciudadano; de esta forma este grupo urbano se sentía cohesionado, al ser apoyado por el soberano y eran representados, ante el *Schultheiss*, por concejales. Destacaremos algunas ciudades como las más importantes: Colonia con su recinto amurallado de 197 hectáreas; Worms; Maguncia y Basilea, todas ellas en Renania; en la Alemania meridional estaba Augsburgo, aunque en el Norte sorprende la cantidad de eslavos existentes en Stettin, y que junto a Bremen, Dortmund y Hildesheim son las que van a recibir, ya, sus primeras Cartas urbanas o Fueros.

El rey tiene la obligación de mantener la paz y para ello va a promulgar Constituciones de Paz o *Landfrieden*, a las que se van a someter los príncipes que participaban en su elaboración; en teoría el monarca posee un Poder absoluto, nunca tiránico, ya que va a tener que respetar unas normas que se subrayan en el juramento prestado en el día de su coronación, donde se iba a comprometer a defender la fe católica contra el cisma y la herejía, protegiendo sin contrapartidas a sus clérigos. Las dos prerrogativas del monarca eran: El *Ban* o derecho de mando y el Poder graciable de poder anular las penas, seguirá poseyendo el derecho de alta justicia: a) juzgar las causas de derramamiento de sangre y b) las que impliquen la pena de muerte. Por lo tanto cuando el rey está presente en un determinado condado, las prerrogativas son solo del soberano y este ejerce la autoridad judicial, salvo en las Marcas o fronteras. En el plano militar, el *Ban* le va a permitir ejercer el derecho a la movilización y al mando de la milicia, además de la autoridad para eximir de las obligaciones militares, pues los margraves (de *mark* o frontera y *graf* o conde, equivalentes a marqueses o gobernadores militares de una Marca) y sus soldados solo tienen la obligación de participar en las expediciones bélicas que se van a desarrollar en sus limes o fronteras. La milicia es casi totalmente de caballería y, por ello, nobiliaria en exclusiva y aunque el monarca dirige el ejército, las tropas se colocan bajo las banderas de sus caudillos respectivos, existe la idea de que la soberanía es común al rey y a la alta nobleza.

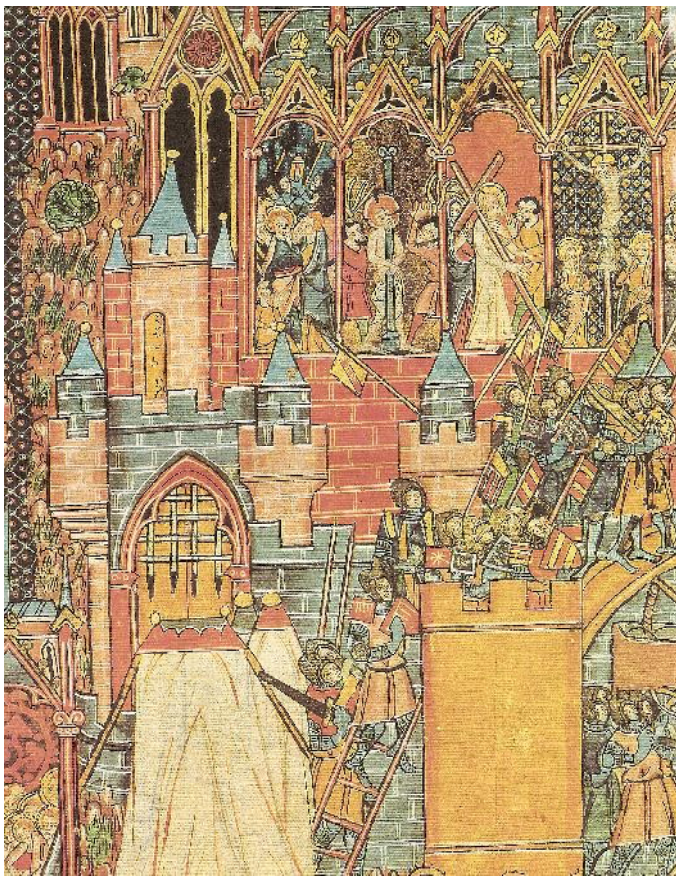
El rey tiene la potestad para acuñar moneda, crear mercados, exige el pago de los *tonlieux* o impuestos por la exhibición de productos en los mercados y, además, los peajes, y habría conservado la autoridad sobre ríos, bosques y minas. El monarca solo puede exigir el pago de la talla o impuesto directo y personal en sus feudos, alodios y ciudades, que es un derecho regio que transmite el dominio útil de la finca. No obstante el Trono dispone de bienes dispersos: tierras, castillos y fortalezas y palacios, que sirven para gobernar, pero no para aportar fuerza efectiva, su capital son sus bienes personales y familiares principescos. Su Cancillería está formada por clérigos, es su gobierno ministerial, en Alemania el archicanciller es el arzobispo de Maguncia, para Italia su homónimo de Colonia y en Borgoña el susodicho de Besançon, y los

tres subordinados al Canciller; además en el Aula Regia existen consejeros áulicos o regios que son sus parientes, amigos y servidores palatinos, casi siempre fidelísimos por la buena estrella que les va a suponer servir al monarca, a los que se van a unir los cuatro altos oficiales reales: el senescal, el mariscal, el escanciadador y el tesorero, que son cargos hereditarios adscritos al conde palatino del Rin, al duque de Bohemia, al duque de Sajonia y al duque de Suabia. El Poder central y los locales están representados en la reunión de los príncipes, que es la Dieta imperial. En virtud del feudalismo existente, el rey no puede ejercer una autoridad permanente sobre sus nobles, aunque en teoría todos ellos le prestan un juramento de fidelidad, y le rinden el homenaje por los feudos que les otorga y que les obliga a: a) darle consejo, b) asistirle en la administración de justicia, c) procurarle ayuda económica en casos especiales y d) ayuda militar por un número determinado de días. Si un noble falta a la fidelidad debida al rey, puede ser desposeído de su título y de sus funciones, pero debe ser, ello, aprobado en la Dieta y lo que se le confisque debe ser entregado, de nuevo, en feudo. Por ello se observa que es el rey quien tiene la última palabra, al ser el más fuerte por su propio poder personal.

3. La situación en Italia hacia el año 1150

En el siglo XII, la península itálica se ha singularizado, no es una unidad, pero sí el fruto apetecido de muchas aves de presa europeas, por su fama, riqueza e historia. El cronista alemán y obispo Otón de Freising, que es el tío carnal de Federico Barbarroja, escribe en el año 1154: «Este país está limitado por los Pirineos (llamados Alpes) y los Apeninos, muy elevadas y accidentadas montañas que se extienden de un extremo a otro; es, por decirlo así, como el ombligo de dichas montañas o su jardín de delicias; se extiende desde la costa del mar Tirreno hasta la del Adriático... Regado por el curso del río Po, que los geógrafos incluyen entre los tres ríos más célebres de Europa, es un país productor por la feracidad del suelo y clemencia del cielo, de trigo, vino y aceite; que produce bosques incomparables de todos los árboles frutales, especialmente castaños, higueras y olivos... Dicho país está dividido en ciudades y conserva la república imitando a los antiguos romanos. De hecho, los italianos son amantes de la libertad hasta el extremo de que, rechazando la insolencia del Poder, son regidos por cónsules antes que por soberanos. Se dividen en tres órdenes: los *capitanei*, valvasores y la plebe, y para impedir toda dictadura se eligen los cónsules para servicio de los tres; cambian casi todos los años para impedir la ambición de dominación. De ello resulta que en todo este país, dividido en ciudades a cuyos habitantes cada ciudad obliga a permanecer unidos, no es posible hallar hombre noble, importante o muy ambicioso que no respete la soberanía de su ciudad. En función de ese poder de obligar a sus habitantes a permanecer unidos, cada cual llama *contado*

al territorio sometido a su corte; pero como no falta ocasión de imponerse a sus vecinos, no desdénan entregar el cinturón de caballero y el grado de dignidades a jóvenes de condición inferior u obreros de profesión humilde y mecánica, que todos los demás países rechazan como la peste de las carreras honorables y liberales. De aquí resulta que aventajan en riquezas y poder a todos los otros países del globo. A ello contribuyen, no solo la habilidad de su técnica, sino el hecho de que los príncipes se han habituado a ausentarse de esos países transalpinos. Olvidando la antigua nobleza, conservan los vestigios del regusto bárbaro por no someterse al derecho, aunque se vanagloríen de vivir con el derecho. En efecto, nunca o casi nunca acogen respetuosamente al príncipe, a quien espontáneamente deberían manifestar sumisión y reverencia, y nunca o casi nunca oyen sumisamente lo que



decide a tenor de las leyes, sino cuando sienten el peso de su autoridad ante la presencia de muchos caballeros. Por ende, suele ocurrir que reciben a menudo con hostilidad, cuando reivindica sus derechos, al que habían de acoger como a su príncipe legítimo y bondadoso. De aquí resulta un doble inconveniente para la cosa pública, pues de una parte el príncipe se dispersa en esfuerzos militares para someter a los ciudadanos y por otra los ciudadanos no se someten a la obediencia más que a costa de derrochar sus bienes»⁵.

Pero el obispo alemán demuestra un gran interés en silenciar que en Italia existe feudalismo, aunque en la forma de estructura alterada y débil, ya que, además, de

los territorios imperiales, a su lado están el reino de Sicilia y los enclaves itálicos del Imperio Bizantino, es verdad que la evolución política itálica, atomizadora, va a conllevar la aparición de ducados y marquesados, de los que el más poderoso es el de Toscana, que tenía varios condados bajo vasallaje efectivo y directo, el marqués toscano delegaba en los obispos la autoridad temporal sobre las ciudades y tierras colindantes, pero con la muerte de la gran condesa Matilde de Canossa (1046-1115, aliada fiel del papa Gregorio VII en la crisis de las Investiduras), se había extinguido el marquesado, y este luctuoso hecho había conllevado un enorme enfrentamiento de intereses, por su heredad, entre el Imperio y el Papado; los problemas estribaban en que los condados liberados (Reggio Emilia, Módena, Mantua y Ferrara) eran, ahora, reales y, asimismo, porque se encontraban en posesión de los alodios de la difunta o bienes propios. El resultado definitivo será que, tras el año 1120, va a desaparecer todo tipo de autoridad central y las ciudades se van a ver favorecidas, por ello la fragmentación del paisaje urbano italiano es más profundo que en el resto de Europa. Desde mediados del siglo XI, los comerciantes italianos se van a aprovechar del tráfico renovado medieval de mercancías, son hábiles y audaces y van a conseguir suplantarse a los bizantinos y a los sarracenos, en primer lugar va a producirse el fenómeno en Bari, Amalfi y Salerno, que es la Italia meridional, a continuación van a tomar el relevo los puertos más septentrionales como son: Génova, Pisa y Venecia, además es necesario comerciar con otras ciudades occidentales para poder vender los productos importados y encontrar mercancías para exportar, e incrementar la artesanía hacia artículos muy refinados, todo ello se produce en un caldo de cultivo que incrementará la demografía, además del ornato y la extensión del marco municipal, el afianzamiento de la mentalidad urbana y el enriquecimiento de los potentados mercantiles, estos últimos de grado o por fuerza van a apoderarse del poder político en las ciudades, suplantando a los señores eclesiásticos, y a los marqueses y condes laicos y, aunque en algunas ocasiones se apoyan en el rey, en otras lo hacen en su contra o lo ignoran por completo. Se van a crear los municipios, donde sus habitantes se van a juramentar para defender sus libertades, por lo tanto el feudalismo se va a debilitar en estos lugares, porque, además, los municipios van a reivindicar la jurisdicción sobre todo el territorio limítrofe a su ciudad, llamado *contado*, arrebatándoselo a muchos pequeños señores locales. Las estructuras eran: 1ª) Asamblea plenaria de los ciudadanos o *arengo*, que era el teórico Poder supremo urbano; y 2ª) Las atribuciones legislativas eran propiedad del Consejo de Ciudadanos, que estaba conformado por un grupo más restringido y del mismo emanaban la dirección política, el gobierno, la justicia, el mando militar y los derechos económicos; las prerrogativas las ejercían los cónsules, organización consular que va a tener su origen en: Asti (año 1093), Arezzo (1098), Génova (1099), Pavía (1105), Bolonia (1123), Siena (1125), Florencia (1138) y en Milán (1150). El cuerpo consular, con la excepción de

Milán y de Cremona, estaba en poder de la aristocracia ciudadana, que eran ricos comerciantes y nobles unidos por intereses económicos comunes y alianzas matrimoniales, todo ello permitía a los no-nobles llegar a la categoría de los caballeros. Los *maiores* o *milites* poseían caballos para poder combatir, se distribuían en *capitanei* y *valvasores* y gobernaban sobre o contra los *minores* o *pedites*. Esta alteración y predominio urbano va a actuar en detrimento del Poder regio, el mismo es solo teórico y actúa con el título de emperador en Italia, su capital es Pavia (La Ticinum de la Antigüedad) y posee bienes patrimoniales en la Lombardía, en el Piamonte y en la Toscana, pero no posee ningún tipo de administración salvo el título honorífico de Vicecanciller de Italia, ya citado anteriormente. Defienden sus prerrogativas municipales o libertades ciudadanas, no se someten a una autoridad centralizadora que contraría sus leyes, pero necesitan de un Poder superior que pueda garantizar y proteger sus usos y sus costumbres, cohesionando su reino; por lo tanto consienten y comprenden la necesidad de la existencia del emperador, aunque sin desear que ejerza su plena jurisdicción soberana sobre ellos y que respete la autonomía de sus ciudades, que constituyen uno de los elementos esenciales del Imperio.

«Mas la realidad era todavía más compleja, pues por causas económicas y, a consecuencia de la ambición del Poder, las ciudades se enfrentaban entre sí, se envidiaban, se odiaban las más de las veces –así Milán y Cremona, Génova y Pisa-, estando dispuestas a aniquilar a su rival y a reclamar contra ella la ayuda imperial. Era éste un factor de profunda división, mas para el emperador la posibilidad constante de intervenir»⁶.

4. El Estado Pontificio

En pleno siglo XII el denominado patrimonio del papa o del Vaticano o Patrimonio de San Pedro, había disminuido con respecto a lo que había recibido de Carlomagno y de Otón I el Grande: al Sur del río Tíber estaban colindantes las regiones de la Campania y de la Marítima, la primera sobre la costa del mar Tirreno limitaba al Este con los Montes Albanos y los Lepinos; la segunda entre dichas cordilleras y los Montes Apeninos y emitía una prolongación hasta el afluente tiberiano, el Anio, por la región de la Sabina. En el meridión estaba el reino de Sicilia y al Este se hallaba el ducado de Espoleto. Al otro lado del río Tíber se encontraba el Patrimonio de San Pedro en Tuscia, que era un triángulo conformado desde el puerto de Roma, léase Ostia, hasta Montalba, a medio camino entre las ciudades de Orbetello y Civitavecchia; por el interior seguía el curso del río Tíber desde Città di Castello hasta la desembocadura del río en el mar Tirreno, con los enclaves papales en la orilla derecha del río y llamados Todi, Narni y Amelia, incluyendo los lagos de Bolsena, de Trasimeno y de Bracciano, así como las ciudades de Viterbo, Orvieto y Perugia-Perugia (capital de la Umbria), y los pueblos de Acquapendente, Radicofani

y Toscanella. A horcadas sobre el río y a ambos lados del mismo, se encontraba la urbe capitolina, léase Roma, sobre todo en la ribera izquierda, con su población agrupada en el cuadrilátero conformado por el Mausoleo de Augusto, las Basílicas de Santa María la Mayor y de San Juan de Letrán y la colina del Aventino, con una mayor concentración demográfica en los vetustos barrios romanos existentes entre el Foro de Roma, el Mausoleo de Augusto y el propio río Tíber, en torno al palacio papal de Letrán. Fuera de la muralla del emperador Aureliano (Lucio Domicio 214-emperador de 270-275) existía población en: la isla tiberina, en el Transtévere y en la ribera derecha del río entre la basílica de San Pedro y el Castillo de Sant'Angelo (el primigenio cenotafio del emperador Adriano, de 76-emperador en 117-138). Los nobles señores que eran vasallos del Santo Padre eran muy poderosos y pertenecían a las familias que desempeñaban papeles importantes en la historia vaticana, a saber: los Savelli, los Frangipiani y los Colonna. En Roma la vetusta aristocracia se había apoderado de la ciudad en el año 1143 y había proclamado el municipio, aunque el prestigio europeo de la Santa Sede se había incrementado a causa de las peregrinaciones y del triunfo en la querrela de las Investiduras; la asamblea municipal romana se va a denominar el “Senado”, remedando su existencia en la Roma de la Antigüedad.

En el año 1145 el papa, Beato Eugenio III (cardenal Bernardo Paganelli; 1145-1153), va a intentar negociar con el Municipio, pero será perseguido y deberá refugiarse en Francia, desde donde va a regresar, en el año 1149, con el inestimable apoyo del rey Roger-Rogerio II de Sicilia. En el año 1146, un clérigo sabio y culto, llamado Arnaldo de Brescia, va a criticar, con toda acrimonia, las enormes riquezas que posee la Iglesia Católica y el Poder omnímodo del Santo Padre, y aprovechó para recordar al municipio romano que suyo era el Poder ciudadano, y repudió el poder temporal papal. Cuando el papa regresó, el número de sus enemigos había crecido, por lo que reclamó la ayuda del emperador (1150-1152), lo cual era muy peligroso, ya que con ello le iba a considerar como heredero de los emperadores romanos o rey de romanos, además de ser, *sensu stricto*, protectores natos de la Sede de San Pedro y, por consiguiente, tenían derecho a intervenir en el Patrimonio de San Pedro. Todo este galimatías se iba a agravar con las disputas territoriales existentes entre el Papado y el Imperio: 1) Las reivindicaciones papales sobre la región de la Emilia Romagna, ya que este ducado era el que había heredado o substituido a las posesiones medievales del Imperio de Bizancio o Exarcado de Rávena, que era la suma de los territorios de Bolonia, Ferrara y Rávena, 2) Pero lo mismo ocurría con la Marca de Ancona, primero papal bajo el nombre de Pentápolis, y luego del ducado de Espoleto, para finalizar unida a Fermo ya como la verdadera Marca citada, 3) Pero las reivindicaciones papales sobre el ducado de Espoleto eran espurias o falsas, y 4) Pero en el año 1150 las reivindicaciones más vivas y apremiantes eran sobre

los bienes sucesorios de la fenecida condesa Matilde, en los territorios de la Toscana, aunque los feudos del Imperio (Toscana, Reggio Emilia, Módena y Mantua) habían revertido al Imperio, y los alodios de las comarcas que dicha condesa había recuperado (1102) como feudo del papado, los había legado a su primo imperial, Enrique V (año 1115), quien se negaba a rendir pleitesía al papado, pero en el año 1125 el emperador había muerto y el Sumo Pontífice pensó en la recuperación de los mismos, para entonces los vasallos pidieron ayuda al emperador fuese quien fuese el que iba a heredar las prerrogativas imperiales.

5. Los Reinos de Sicilia y de Venecia

En el año 1152 el poder siciliano estaba en las manos de la dinastía normanda, y era el soberano insular Roger o Rogerio II. La dinastía había nacido en el año 1010 cuando unos caballeros normandos (Roberto Guiscardo y Roger o Rogerio I), hijos del señor Tancredo de Hauteville (?-Antioquía, 1112), se pusieron al servicio de la nobleza isleña contra los musulmanes asentados en la isla desde los años 820-830, a quienes comenzaron a rechazar o a dominar. Comenzaron a liberarse de las prerrogativas nominales de Bizancio y sometiendo a la nobleza griega consiguieron sojuzgar, además, a las pequeñas repúblicas ciudadanas de Gaeta, Nápoles y Amalfi. En el año 1127, Roger II, hijo de Roger I (que había derrotado a su sobrino Bohemundo), domeñaba a todos los efectos en el principado de Capua y en el ducado de Sicilia. Sería coronado en Palermo (1130), por aclamación popular; en el año 1139 el papa Inocencio II lo iba a reconocer como soberano y lo hacía vasallo de la Santa Sede. Pero Bizancio no estaba por la labor de renunciar al dominio y su emperador Manuel I Comneno el Grande (1118-1180), se puso manos a la obra, el emperador alemán no podía oponerse legalmente a su homónimo romano de Oriente, pero sí podía reivindicar toda la Península itálica por medio del propio dinamismo imperial o imperialista. En el caso de Venecia, Bizancio habría recibido el *placet* de Carlomagno, en el año 812, para poder ocupar la zona de las lagunas y de las islas adyacentes en su mar Adriático; su dux o soberano sería independiente y se iba a establecer en la isla de Rialto. Los papas nunca se interesaron por dicho territorio y los emperadores germanos dejaron el *status quo* de independencia tal cual.

6. El reino de Borgoña

En el año 888, tras la muerte del rey carolingio, Carlos el Gordo, Rodolfo I, hijo del conde Conrado de Auxerre, fue coronado como rey de Borgoña, territorio que abarcaba las diócesis de Besançon, Basilea, Lausana, Ginebra y Sión. El sucesor, Rodolfo II (912-937), intentó ceñirse la corona de Italia, pero fue derrotado por su rival, Hugo de Provenza, quien le obligó a renunciar al trono

regio de los longobardos, con su capital en Pavía, pero le entregó el reino de Arles como contrapartida, los descendientes languidecieron hasta que Rodolfo III (993-1032), sin herederos legítimos, entregó su territorio al Imperio, que estaba en poder de Conrado II, era el año 1032. En el año 1038, en Soleure, los obispos y abades legitimarían esta situación. Pero los emperadores en raras ocasiones se iban a ocupar de dicho territorio y nunca residieron en Borgoña, por lo que la independencia era casi total, estando bajo el dominio de la nobleza vasalla del emperador del momento: los marqueses de Provenza, los condes de Vinasque-Aviñón, condes de Provenza de la dinastía condal barcelonesa, y sus homónimos de Forcalquier y Niza; pero los más poderosos se encontraban al norte y eran los condes de Vienne, Maurienne y Saboya y, sobre todo, los condes de Borgoña que eran los dueños del prototípico del mismo nombre (hoy el Franco-Condado); por el contrario Arles y Marsella eran ciudades autónomas. Todos estos territorios eran diferentes en cuanto a su contextura social y su economía. Todo este conglomerado político, social y geográfico va a ser con lo que tenga que lidiar, lo mejor que le sea posible, el más prestigioso de los príncipes alemanes, es decir: Federico I Barbarroja Hohenstaufen.

7. El programa político y la historia personal de Federico I Barbarroja

Las negociaciones entre los príncipes electores van a ser constantes, entre el 15 de febrero de 1152, cuando fallece, en Bamberg, Conrado III, y el 4 de marzo del mismo año, cuando va a ser elegido como rey de Germania, su sobrino: el duque Federico de Suabia. Los electores son muy poderosos: 1º) Los Staufen, que procedían de Federico de Beuren (muerto en el año 1094), su hijo Federico de Suabia se casaría con la hija del emperador Enrique IV, llamada Inés, con la que tendría dos hijos: el primogénito o Conrado III y el benjamín o Federico el Tuerto (muerto en 1147) y padre de Federico Barbarroja, Además se encontraba un niño de siete años, Federico de Rotemburgo, primo de Federico Barbarroja, por ser hijo de Conrado III; otros de los apoyos de los Staufen eran los duques de Babenberg, cuyo jefe era Leopoldo de Austria, que se había casado con la duquesa-viuda Inés, con la que tuvo tres hijos: el duque Leopoldo de Baviera y margrave de Austria (muerto en 1141), cuyos títulos iban a pasar a su hermano menor, Enrique Jasomirgott, y el benjamín que fue el notorio obispo Otón de Freising.

En Italia, los Staufen (por su castillo patrimonial llamado Hohenstaufen), eran llamados Waiblingen, que era el nombre de uno de sus castillos, italianizados en Gibelinos; frente a ellos se alzaban los Welfs o Güelfos, originarios del ducado de Baviera, enfeudado al emperador Enrique IV en el año 1070. En el año 1152, sus cabezas dirigentes eran Enrique el León y su tío Welf VI, el duque el León, de 22 años de edad, era hijo del duque

Enrique el Soberbio de Baviera (muerto en 1139) y de la duquesa Gertrudis que era la hija del emperador Lotario III de Supplimburgo (candidato al trono imperial en 1125, frente a Conrado III), quien al morir traspasó su ducado patrimonial de Sajonia a su yerno. En el año 1142, Conrado III consintió en devolver Sajonia, de la que se



Federico Barbarroja junto a su hijo Enrique y Federico, duque de Suabia, en un manuscrito del siglo XII

había incautado *manu militari*, al duque el León, aunque otorgó Baviera a Leopoldo de Austria, quien la transfirió a Enrique Jasomirgott. Otros electores se iban a unir a uno u a otro de los dos clanes citados y se pueden destacar de entre ellos a: 1º) el duque Bertoldo de Zähringen, siempre ambiguo y veleidoso en sus alianzas; 2º) el conde-palatino de Baviera, Otón de Wittelsbach, que era un acérrimo antigüelfo, como el conde Enrique de Ratzeburgo; y 3º) otros eran de difícil adscripción por haber recibido favores y sinrazones de ambos clanes, eran: a) el margrave Alberto de Ballenstädt de Brandemburgo; b) el conde Adolfo II de Schauenburgo de Holstein era muy independiente y desconfiado; c) el duque Ladislao II de Bohemia; y d) el conde-palatino del Rin llamado Hermann de Stahleck, etc.

Los electores eclesiásticos, por el contrario, estaban muy preocupados por mantener la paz interna, unos eran adictos al bando de los güelfos, pero otros que habían sido designados por Conrado III estaban al lado de los Staufen, entre ellos se encontraban los arzobispos:

Arnoldo Wied de Colonia; Hillin de Tréveris; Conrado de Passau y Otón de Freising. Entre Federico I Barbarroja y Enrique el León comenzaron, pues, las negociaciones en la segunda quincena de febrero y el acuerdo fue muy fácil: 1ª) la guerra era absurda, cansada e inefectiva, 2ª) Federico I Barbarroja estaba emparentado con los Welfs, ya que su padre, Federico el Tuerto, se había casado con Judit, que era hermana de Welf VI y de Enrique el Soberbio, por lo tanto el atractivo Federico I Barbarroja Hohenstaufen, primo-hermano de Enrique el León, sería "la piedra angular capaz de juntar los dos muros que se separaban"⁷, 3ª) el Staufen, además, indicó a los electores que les compensaría si era elegido, y 4ª) pero la posible llegada de un legado pontificio, otrora a favor de Lotario III contra los Staufen, enmarañaría los acontecimientos, por lo tanto Federico Barbarroja, rey de Germania y rey de Romanos, fue, por consenso unánime, coronado en Aquisgrán-Aachen, el 9 de marzo de 1152, contaba con 27 años de edad, pues había nacido en el año 1125. «Era de estatura mediana, anchas espaldas y fuerte complexión, de cara un tanto alargada y realzado con una barba rubia que tiraba a pelirroja –de aquí el apodo que le dieron los italianos–, era un muchacho vivaracho, ardiente, entusiasta de los deportes del Medievo (equitación, caza, y natación) y siempre generoso en entregarse; un hombre, además que, pese a su juventud, dejaba tras de sí un pretérito bien aprovechado»⁸.

Es lógico pensar que había recibido una buena educación militar, su bagaje intelectual elemental era muy superior al del resto de los jóvenes alemanes de su tiempo y de similar alcurnia, pero se negó, siempre, a aprender latín; aunque su preparación política sería excelente, estando al cuidado del abad Wibaldo de Corvey-Stavelot y, sobre todo, por haberla aprendido de forma empírica. Su padre había sido proscrito del Imperio por oponerse a las decisiones de Lotario III, a quien desafió (en diciembre de 1127), promoviendo al trono imperial a su hermano, Conrado III, donde tuvo la ocasión amarga de comprobar que la nobleza de sangre cambia de partido con suma facilidad, en cuanto la victoria le es esquiva, en esta tesitura tuvo que someterse a la voluntad imperial de su enemigo. Con su tío en el trono, Federico Barbarroja tuvo unos diez años de aparente tranquilidad y bonanza, dedicado a la administración de su ducado de Suabia, cuando su padre decidió retirarse a un monasterio de Alsacia. Al participar en todas las contiendas civiles que asolaban, de continuo, Alemania, Federico Barbarroja iba a comprobar cómo eran de perjudiciales estas constantes secesiones para el Poder Real. Antes de la muerte de su padre, en el año 1147, por causa de la cual obtuvo el ducado de Suabia, dos hechos esenciales van a marcar su vida futura: 1º) se va a matrimoniar con una insignificante joven llamada Adela de Vohburgo y 2º) va a tomar la cruz de cruzado, para partir en la II cruzada con su tío Conrado III de Alemania y el rey Luis VII el Joven de Francia (casado con Leonor de Aquitania), pero los turbios manejos del emperador Manuel I Comneno de Bizancio van

a conducir a la expedición al fracaso más absoluto. El emperador alemán sería derrotado por los otomanos en Dorileas (octubre de 1147), retornarían a Bizancio y, desde allí, por mar van a conseguir conquistar San Juan de Acre, aunque la infantería de Otón de Freising iba a ser aplastada en Laodicea y, por fin, llegará el fracaso final en el sitio de Damasco, lo que va a motivar el regreso de los alemanes a Europa. Pero el caos y el desastre expedicionarios no fueron baldíos para la experiencia de Federico Barbarroja, que pudo aprender todo lo que no había que hacer si se pretendía tener éxito contra los consolidados principados sarracenos palestinos. De esta forma se va a granjear la estima de todos y la confianza de su tío, Conrado III.

«En efecto, fue en ese momento, al parecer, cuando nació en la mente del emperador la idea de señalar la atención de los electores a su valeroso sobrino, y así tomó cuerpo en el ánimo del joven la ambición imperial. Los dos años siguientes señalados por la nueva ruptura, en condiciones muy duras, entre el rey y Enrique el León, pasaron pronto. Luego el sueño se convirtió en realidad, una realidad sombría y amarga, en la que la desunión de los príncipes alemanes era el factor esencial. Frente a ella Federico Barbarroja traía notables cualidades. Este príncipe, físicamente robusto y vigoroso, de mucho aguante, conversador agradable, incluso encantador cuando quería, fue ante todo un perfecto caballero, animado por un ideal muy alto, es decir, convencido de que había de ser útil y de que este servicio sería el de las buenas causas. El valor mediante la fuerza y la fuerza mediante el derecho y la moral pudieron ser su divisa. Esto explica las dos cruzadas suyas, su afán de justicia, su voluntad de paz, aun cuando esas diversas actitudes se basasen también en necesidades prácticas. Notable por su noble educación y aceptando las exigencias de esta sociedad, Federico siempre fue leal, aunque, como todo gran jefe de Estado, tuviese a veces que pagar tributo a la habilidad y a la astucia. Fue generoso, prodigándose personalmente con ardor, amante de renovar las amistades y provocar el perdón, si bien como todo monarca poderoso hubo de calcular la indulgencia y medir el efecto. Estas cualidades de alma tenían asimismo su contrapartida. En efecto, el valor se expone a ser brutal, la fuerza a convertirse en violencia, la lealtad engañada o la generosidad defraudada a convertirse en crueldad. En sus momentos de cólera Federico se mostró muy duro, aunque uno pudiera preguntarse si los actos cometidos por él en tales circunstancias –destrucción de Milán, malos tratos infligidos a ciertos italianos, etc.– no le parecerían necesarios como único medio de lograr el fin que perseguía. Lo cual no obsta para pensar que fueron defectos evidentes del hombre; defectos que encontramos con frecuencia en esa época, sin los que tal vez el príncipe medieval no hubiera sido considerado grande, pero que Federico puso menos de manifiesto que otros»⁹.

Tras lo que antecede fue moderando sus ardores belicosos y su crueldad, su fe cristiana creció conformando un edificio personal de una gran riqueza moral; protegió, por ello, a los débiles, a las iglesias, ayudó a los monasterios y persiguió a los herejes, pero no se doblegó ante el Poder externo o temporal de la Santa Sede. Siempre se consideró como el príncipe entre los príncipes y el noble entre los nobles, fue un tan gran estadista que tenía la convicción de lo muy elevada que era su función imperial y de los deberes que eran inherentes a su cargo, su soberanía era indiscutible. Él es el Imperio, ya que desde su más precoz adolescencia ha sido muy ambicioso, nunca se va a desanimar ante el fracaso, ya que se considera el emperador más prestigioso de la historia, y, siempre, agradecerá a la Divina Providencia el destino excepcional que le ha concedido, es muy inteligente, pero muy pragmático, era un encomiable gestor y sus súbditos le amaban más que le temían por la riqueza superlativa de sus cualidades morales, pero todos estos valores le van a conducir, a veces, a mantener erre que erre terca y obstinadamente ciertos planteamientos, que van a acabar en errores y en los consiguientes fracasos, por orgullo emprendería caminos equivocados y al no saber variar el rumbo a tiempo perdía el *dominus tecum*. Tras subir al trono imperial va a enviar cartas a diversas personalidades, incluido el papa Eugenio III, donde deja bien claro que va a restaurar y consolidar el honor del reino y del imperio, es decir la autoridad que le compete por ser rey de Germania y emperador del Sacro Romano Imperio, la restauración del Poder Regio en Alemania, tenía como finalidad subsiguiente robustecer la autoridad del emperador romano-germánico, sin ambages o dudas. Para todo ello era más que necesario saber los medios que podía explotar y cuáles eran sus límites: a) no iba a ceder ni un ápice de cuanto la tradición reconocía a su corona imperial, manteniendo, por ejemplo, el derecho regio a las designaciones de los obispos; b) la acción regia debería ser compartida y apoyada por la nobleza, y aunque no estaba dispuesto a comprometer el Poder, había llegado a la convicción de que no debería emprender ninguna acción en Alemania sin la adhesión, cuanto menos externa, de la nobleza, que como contrapartida aceptaría las prerrogativas reales de la monarquía, y c) el feudalismo se debería desarrollar para contribuir al reforzamiento de la jurisdicción regia y estrechar la colaboración con la nobleza, por medio del vasallaje, aunque esto tenía el riesgo de conseguir que el poder del soberano se debilitase, pero la cuestión se podía solucionar si la dinastía se apoyaba en la red de fidelidades de los Staufen. Por el contrario en Italia, sus métodos fueron menos prístinos, donde nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ciudades y pueblos deberían aceptar su soberanía, sin perder algunas de sus libertades locales, siempre que fuesen controladas por el emperador, si había reticencias las iba a vencer sin mirar atrás, y aunque aceptaba un monarca autónomo en Sicilia, no iba a permitir, al mismo, que intentase intervenir en el resto de la Península, amén de que debería tener claro que el emperador estaba por encima de él, el

honor imperii o autoridad inherente a su oficio imperial, no incluirá la conquista de Sicilia y la anexión del territorio, sino que era necesario tenerlo a raya y abatirlo si se ensoberbecía; pero el problema de sus relaciones en Italia se va a circunscribir a la existencia del papado, al ser, al igual que el Imperio, una institución de inspiración divina y aptos ambos para poder colaborar y, por supuesto, que Federico I Barbarroja, estaba más que dispuesto a ayudar, a proteger y a defender a la Iglesia Católica y a su Sumo Pontífice en todas las circunstancias y necesidades, pero el obispo de Roma debería reconocer las prerrogativas imperiales en Alemania, cierta participación en la designación de los obispos mediante el arbitraje en caso de litigio y la confirmación del prelado electo, que debería jurarle fidelidad, además, en cuestiones políticas, Federico Barbarroja tenía absoluta libertad hasta para poder intervenir en el Patrimonio de San Pedro y, en definitiva, el papa debería apoyar al emperador Federico Barbarroja, en todos los lugares y momentos en que los intereses imperiales estuviesen en juego; pero así como en Alemania, el Staufen pensaba en la cooperación con la nobleza, en Italia estaba dispuesto a emplear la fuerza siempre que fuese necesaria. Con estas premisas pudo incrementar sus obras políticas alemanas, pero con los italianos la cooperación fue imposible y su programa se impuso, *manu militari*, aunque se vio obligado a reconocer que los problemas con los italianos y con el papado le iban a afectar amargamente.

8. Años 1152 a 1156

Tras ser coronado en Aquisgrán, escribió al papa Eugenio III, una misiva llena de respeto y de amor filial. «Os damos honor y amor, y a nuestra sacrosanta madre la Iglesia romana así como a todos los dignatarios eclesiásticos pronta y legítima justicia, a la par que protección, ayudaré a la causa cristiana, induciendo a los fieles a obedecer en lo espiritual a los sacerdotes y castigando a los infractores, de las normas de los padres y decretos de los santos concilios»¹⁰.

Federico Barbarroja no ocultaba sus intenciones de dignificar a la Iglesia Católica, pero tenía claro que iba a restaurar la grandeza del Imperio en su justo y ancestral Poder, y para ello exigía libertad de acción y la integridad del dominio reservado a su soberanía, para ello citaba un texto del papa Gelasio I (496-502), que declaraba que: «la autoridad sagrada de los pontífices y el Poder real gobernaban soberanamente al mundo»¹¹.

Wibaldo de Stavelot también escribió al Sumo Pontífice y le indicó que el nuevo emperador era: «de gran valía, de inteligencia viva, pronto a la decisión, contento en la guerra, ávido de empresas difíciles y de gloria; incapaz de sufrir una injusticia, afable y liberal, conversador brillante»¹². Estaba claro que el Imperio estaba dominado por manos firmes. En este momento, el arzobispo de Co-

lonia va a apremiar al emperador para que preste auxilio inmediato al Sumo Pontífice, contra el municipio de Roma, pero el emperador tras reunir a sus consejeros laicos, decidió seguir su consejo de que era mejor esperar y no precipitarse tan a la ligera, no obstante siguió negociando con el papa su inmediata coronación imperial, y la anulación de su matrimonio con Adela de Vohburgo, con la que no había tenido hijos, aprovechó para indicar, al Santo Padre, que se iba a ocupar, en su momento, del problema italiano, también dejó caer, como quien no quiere la cosa, que deseaba y necesitaba para mantener el honor imperial la posesión de la Corona de Borgoña.

En abril o mayo del año 1152, renovó la autoridad del duque Bertoldo de Zähringen, que era el *rector* del reino, en Borgoña, y le donó un territorio, manifestándole su apoyo contra el conde Guillermo de Mâcon de Borgoña, que era el hermano del fallecido conde Renaud III de Borgoña (muerto en el año 1148), pero le dejó claramente subrayado, al duque, que iba a decidir sobre las sedes eclesiásticas y además cuales y cuantos deberían ser los soldados que el duque debería aportar al ejército imperial para las previstas guerras en Italia. En el mes de mayo de dicho año, 1152, la nobleza de Dinamarca solicita el arbitraje del emperador para dictaminar sobre dos rivales existentes al trono danés; en la Dieta de Merseburgo se va a pronunciar a favor de uno de ellos llamado Svend, siempre que reconociese la soberanía alemana sobre esos territorios. En estos momentos es cuando va a promulgar la Constitución de Paz (*landfriede*) contra el caos, el desorden y la anarquía existentes contra el Poder regio, se va a exigir a los nobles el juramento de respetar la autoridad del soberano. Se prohibía a los campesinos llevar armas, y solo a los caballeros cuyos antepasados hubiesen poseído tal dignidad. Se determinaban las penas o castigos contra los crímenes, las heridas graves y el robo, cuyo resultado era la pena de muerte, salvo de que en buena lid se hubiese determinado la legitimidad de la defensa, se establecían multas contra los delitos más leves como por ejemplo aquel que se refería a no respetar los precios de los cereales fijados por los condes, los nobles tenían prohibido iniciar guerras privadas a capricho y solo el rey podía impartir alta justicia, por lo que el conde solo era un delegado regio.

Federico Barbarroja buscó reconciliarse con los Welfs, entregó el ducado de Suabia a su primo Federico de Rotemburgo. En la Dieta de Ratisbona, del mes de julio de 1152, enfeudó para entregárselo a Welf VI, el marquesado de la Toscana y el ducado de Espoleto, consintió a Enrique el León que reivindicase Baviera y apoyó dicho hecho; cuando se produjese una disputa entre clérigos electores, el emperador sería el árbitro; declaró que debería ser aceptado su candidato a abad de Prüm, impuso a Wichmann de Zeitz como nuevo arzobispo de Magdeburgo (1 de noviembre), que no tuvo ninguna necesidad de ser consagrado por el papa. Por todo ello se llegó a la convicción, sobre todo por parte del papa, obispos y prín-

cipes laicos, que el joven rey germánico era de fuerte personalidad y sus decisiones serían inapelables. A partir del mes de diciembre de 1152, las negociaciones con la Santa Sede van a llegar a buen puerto, en la ciudad helvética de Constanza, los encargados de la cuestión serán siete cardenales y el abad cisterciense de Chiaravalle como representantes papales, y los obispos de Havelberg y de Constanza, amén de tres condes, por el lado del emperador Federico I Barbarroja Hohenstaufen; de esta forma el monarca conseguía el *placet* papal para sus futuras empresas militares y políticas italianas, incluyendo la anulación de su, ya citado, matrimonio con la desdichada Adela de Vohburgo, a causa de un parentesco inasumible. Las negociaciones finalizaron el 23 de marzo de 1153. «1ª) El señor rey [de romanos] recabará el juramento por uno de sus servidores palatinos del reino, en su nombre y por sí mismo, poniendo su mano en la del legado del señor papa prometerá no llevar a cabo ni tregua ni paz con los romanos o con Rogerio de Sicilia, sin el libre acuerdo y consentimiento de la Iglesia romana y del señor papa Eugenio o de sus sucesores que hayan consentido en mantener con el rey el tenor de dicho tratado. Y con las fuerzas de su reino laborará para someter los romanos al señor papa y a la Iglesia romana como siempre lo estuvieron en el transcurso de los cien últimos años. 2ª) El rey mantendrá y defenderá en la medida de sus fuerzas, en cuanto procurador abnegado y especial de la Santa Iglesia romana, el honor del papado (*honorem Papatus*) y los regalías del bienaventurado Pedro que el papa disfruta actualmente. Y le ayudará a recuperar en lo posible los que no disfruta y, una vez recuperados, los defenderá. 3ª) No otorgará al rey de los griegos territorio alguno aquende el mar. Y si dicho rey invadiese este país, cuidará con las fuerzas del reino y en la medida de lo posible de rechazarle. Cumplirá y guardará todas estas cláusulas sin fraude ni segundas intenciones. 4ª) Por un compromiso verbal de la autoridad apostólica el señor papa a la par que los susodichos cardenales y en presencia de los dichos legados del señor rey prometerá y velará por el honor del rey como el hijo muy querido del bienaventurado Pedro, por coronarle emperador sin dificultades ni oposiciones, en lo que a él respecta, cuando vaya a recibir la plenitud de su corona y por ayudarle conforme al deber de su oficio a mantener, aumentar e incrementar el honor del reino (*honorem regni*). 5ª) A quienquiera que tenga la presunción de una temeraria audacia para violar o destruir la justicia y el honor del reino, el señor papa, a petición afectuosa de la dignidad real, efectuará una admonición canónica para satisfacción. Y si tales personas, tras la admonición apostólica, se niegan a hacer justicia al derecho y al honor real, los sancionará con una sentencia de excomunión. 6ª) El papa no concederá territorio alguno al rey de los griegos aquende el mar. Si éste tiene la audacia de invadir dicho país, el señor papa cuidará de arrojarle con las fuerzas del bienaventurado Pedro. 7ª) Se guardarán todas estas cláusulas por una y otra sin fraude ni segundas intenciones a no ser que sean modificadas accidentalmente por el consentimiento libre y recí-

proco de ambas partes» (apud M. Pacaut, op. cit.). De dicho texto se puede inferir los acuerdos siguientes: «A) De una parte, una activa cooperación con el fin de defender y acrecentar por una acción común el honor del papado y el honor del Imperio (expresión no usada por no ser todavía Federico más que un rey de romanos); cooperación que reconocía una autoridad y prerrogativas precisas al Imperio y al papado, puesto que éste poseía un *honor* propio —el cual, en parangón con el del emperador, no podía referirse únicamente al dominio espiritual—, y los *regalía* (poder público) específicos, lo cual representaba una concesión por parte del Staufen, quien no reivindicaba la soberanía sobre el patrimonio. B) De otra, una alianza contra las empresas bizantinas en Italia, que expresaba que ninguna parte de la península podía tener la pretensión de depender del Imperio bizantino. C) Finalmente, un compromiso unilateral del rey para intervenir contra los romanos y nunca tratar con ellos como tampoco con Sicilia»¹³. Al fallecer el papa Eugenio III, el 8 de julio de 1153, su sucesor Anastasio IV (cardenal Corrado, 1153-1154) tuvo un primer acto de buena voluntad enviando el palio al arzobispo Wichmann de Magdeburgo, mientras que el emperador prohibía, en Alemania, a sus obispos, enajenar los bienes eclesiásticos, además preparaba la expedición contra el nuevo rey de Sicilia, Guillermo I, que era el hijo y sucesor de Roger II, que había fallecido el 26 de febrero de 1154. Antes de ponerse en camino, otorgó a Enrique el León (finales de 1153), el privilegio de aceptar, personalmente, el juramento de fidelidad del obispo de Oldemburgo, que era una diócesis de nueva creación situada al otro lado del río Elba; una prerrogativa idéntica les iba a otorgar, en junio de 1154, a las nuevas sedes de Ratzburgo y Mecklemburgo y, por fin, en la Dieta de Goslar, aceptó la sentencia nobiliaria que adjudicaba el ducado de Baviera a Enrique el León, quien ya fue desde entonces uno de sus más fieles. En el mes de octubre de 1154, va a atravesar el monte Brenner con su guardia personal, en el territorio de Verona fue atacado por bandidos, a los que va a derrotar con suma facilidad; en el mes de noviembre va a fijar su campamento en Roncaglia, en la ribera izquierda del río Po, donde el 5 de diciembre se va a entrevistar con sus nobles italianos. En esta Dieta va a reforzar los derechos de los señores más poderosos y limitará las libertades de los vasallos más modestos, para ello se va a prohibir a los vasallos enajenar sus feudos sin la expresa autorización de su señor feudal, por todo ello si un feudo vacante no era investido normalmente, según la ley hereditaria, en el plazo de un año volvería a su señor feudal. Con ello Federico Barbarroja pretendía obtener la necesaria colaboración con la mediana y alta nobleza italianas, los representantes de las ciudades serían recibidos a posteriori, y al ser incluidos en el derecho común, daba la impresión de que se les iba a postergar. Ante este estado de cosas, los italianos se dividieron en dos bandos, unos a favor del emperador, por ejemplo Lodi y Pavía, y otros en el bando de la desconfianza como Milán; pero como su deseo era llegar a Roma lo antes posible y como no poseía medios suficientes para

resolver esos problemas, fingió que orillaba las dificultades y las rivalidades intestinas que se le planteaban.

El 3 de diciembre de 1154, el papa Anastasio IV falleció y sería substituido, en el trono de San Pedro, por el cardenal inglés, Nicolás Breakspear, como el papa Adriano IV (1154-1159); sus pensamientos iban a ir en la dirección de que la Santa Sede debería ejercer sus funciones con una absoluta libertad en todo el orbe católico, pero sus relaciones con los príncipes alemanes iban a ser complicadas, a causa de que ordenó que la diócesis de Trondheim fuese la metropolitana de Noruega e hizo depender a todas las iglesias suecas de la episcopal de Lund, todo ello conllevaba substraerlas de la homónima alemana de Bremen-Hamburgo. Por todo ello, Federico Barbarroja, va a pasar de la serenidad a la desconfianza sobre el individuo que se calza las sandalias del pescador. El emperador escribió, pues, al Santo Padre, para que confirmase el Tratado de Constanza, que debería ser la base de "una amistad indisoluble entre el reino y el pontificado", pero el papa le exigió el compromiso de que respetase la vida y los bienes del nuevo Sumo Pontífice, que era él, y de los cardenales, este extraño comportamiento del papa se va a producir por los avatares que está padeciendo la sede de San Pedro en Roma. Adriano IV estaba siendo presionado por el municipio romano, instigado a su vez por el clérigo reformador llamado Arnaldo de Brescia (1090-1155), los atentados callejeros eran continuos, y uno de ellos conllevaría el asesinato del cardenal de Santa Pudenciana; el papa reaccionó y colocó a la urbe capitolina en entredicho (lo cual conllevaba el cierre de los templos y la supresión de los sacramentos), como se acercaba la Pascua de Resurrección y los peregrinos llenaban la ciudad, el Senado romano desautorizó al municipio y condenó al destierro al propio Arnaldo; a continuación se levantó el anatema y el papa pudo celebrar los oficios en la basílica de San Juan de Letrán.

El rey Guillermo I de Sicilia era, entonces, repudiado por el Santo Padre y el monarca de la dinastía normanda insular, atacó, sin contemplaciones, cercando la ciudad de Benevento, Adriano IV lo excomulgó y requirió la ayuda del emperador alemán, pero Federico Barbarroja no poseía, todavía, los medios para poder solucionar los problemas, y solo deseaba seguir con el plan elegido, que estribaba en ser coronado como rey de Italia y emperador del Sacro Imperio, por ello recibió con toda ilusión y solemnidad a los delegados de la *caput regni*, Pavía, donde se ceñiría (17 de abril) la corona de hierro de los reyes longobardos, esta cuestión conllevó que tuviese que dirigirse a la ciudad rival de Tortona para cercarla hasta el mes de abril de 1155. Desde la capital de Italia, Pavía, se dirigió hasta Roma, por lo que el Santo Padre tuvo que huir hacia Viterbo, el emperador le envió una embajada de apoyo, pero el papa lo tomó como que era una pérdida de su libertad de movimientos. Federico Barbarroja demostró, pues, cuáles eran sus leales intenciones hacia el papado, ya que apresó a Arnaldo de Brescia,

lo entregó a la Santa Sede, por la cual sería ejecutado. Entonces el papa y el emperador se van a entrevistar, en Sutri, el 9 de junio de 1155 y de nuevo van a surgir las molestas diferencias, ya que el Staufen se negó a sostener el estribo del caballo del Santo Padre, para ayudarlo a descender del mismo, ya que si lo hacía era como admitir la supremacía política de Adriano IV. El Senado y el municipio de la urbe capitolina, intentaron negociar con Federico Barbarroja, sobre que el mayor prestigio lo recibiría, el Staufen, si era coronado en Roma y así se podía eliminar el Poder temporal de la Santa Sede, pero el emperador rechazaba que su autoridad imperial se la confiriesen sus súbditos y, además, deseaba colaborar con la Iglesia Católica Romana, por lo que escribió que: «había venido a Italia no para recibir implorando el favor transitorio de un pueblo turbulento, sino como príncipe resuelto a tomar por la fuerza de las armas, en caso necesario, la herencia de sus padres»¹⁴. De esta manera negaba el derecho de inspección del papa, y reafirmaba que el rey de romanos era emperador desde su elección por los príncipes electores.

El 18 de junio de 1155, fue coronado en San Pedro del Vaticano y, de rodillas, ante Su Santidad, con sus manos entrelazadas con las de Adriano IV, Federico I Barbarroja Hohenstaufen juró: «ante Dios y el bienaventurado Pedro que sería con el auxilio divino en toda circunstancia, según sus fuerzas y su inteligencia y con toda buena fe, el protector y defensor de la Santa Iglesia Romana y de la persona del papa o de sus sucesores»¹⁵. «Luego, tras una solemne procesión, escuchó las letanías, prosternado ante la Confesión de San Pedro y fue ungido en la espalda y en el brazo derecho. A continuación se celebró la misa; tras la epístola, Adriano IV le entregó la espada y el cetro y, por último, la corona de oro. Mientras la multitud de los caballeros alemanes le aclamaba, Federico pudo creer que el primer acto de su programa se había cumplido ese día 18 de junio: ya era emperador. Pero apenas si pudo ir más allá. Efectivamente, en la tarde misma de este día los romanos se lanzaron desde el Capitolio al asalto de la ciudad leonina (barrio fortificado de San Pedro). Los combates, muy mortíferos, ocuparon toda la tarde; se rechazaron los ataques, mas el 19 por la mañana el emperador y el papa abandonaron la ciudad... en la que no entraron, en realidad. Por el monasterio de Farfa y Poli llegaron a la pequeña localidad de Tívoli, dependiente de la Santa Sede, cuyos habitantes ofrecieron las llaves a Federico. Éste las rehusó y los conminó a que obedeciesen a Adriano IV»¹⁶. El emperador regresó, pues, con su ejército a Alemania, ya que la epidemia, a causa del calor del verano, estaba atacando a sus soldados. Tras incendiar Espoleto, que le había pagado los tributos con moneda falsa, se va a encontrar, en Ancona, con los embajadores del emperador romano de Oriente, Manuel I Comneno, y declinará la invitación que se le hacía de que acudiesen juntos a luchar contra el reino de Sicilia; en el mes de septiembre, tras expulsar a Milán del seno del Imperio y retirarle los

derechos de regalía (moneda y *tonlieu*), franqueó los Alpes. Ya en Alemania limitó el derecho de la nobleza a apoderarse de los efectos personales de los clérigos fallecidos, y prohibió que los procuradores de las abadías tuviesen subprocuradores.

En octubre de 1155, Enrique el León (1129-1195), casado con Clemencia de Zähringen y luego con Matilde Plantagenêt, una de las hermanas de Ricardo I Corazón de León Plantagenêt de Inglaterra, fue investido como duque de Baviera y, para compensar a su rival, Enrique II Jasomirgott, casado con Teodora Comneno, hija del emperador bizantino, Manuel I Comneno el Grande, le iba a entregar la Marca de Austria como ducado y el nuevo ducado lo iba a hacer hereditario, y solo estaba obligado al servicio imperial cuando hubiese una Dieta en Baviera, y sus soldados solo serían utilizados para los problemas bélicos con los países limítrofes de Austria. De esta forma va a nacer una entidad austriaca dentro del Imperio alemán; además iba a enfeudar, para su hermanoastro Conrado, el condado-palatino del Rin, al haber muerto sin herederos su titular Hermann de Stahleck, así incrementaba el Poder familiar en Renania, y sobre todo en la región de Heidelberg. El 9 de junio de 1156, se va a casar, en segundas nupcias, con Beatriz de Borgoña, en Wurzburg, pero debió compensar al vicario o rector borgoñón, Bertoldo de Zähringen, con la procuradoría de los tres obispados helvéticos: Sión, Ginebra y Lausana, pero lo exiguo de la compensación no pudo evitar que la fidelidad de la citada familia Zähringen se fuese debilitando. No obstante el emperador era fuerte y sus adversarios débiles y escasos. El 14 de mayo de 1156, falleció el canciller de Italia, el arzobispo Arnolfo de Colonia y se vio obligado a llamar a nuevos colaboradores a su lado, entre ellos a un clérigo inteligente, brillante y apasionado por el emperador, llamado Rainaldo de Dassel, preboste de la catedral de Munster, que además era valiente y piadoso y, por ello, durante once años fue el mejor y más leal de sus consejeros.

9. Ruptura del Tratado de Constanza, verano de 1156 a verano de 1159

De forma abrupta, el papa Adriano IV va a firmar un tratado con el rey Guillermo I de Sicilia, el 18 de junio de 1156, imprevisto para Federico Barbarroja, que se denominaría el Concordato de Benevento. El cardenal Rolando Bandinelli de Siena, canciller de la Iglesia romana y profesor de derecho canónico en Bolonia, era el más firme adalid de la firmeza eclesial contra el emperador, en vez de conjugar la cordialidad. A principios de 1156, Guillermo I de Sicilia se había recuperado de una grave enfermedad y pudo hacer frente a sus nobles insurrectos, que habían prestado homenaje directo al Sumo Pontífice, a comienzos de la primavera envió embajadores a la Santa Sede para que se le levantase la pena de exco-

munió, ofreciendo como contrapartidas: dinero, ayuda militar contra el municipio de Roma, y rendir fidelidad y homenaje al papa. La curia papal se quedó perpleja e irresoluta, la mayoría de los cardenales decidió rechazar las propuestas sicilianas, por lo que el monarca sicilia-



Coronación de un antipapa por orden del emperador

no se alzó en armas, recuperó Brindisi derrotando a la guarnición bizantina y cercó a Benevento con el papa y los cardenales en su interior, la negociación fue inexorable e inevitable, por su mediación el soberano siciliano obtenía la investidura del reino de Sicilia, del ducado de Apulia y del principado de Capua. El monarca siciliano ofrecía al papa "feudo ligio", que consistía en que el feudatario quedaba tan estrechamente subordinado al señor feudal que no podía reconocerle a otro con semejante subordinación, y además los derechos eclesiásticos de apelación papales en el continente italiano y un tributo dinerario, para el Santo Padre, de 600 *schifati* o decadracena de Siracusa, para, a continuación, y ya en el mes de noviembre, ayudar a que el papa se reinstalase en la urbe capitolina. Federico Barbarroja recibió la noticia del acuerdo y reaccionó con odio y cólera profundos, ya que dicho pacto atentaba contra la letra del Tratado de Constanza. Por todo ello, en la Dieta de Fulda, de 24 de marzo de 1157, decidió realizar un ataque a gran escala contra la Lombardía y sobre todo contra la instigadora y rebelde Milán, antes reveló a su tío, el obispo Otón de Freising, sus planes contra esa ciudad de la antigua Galia Cisalpina, Mediolanum, y sobre la propia Roma: «he recibido de la divina clemencia el gobierno de la ciudad y del universo, *Urbis et Orbis*»¹⁷. Previamente prohibió crear *tonlieux* y el pago del peaje de dichas mercancías al paso de los ríos o en la entrada de las puertas de las ciudades o portazgo, en el río Main, entre Bamberg y Maguncia, excepto en Neustadt, en Aaschaffenburgo y en Francfort; garantizó los derechos de los hebreos o judíos en materia de justicia, derechos de comercio y de circulación y no obligarles a bautizarse; además concedió al duque Ladislao

de Bohemia a llevar corona de rey en ciertas festividades, todo ello iba a incrementar el erario imperial y robustecía la unión entre Bohemia y Alemania; también entabló estrecha amistad con Geisa II de Hungría, quien le aseguró su ayuda militar para la expedición lombarda. En Polonia obligó al príncipe Boleslao IV a entregarle parias y contingentes militares. Además los bienes eclesiásticos serían confirmados y puestos bajo la protección del Staufen.

A fines de febrero de 1157, estaba en la urbe borgoñona de Besançon, donde permaneció varios meses y recibió la pleitesía de los nobles borgoñones, que eran feudatarios de la nueva emperatriz. En todo este tiempo, la mayoría del Sacro Colegio Cardenalicio estaba a favor de restablecer la cordialidad con el emperador, pero el papa y, como es sabido, el único Sumo Pontífice inglés de la historia de la Iglesia Católica, estaba en el bando de la minoría que deseaba acercarse al partido siciliano. «De este modo se elaboraba en la curia una doble táctica tendente, por un lado, a derrotar a la mayoría favorable a una política anti-germánica y, por otro, a manifestar al emperador, al mundo y, especialmente al episcopado alemán, los motivos, los medios y fines de dicha política. Había que evidenciar con luz meridiana la imposibilidad de entenderse con Federico o inducirle a revisar su actitud. Algunos cardenales y el mismo papa consideraban que esta última solución era posible, al parecer, por estimar que el emperador era menos enérgico y menos autoritario de lo que parecía, y que su comportamiento en la península italiana en 1155 demostró que estaba ávido de magnificencia y de gloria fútil más que de grandes realizaciones. Un incidente casual proporcionó a la Santa Sede la ocasión de actuar, es decir, la posibilidad de "explorar el terreno" para saber exactamente qué intenciones tenía el emperador y hasta dónde estaba dispuesto a llegar el monarca. El arzobispo metropolitano de Lund, Eskil, fue víctima de un atentado cuando, al volver de Italia y dirigirse a Suecia, atravesaba el territorio borgoñés; un señor salteador lo detuvo, lo despojó y encarceló. Adriano IV protestó y, al depender el culpable de Federico, pidió a éste que pusiese en libertad al prelado. El emperador, queriendo demostrar que ya no quería colaborar con el papa, no dio respuesta. Entonces decidieron elevar otra protesta más enérgica y amplia, concebida en tales términos que, indudablemente, el Staufen se vería obligado a reaccionar y poner claramente de manifiesto sus intenciones. Por el contrario, en caso de contentarse con vagas recriminaciones y de que tratase de salirse por la tangente, sabrían que no era tan temible como se decía»¹⁸.

De esta forma la Santa Sede dejaba prístinamente claro, que deseaba la ruptura violenta con el emperador, con esta reacción la Santa Sede pretendía colocar al clero alemán enfrente de su emperador. El incidente entre ambos poderes, papal e imperial, se produjo a causa de la carta de protesta de Adriano IV llevada a Besançon, en octubre de 1157, por los cardenales pontificios Rolando y Bernardo, en la que se recordaba a Federico Barbarroja

los malos tratos infligidos a Eskil de Lund, exigiéndole represalias contra los culpables y se le recordaba cuántos favores le había hecho el papado. «Por consiguiente, hijo gloriosísimo –se declaraba en dicha misiva–, debes parar mientes en el gran favor y placer con que tu madre, la sacrosanta Iglesia romana, te acogió el año pasado, con cuánto cordial afecto te trató, qué grande fue la plenitud de la dignidad y del honor que te confirió y, al impartirte tan generosamente la distinción de la corona imperial, cómo cuidó en favorecer con su benevolentísima solicitud el encumbramiento de tu majestad, sin hacer nada, por otra parte, que se opusiese en lo más mínimo a tu voluntad. Nos, por lo demás, no nos pesa de haber por todos los medios colmado tus deseos, y si tu majestad hubiese recibido de nuestra mano mayores beneficios (*beneficia*) –si ello fuese posible– no nos alegraríamos sin razón, considerando las ventajas y provecho que resultarían por causa tuya para la Iglesia y Nos»¹⁹. Pero, la misiva papal, no ocultaba la amargura que le producían las actuales relaciones, dejando claro que el emperador había recibido la corona imperial de la mano del papado, que, a lo mejor, podría haber pensado en otro monarca; el texto estaba escrito en latín, y el canciller Rainaldo de Dassel la tuvo en su poder el 20 de septiembre, al ser traducida al alemán se hizo que la palabra *beneficium* significase como "feudo por la mano del Santo Padre", el tumulto político fue inenarrable, entonces uno de los cardenales exclamó: «Pues, ¿de quién tiene el emperador el Imperio sino del papa?». La respuesta del conde Otón de Wittelsbach fue contundente, iracunda y amenazó al cardenal Rolando con atravesarlo con su espada, el emperador se interpuso y, tras revisar los equipajes de los dos cardenales, se les reenvió, con toda celeridad, a Italia. La Santa Sede tuvo claro que el emperador estaba dispuesto a poner los puntos sobre las íes. Tras la marcha de los legados, el Staufen, envió una carta aclaratoria a sus eclesiásticos donde les explicitaba el dolor que padecía por las graves discusiones surgidas, y luego descalificaba el comportamiento de los dos príncipes de la Iglesia: «Los legados, que aparecían repletos de injusticia –escribía–, expresión altiva, que hacían alardes de arrogancia y manifestaban hasta la saciedad su execrable orgullo, nos presentaron la carta apostólica a ellos confiada. Dicha carta precisaba que siempre deberíamos tener presente el hecho de que la corona imperial nos la confirió el señor papa y que éste confiaba en no tener que arrepentirse de ello, aun en el caso de que nuestra majestad recibiese de él mayores beneficios»²⁰. Además se informó a los preladados alemanes que los cardenales llevaban cartas en blanco con el sello pontificio, que podían ser escritas, por ellos, para zanjar los asuntos eclesiásticos en Alemania, como juzgasen oportuno, la malignidad de la intención papal estaba más que puesta en claro. Por último Federico Barbarroja: «Recordó que tenía dicho Imperio de Dios, únicamente mediante la elección de los príncipes y era falso pretender que la corona imperial era un feudo recibido del papado. Por eso, a esas intrigas romanas estigmatizadas con ironía –"ésta ha sido la legación del amor

paternal que había de favorecer la unidad de la Iglesia y del Imperio", pedía a los príncipes respondiesen con el desprecio compadeciendo "esa ignominia que afecta a Nos y al Imperio"²¹. El papa Adriano IV contraatacó y escribió a los obispos alemanes subrayando el más que lamentable comportamiento realizado contra sus legados, recordándoles que: «el papa había conferido a Federico el prestigioso beneficio de la corona imperial, por tanto este asunto no es solamente nuestro, sino también vuestro y de todas las Iglesias»²². Federico I Barbarroja escribió otra carta a sus prelados, donde les explicitaba que el Poder imperial lo había recibido como un beneficio divino mediante la elección de los príncipes, luego por la unción del arzobispo de Maguncia y, por fin, por la del Sumo Pontífice, "el resto estaba de más y era malo". Los prelados alemanes se pusieron del lado del Staufen, rey poderoso y autoritario, que tenía a toda la nobleza laica de su lado, por lo que escribieron una carta colectiva, en los albores de 1158, refutando la versión pontificia del problema y no aceptando la pretensión papal de que el Imperio fuese un feudo recibido de la máxima jerarquía de la Iglesia Católica; la Santa Sede se vio obligada a rectificar y envió a otros dos cardenales más pacíficos, que aclararon que *beneficium* significaba, simple y llanamente, beneficio, y que el Santo Padre nunca había pretendido entregar el Imperio a otro soberano. El ejército imperial se reunió en Augsburgo, en junio de 1158, donde se puso a las tropas bajo el mando directo del emperador, se les agregaron mercenarios, se extremó la disciplina, organizándose el derecho de pillaje y de incendio y autorizando a los mercaderes a poder seguir a las tropas, pero sus productos deberían ser vendidos a un precio fijado de antemano. Los embajadores Rainaldo de Dassel y Otón de Wittelsbach llegaron a Italia, previamente, para anunciar que el emperador iba a por la sumisión inexcusable de Milán (en franca rebeldía desde 1155), las ciudades se pusieron del lado imperial, mayoritariamente; Piacenza-Plasencia firmó un tratado por medio del cual aportaba su ayuda militar y financiera al Staufen: 100 caballeros, 100 arqueros y 600 marcos de plata; otras ciudades adheridas al bando imperial fueron: Lodi, Pavia, Cremona y Como, sus habitantes prestaron juramento de fidelidad al emperador, sin ningún tipo de problemas, en los inicios del año 1158: «Juro ser fiel a mi señor Federico, emperador de los romanos... y de ayudarle a conservar la corona imperial y todo su honor en Italia... de no desposeerle de los derechos de regalía y de ayudarle a recuperarlos... y de ejecutar con fidelidad sus órdenes»²³. Tras atravesar el Brenner, su enorme ejército desembocó en la llanura padana, ante el espectáculo desplegado, la gran capital lombarda rebelde decidió capitular, era el 1 de septiembre y Federico I Barbarroja exigió: a) una onerosa indemnización, b) la entrega de 300 rehenes, c) la renuncia a los derechos de regalía usurpados (moneda, *tonlieu*, peaje, etc.), ch) juramento de fidelidad de sus habitantes, d) permiso para que el emperador levantara un castillo en el centro ciudadano, medida sumamente humillante, e) no entorpecer la restauración de Como y de

Lodi, y no atacar a ambas ciudades, f) les permitía conservar sus cónsules elegidos según sus leyes, pero que deberían ser investidos por el soberano imperial, y al que deberían prestar juramento. Tras devolver parte de su milicia a Alemania, celebró una Dieta en Roncaglia, acompañado por Enrique el León, para los nobles y los obispos italianos, amén de incluir a los representantes de las ciudades, para definir con toda claridad sus derechos y su autoridad, lo que eran los principios de un gobierno. Cuatro juristas de Bolonia, se iban a encargar de elaborar la lista de los regalías, conforme al derecho romano y a la tradición. La lista fue de lo más prolijo. «Que incluía la autoridad sobre los caminos públicos, los ríos navegables y afluentes, puertos y atraque de barcos, la suprema dirección de los *tonlieux*, la de la emisión de moneda, la determinación y supresión de multas, la administración de bienes mostrencos (sin dueño conocido) y de bienes confiscados a los inhábiles para poseer —así como de los bienes de los condenados y proscritos—, la de los contratos matrimoniales, el derecho a exigir el suministro de convoyes, carros o barcos y tasas extraordinarias para las expediciones reales, el poder de instituir magistrados para administrar justicia, de edificar palacios en las ciudades donde existían por costumbre, la propiedad de las minas, las rentas de pesquerías y de salinas, la confiscación de los bienes de los condenados por crimen de lesa majestad y, en todo, o solo en parte, la apropiación de los tesoros descubiertos en terrenos públicos y en propiedades de las iglesias»²⁴. El emperador publicó dicha lista el 11 de noviembre de 1158 y anunció que iba a permitir el usufructo, a perpetuidad, a los que presentasen un documento acreditativo de dicho privilegio, las principales víctimas fueron las ciudades, que no recuperaron sus libertades políticas y judiciales y solo iban a conservar el consulado, cuyo nombramiento se reservó el propio Staufen "con consentimiento del pueblo". «Todo esto definía claramente la política imperial en la Italia del Norte, basada en el principio de una autoridad soberana única: la del rey, llevada a cabo con el deseo de suprimir la mayor parte de las prerrogativas urbanas, consintiendo en conceder algunas a las ciudades más fieles y útiles. En cambio se invitaba al episcopado a una fructífera cooperación, al estimar Federico que no exponía nada otorgándole alguna regalía, ya que esperaba vigilar las elecciones episcopales»²⁵. A los nobles laicos se les prohibió la enajenación y reparto de los grandes feudos, exigiéndoles un servicio de huestes reforzadas, bajo pena de confiscación del cargo feudal, si no lo cumplían. En un tercer edicto se otorgaba protección imperial a los universitarios o "todos los que efectúan estudios en las escuelas". En el cuarto lugar los varones italianos, de 18 a 70 años, juraban mantener la paz y no participar en una Liga. Pero en el mes de enero de 1159, Milán se amotinó, Brescia le apoyó y Crema se fortificó, pero el emperador no tenía fuerzas suficientes para la represión y solo pudo sitiarse la última ciudad citada en el mes de julio, los ciudadanos resistieron el cerco, crudelísimo y violento, de seis meses de duración, llegando a poner delante de sus má-

quinas sitiadoras a los propios prisioneros de Crema, y de esta forma poder impedir que los sitiados arrojasen flechas y piedras, los sitiados no vacilaban en tirar proyectiles sobre los imperiales y se vengaban asesinando, en las murallas, a los prisioneros alemanes e italianos que tenían en su poder. En enero de 1160, se produjo la capitulación y la ciudad fue arrasada. En ciertas ciudades de la Lombardía el odio contra el emperador iba a ir creciendo a pasos agigantados, mientras tanto los consejeros eclesiásticos más moderados iban muriendo por la edad, tales como: Wibaldo de Stavelot, Anselmo de Rávena y Otón de Freising, por lo que el belicoso Rainaldo de Dassel sería promovido al cargo de arzobispo de Colonia (enero de 1159). La curia romana seguía siendo anti-imperial, negociaba con el siciliano Guillermo I y realizaba tratos secretos con las ciudades lombardas de Milán, Brescia y Bérgamo, mientras presionaba al emperador bizantino, Manuel I Comneno, para que dejase en paz a Sicilia. Los cardenales Guillermo de Pavía y Octaviano de Monticelli fueron los encargados de negociar, en Bolonia, con el emperador, en mayo de 1159, un nuevo tipo de relaciones y le pidieron que en Roma todas las magistraturas y los derechos soberanos le perteneciesen al papa, a la par que reivindicaban diversos territorios y que los obispos italianos solo jurasen fidelidad al Staufen y no pleitesía. Federico I Barbarroja rechazó, con toda vehemencia, las argumentaciones y solo consintió en renunciar a la pleitesía si los obispos abandonaban sus derechos de regalía y analizaban algunas reivindicaciones territoriales, bajo el examen riguroso de una comisión mixta. La ruptura era inevitable, ya que si deseaba llevar a buen término su programa italiano, no podía sacrificar su soberanía sobre los Estados Pontificios y todo lo que ello comportaba. Adriano IV va a abandonar Roma y se va a establecer en Anagni, el cardenal-canciller Rolando va a entregar al rey de Sicilia el estandarte de San Pedro, que por orden papal le convierte, de forma automática, en defensor regio de la Santa Sede, en agosto van a finalizar las conversaciones diplomáticas con las ciudades lombardas y el papa les promete que va a excomulgar al emperador, en el plazo de 40 días, si continúa con sus injusticias. Pero Federico I Barbarroja es muy poderoso, su milicia es insuficiente pero aguerrida y sus agentes van a seguir negociando en el territorio septentrional de los Estados de la Iglesia Católica, así piensa maniatar al papa y a la Santa Sede, además el Staufen sabe que tiene partidarios en la Curia romana, por ejemplo el cardenal Octaviano de Monticelli, que era muy influyente en la urbe capitolina y estaba emparentado con los Babenberg, y a cuya familia, el emperador, le había concedido el condado de Terni. En este momento de tanta controversia va a morir el papa Adriano IV, el 1 de septiembre de 1159. El acontecimiento no va a ser muy positivo para el Staufen, ya que la futura elección o cónclave papal va a ser incierta.

10. Años 1159 a 1164

Federico I Barbarroja Hohenstaufen se convierte en un monarca mucho más opresor para Italia, ya que cree, fervientemente, que va a acabar con la resistencia itálica a su autoridad, *manu militari*. El conclave cardenalicio, necesario para la elección papal, va a comenzar en San Pedro del Vaticano, el 7 de septiembre de 1159 y el emperador va a realizar una fuerte presión sobre el Sacro Colegio Cardenalicio, para que elijan a un Sumo Pontífice que sea pro-alemán o, cuanto menos, respetuoso con sus empresas, pero los príncipes de la Iglesia Católica van a desear elegir a alguien, de entre ellos, que sea neutral; pero, además, en la ciudad se van producir alteraciones callejeras y la posición cardenalicia va a ser cada vez más rígida. En un momento determinado, el cardenal Rolando, adversario flagrante del emperador, conseguirá la mayoría simple de votos, pero los seguidores del cardenal Octaviano se van a oponer y conseguirán que canónigos y pueblo le aclamen; este segundo candidato va a tomar el nombre de Víctor IV (1159-1164), *qui sibi nomen imposuit*, la historia de la Iglesia Católica le colocará en el listado de los anti-papas. Los enemigos del nuevo Santo Padre, apoyados por la familia Pierleone, anti-alemana *sensu stricto*, abandonarán la urbe capitolina y van a coronar, también como Santo Padre, a su candidato que es el cardenal Rolando, en el territorio de la Campania, el 20 de septiembre de dicho año, 1159, que se va a imponer a sí mismo como nombre el de Alejandro III (1159-1181), es un hombre de vasta cultura, decidido y enérgico; ambos candidatos se van a excomulgar el 27 de septiembre.

El emperador intentó atraerse a reyes, nobles-laicos y obispos al "partido" del papa Víctor IV, pero sin reconocerlo de forma taxativa. Ya en el cerco de Crema, inquirió a veinte obispos italianos y alemanes, a los abades del Císter y a San Bernardo de Claraval, cuál era el camino que se debería tomar y todos le recomendaron que intentase obtener la reconciliación entres ambos candidatos papales. Para todo ello va a reunir un concilio, en Pavía, el 5 de febrero de 1160, Víctor IV aceptó y estuvo presente, pero Alejandro III se negó a presentarse, ya que consideraba que él era el único Sumo Pontífice válido de la Iglesia Católica; estuvieron 50 obispos, escasos los provenientes de Inglaterra y de Francia, pero especialmente numerosos los borgoñones, los alemanes y los italianos, aunque se producirían defecciones inconcebibles, como por ejemplo la del arzobispo Eberhardo de Salzburgo, que solo envió a un canónigo; tampoco acudieron los arzobispos Hillin de Tréveris y los de Lyon, Arles y Besançon. Los participantes eran los siguientes: los obispos o arzobispos de Maguncia con sus sufragáneos (14), los de Colonia y los suyos, ídem para Bremen y Magdeburgo, Aquilea, Rávena, Bérgamo, Mantua, Faenza y Fermo. Los que no acudieron manifestaron que no apoyaban a ninguno de los dos candidatos, salvo que el Staufen les enviase las decisiones del concilio. Luis VII el Joven de Francia y Enrique II Plantagenêt de Ingla-

terra declararon lo mismo, aunque por su actitud lo que denotaban era una gran prudencia. «Ésta fue inaugurada con un discurso de Federico, quien declaró que correspondía únicamente a los obispos, y no a él, juzgar en este asunto. Luego se oyó la exposición de los canónigos romanos y los diversos testimonios a favor de Octaviano. Todos recordaron que en vida de Adriano IV, Rolando y sus partidarios no cesaron de actuar contra el tratado de Constanza, que concertaron una alianza con Milán y Sicilia y que esta “secta siciliana” trató de provocar levantamientos contra el emperador. Lo cual dio por resultado la doble elección durante la cual Octaviano obtuvo los sufragios de la mejor parte (*sanior pars*) del Sacro Colegio. Siendo Rolando solamente un fatuor de agitación y un intrigante, era lógico que la *sanior pars* fuese adversaria suya. En virtud de semejante curioso razonamiento el concilio optó por Víctor IV, si bien, en opinión del preboste de Berchtesgaden, enviado del arzobispo de Salzburgo, hubo algunas vacilaciones. Federico condujo solemnemente a su papa a la catedral de Pavia, donde se le coronó de nuevo. Luego se excomulgó a Rolando y a sus partidarios y se proclamó que los milaneses y el rey de Sicilia habrían de hacer al pontífice “las reparaciones canónicas”»²⁶. El Staufen había conseguido tener un Santo Padre entregado a su causa, pero Alejandro III no se iba a rendir y respondería con un nuevo edicto de excomunión, ahora contra Federico I Barbarroja, el 24 de marzo, ya que consideraba que el emperador “era el principal perseguidor de la Iglesia de Dios”, ya que había “desgarrado la túnica inconsútil de Cristo”, “por haber acogido al cismático Octaviano y haber tenido la presunción de ponerse de su parte con pleno conocimiento de causa”; sus súbditos eran liberados del juramento de fidelidad, “pues nadie está obligado a guardar un juramento de fidelidad a un excomulgado”, por lo tanto su Poder imperial quedaba en suspenso; el papa Alejandro III era un fino e inteligente jurista y un preclaro canonista, maestro en otro tiempo en la eximia Universidad de Bolonia, y que tenía muy claro que debía defender la libertad de la Iglesia Católica por encima de todo, por ello era más que necesaria la firmeza, pero, además, admitía que la jurisdicción temporal era autónoma; personalmente era: frío, activo, autoritario, defensor celoso de las prerrogativas de la Santa Sede, pero también era un hábil diplomático que estaba dispuesto a sacrificar lo accesorio a lo principal y, por ser sienés y burgués, un erudito que sabía de qué tejido político y social estaba hecha la Península italiana.

La excomunión no le produjo graves quebrantos, en sus territorios, al Staufen, donde su autoridad era todopoderosa, pero la aceptación de Víctor IV seguía teniendo escasos adeptos. Bohemia y Dinamarca le siguieron, pero Hungría, Aragón, León, Navarra y Castilla se posicionaron en el bando de Alejandro III, quien recibió apoyos desde Tierra Santa (1161); los obispos y clérigos franceses y angevinos o normandos se pusieron en contra del papa alemán. El Staufen reaccionó de inmediato y se arrogó la categoría de jefe temporal de todo el Oc-

cidente de Europa, por lo que los actos y las decisiones de los otros reyes europeos eran secundarios, era el amo del universo cristiano con su capital en Roma y responsable solo ante Dios Todopoderoso de toda la cristiandad; tenía, por consiguiente, una autoridad superior a la del Santo Padre y por todo ello se justificaba su política eclesiástica. En la abadía bávara de Tegernsee se compuso el espectáculo teatral denominado “Ludus de Antichristo”, en el que el emperador era presentado como el personaje que exigía la sumisión de todos los reyes cristianos y lo conseguía, pero solo por la fuerza de las armas en el caso de la de Luis VII de Francia, o por el miedo; en la segunda parte se representaba su victoria sobre el Anticristo, que había expulsado a la Iglesia Católica del Templo de Dios. Un bardo italiano contemporáneo de los hechos narrados y llamado Archipoeta, celebraba la autoridad del “César Federico, príncipe de los príncipes de la Tierra, constituido por Dios rey sobre los demás reyes”. Había que aplastar primero a la ciudad rebelde de Milán y, luego, establecerse en la Santa Sede. En la Dieta de Erfurt, 25 de junio de 1160, se decidió la expedición bélica contra la Lombardía. Federico I Barbarroja rogó, entonces, a los príncipes, que acudiesen con sus mesnadas; el arzobispo de Salzburgo solo envió ayuda económica que el Staufen rechazó despedido. Desde el mes de mayo de 1161, Milán fue sometida a asedio y capituló, de forma absolutamente incondicional, el 1 de marzo de 1162, aunque las condiciones imperiales previas de rendición eran terribles. El 6 de marzo de dicho año, los milaneses con sus cónsules y oriflamas a la cabeza, que rodeaban el *carrocio* o carro tirado por bueyes, que todas las ciudades italianas llevaban con sus ejércitos a las guerras, y con su mástil adornado con el estandarte de San Ambrosio, el patrón de Milán, se dirigieron hasta Lodi, donde se prosternaron ante el emperador y le pidieron gracia. Federico no tuvo ningún tipo de reacción y al día siguiente exigió que le entregasen a los cónsules y a 400 caballeros, y que se ensanchase una puerta para permitir la entrada del séquito imperial. El 26 de marzo, el Staufen hizo su entrada triunfal en una ciudad abandonada por todas sus gentes y decidió que debería ser destruida. «Las casas, las iglesias, incluida la catedral sobre la que se desplomó el campanario, las murallas de la época romana, no se perdonó nada; no quedó ni la quinta parte de la ciudad»²⁷. Todas las demás ciudades aliadas de Milán, debieron plegarse a las condiciones políticas imperiales, cegando sus fosos, pagando una indemnización, destruyendo sus murallas, recibiendo a un *podestà* (alcalde o corregidor, nombrado por el emperador) o síndico, renunciar a su independencia y ayudar al Staufen a mantener su corona y el Poder del Imperio en Italia y en la Lombardía, en mayo de 1162. Los municipios más favorables al emperador fueron mejor tratados, aunque sus cónsules serían elegidos en presencia de un representante del Staufen, quien los investiría, era obligatorio que acudiesen a jurar fidelidad en persona al monarca si se encontraba en Italia, y sus habitantes deberían jurar que los regalía y la alta justicia dependían del emperador a cambio de una indem-

nización. Se proclamó la soberanía imperial en la Italia del Norte. Ahora le tocaba el turno a Sicilia, para ello, el Staufen, negoció el apoyo naval de Pisa (6 de abril) y de Génova (19 de junio), pero semanas después aplazó el proyecto militar siciliano, ya que el papa Alejandro III había arribado a Maguelonne (Languedoc), el 11 de abril de 1162, para conseguir poner a su favor a los reyes Luis VII Capeto de Francia y Enrique II Plantagenêt de Inglaterra, y en contra del emperador Federico I Barbarroja; por lo tanto este se vio obligado a abandonar Italia y dirigirse hacia Borgoña. Federico Barbarroja necesitaba presionar al rey Capeto, que era el más blando y el más fácilmente moldeable y, de esta forma, se conseguiría el apoyo del Plantagenêt que no desearía quedarse solo en Europa; para llevar a buen puerto sus planes comenzó a negociar con el conde Ramón Berenguer IV el Santo (1114-1162) de Barcelona y casando a su sobrino, el conde Ramón Berenguer III de Provenza, con su nieta (Riquilda de Polonia), y de esta forma obtener que ambos arrastrasen al bando imperial del papa Víctor IV al conde Forcalquier y, además consiguió atraerse al conde Enrique el Liberal de Champagne y a los obispos Manasés de Orleans y Hugo de Champfleury de Soissons (canciller del monarca francés), ya había conseguido formar un partido pro-alemán en la corte francesa.

Enrique II Plantagenêt manejó las negociaciones con su habitual habilidad y exigió del legado papal, el obispo Enrique de Beauvais, hermano del Santo Padre Alejandro III, y al que promovería al arzobispado de Reims, que obtuviese una dispensa para que su hijo, Enrique III el Joven, se pudiese casar con la infanta Margarita de Francia, hija de Luis VII, pero el soberano francés se sintió muy ofendido por dicho enlace matrimonial, ya que el mismo conllevaba que se viese obligado a ceder el Vexin al Plantagenêt, y entabló negociaciones con los imperiales. El 29 de agosto de 1162, ambos papas se entrevistarían en el puente del río Saona de Saint-Jean-de-Losne, entre las ciudades de Dôle y Dijon, pero tras escuchar a ambos candidatos, Federico I Barbarroja y Luis VII decidirían una postura en común; ante este estado de cosas, Alejandro III se negó y envió a cinco de sus cardenales para que siguieran los acontecimientos, pero, entonces, llegó a su conocimiento de que se iba a proclamar Sumo Pontífice al que se encontrase presente en dicha reunión. Por otro lado, Federico I Barbarroja y sus agentes intrigaban por doquier y, siempre, a favor de Víctor IV y, para ello, Rainaldo de Dassel, no tenía ningún problema en divulgar, falsamente, que el rey Capeto estaba ya a favor del papa alemán, aunque realmente lo que Luis VII deseaba era reparar su pasado rencor hacia Alejandro III, además de sentirse presionado por sus prelados alejandrinos. Por lo que la reunión del 29 de agosto estaba, de antemano, condenada al fracaso, además el papa Alejandro III no se atrevía a asistir por miedo a ser detenido, por lo tanto se fijó otra fecha para una nueva reunión, el 19 de septiembre, previamente el Staufen celebró un concilio en Dôle para presionar al Capeto, ya

que los prelados allí reunidos reiteraron su obediencia a Víctor IV, el concilio fue de lo más solemne y además, también, estuvieron, junto al Staufen, los duques: Enrique el León; Alberto I el Oso de Brandemburgo; Otón de Wittelsbach y el rey Valdemar I el Grande de Dinamarca.

«Desgraciadamente, como suele ocurrir de ordinario, muy pronto se excedieron. Al plantear ciertos obispos alemanes algunas cuestiones y simular que consideraban al concilio como una revisión de la elección de 1159, Víctor IV, sin dejar de hacerles concesiones en materia de apelación a la Santa Sede, les habló como señor. Al observar otros prelados que Víctor IV requería la adhesión de toda la cristiandad antes de actuar así, Rainaldo de Dassel respondió por él que esta cuestión solo concernía al emperador, y que de ningún modo dependía del juicio de “reyes de provincias”. Tales palabras se consideraron ofensivas al darlas a conocer a Luis VII, quien llegando a conocimiento suyo de que en Dôle no se discutía la cuestión pontificia y se admitía como cosa hecha la legitimidad de Víctor IV, se le ocurrió que la entrevista del puente del Saona ya no tenía la más mínima razón de ser. Por último, políticamente, la prudencia aconsejaba no pasar de ahí. Enrique II, en efecto, colaboraba de modo activo con Alejandro III y los acontecimientos demostraban que frente al rey inglés el Capeto no podía contar con una auténtica ayuda de Federico, quien, por el contrario, actuaba contra él en las regiones vecinas al Saona»²⁸. El 19 de septiembre de 1162, Luis VII llegó al puente de Saint-Jean para dejar bien claro que no podía existir acuerdo de ningún modo, al haber sido roto el mismo por el emperador en primer lugar, quien se presentó con su canciller Rainaldo de Dassel que colérico exclamo: “que nunca afirmó el emperador que compartiría con cualquiera –y especialmente con reyezuelos (*reguli*)– el derecho de jurisdicción sobre la Iglesia de Roma”; entonces el rey Luis VII de Francia volvió grupas indignado y manifestó que todo estaba liquidado; Alejandro III fue reconocido como Sumo Pontífice por el rey de Francia en Tours y en París, y en la primera de ambas ciudades presidió, en marzo de 1163, un solemne concilio con 17 cardenales, 124 obispos y 400 abades. La división existente, en la cristiandad europea occidental, se agravó más si cabe y Federico Barbarroja decidió reanudar la lucha armada en Italia, entronizar en el trono de San Pedro a Víctor IV y vencer en su guerra con Sicilia. Alejandro III ofreció paz y perdón a Federico Barbarroja, por medio del obispo Eberhardo de Salzburgo, tratándole como “al más poderoso de todos los príncipes”; la respuesta del Staufen no se produjo, pero en el verano de 1163 envió a 4 legados a Nüremberg y el emperador indicó que se investigase cual de ambos candidatos era el verdadero papa, como era volver al procedimiento de Pavía, Alejandro III no lo podía aceptar. Cuando en la primavera de 1164, dos cardenales intentaron ponerse en contacto con el Staufen, en Susa, éste se negó a recibirlos. Federico I Barbarroja se dirigió contra Maguncia y tomó todo tipo de represalias contra esta ciudad, por su rebelión del año 1160 (asesinando a

su arzobispo), revocando todos sus privilegios urbanos y arrasando parte de sus murallas, imponiendo a Conrado de Wittelsbach como metropolitano, elección equivocada ya que se pasaría al bando de Alejandro III; seguiría ayudando a Enrique el León contra sus vasallos rebeldes, quien en el año 1158-1159 había fundado la ciudad de Lübeck y había trasladado a ella la sede episcopal de Oldemburgo; asimismo en el año 1158 había fundado Munich-München, la futura capital de Baviera, atravesada por el río Isar, en la ruta de las salinas de Reichenhall.

El príncipe Boleslao IV el Rizado (1125-1173) de Polonia se vio forzado a entregar los territorios ducales de Silesia a sus dos sobrinos, que se fueron germanizando paulatinamente. Pero el Staufen fracasó en dos hechos de capital importancia: 1º) El número de obispos favorables al papa Alejandro III fue creciendo: Eberhardo de Salzburgo; Hillin de Tréveris; los obispos de Metz y de Verdun; Wichmann de Magdeburgo; Conrado de Wittelsbach; Guichard de Pontigny de Lyon y, consiguientemente todos sus sufragáneos. 2º) Por lo tanto la indiferencia y la falta de entusiasmo alemanes conllevaron que Federico Barbarroja llegase a la convicción de que debería ir más deprisa en todo, con la finalidad de alcanzar sus objetivos, el primordial era Roma y facilitar que Víctor IV pudiese tomar posesión de esa ciudad, del efecto del palo y de la zanahoria se iba a encargar el talento y la extraordinaria energía de Rainaldo de Dassel, para ello era necesario que la autoridad imperial se solidificase y los obispos alejandrinos fuesen substituidos por los *fideles* a Víctor IV, a la par que se comenzaban a activar las negociaciones con los municipios italianos, que podrían conservar sus regalía, salvo el de acuñar moneda y deberían jurar fidelidad al Staufen, además condes y podestás, proclives al emperador, vigilaban los caminos y se establecían en multitud de castillos. «Burchard de Usperg observa, incluso, que esta acción se extendió hasta la región romana, mientras el cardenal Boson insiste en la opresión del Poder alemán: "El emperador —afirma— se apoderó de ciudades inexpugnables y de otras fortalezas muy sólidas; mandó ocuparlas y que las custodiaran alemanes. Estableció igualmente alemanes como príncipes y señores entre los lombardos y toscanos, de suerte que ningún italiano pudo en ninguna parte resistir a su voluntad"»²⁹. De esta forma va a poder conquistar, rápidamente, Italia en el otoño de 1163, pero su soberbia, su ardor guerrero y su orgullo van a producir torpezas sin cuento y por doquier, para conseguir que se vayan a precipitar, como una cascada, ciertos hechos inesperados.

Cremona y Pavía van a protestar por la tiranía imperial; Lodi se va a pasar al bando de Alejandro III, y en Venecia se conseguirá descubrir y anular una conspiración anti-alemana en el año 1164. En los meses siguientes la ciudad de los canales va a acoger a los obispos alejandrinos, realizando pactos con el rey Guillermo I de Sicilia y con el emperador Manuel I Comneno de Bizancio, para así conseguir evitar el control alemán del mar

Adriático. Por ello Federico I Barbarroja Hohenstaufen se va a aproximar, políticamente, a Génova, la gran rival de Venecia y de Pisa, favoreciendo a la capital de la Liguria en contra de los pisanos; el dux de Venecia, Dandolo, reaccionó y comenzó a llenar de dinero a los municipios anti-alemanes de la Lombardía, para así separarlos del Imperio del Staufen. Por lo que en la Dieta de Parma (marzo de 1164), el Staufen, preparó la campaña militar de Italia, aunque previamente transformó Cerdeña en reino y se lo entregó a un aventurero sin la más mínima conciencia y torpe *ad infinitum* llamado Barisone de Arborea; entretanto Venecia, Vicenza, Verona y Padua van a crear una Liga anti-imperial, las ciudades limítrofes van a recibir, para hacer cuña, importantes privilegios de Federico Barbarroja, éstas eran: Tréviso, Ferrara y Mantua, que serían el contrapoder de la fuerza de sus enemigos, pero a pesar de todo el Staufen va a fracasar, militarmente, ante las murallas de Verona y decidió regresar a la ciudad alemana de Ulm; pero las "cosas" se van a complicar cuando el papa Víctor IV muere en Luca, el 24 de abril; los cardenales imperiales van a elegir, entonces, al cardenal Guido de Crema, *qui sibi nomen imposuit* el de Pascual III (1164-1168). Federico se va a equivocar de nuevo, ya que esta elección va a reforzar el cisma en la Iglesia Católica de Occidente. Pero a pesar de los pesares y la excomunión de Alejandro III, el prestigio de Federico I Barbarroja era, de momento, enorme e incólume.

11. De 1164 a 1168

Tras su llegada a Alemania, el emperador va a comprobar que sus obispos habían incrementado su tibieza en el asunto del cisma, por ello se vio obligado a dar un golpe de timón y destituyó al brutal, torpe y agresivo Rainaldo de Dassel de la cancillería y nombró al preboste de Merseburgo para el cargo, Christian de Buch, aunque envió a Rainaldo a Italia como vicescanciller, como arzobispo de Colonia que era; además le encargó de la dirección de las arduas negociaciones con el poderoso rey Enrique II Plantagenêt de Inglaterra, que era el gran valedor del papa Alejandro III, el monarca angevino, en este año de 1164, estaba enfrascado en sus proverbiales enfrentamientos con el arzobispo Thomas Becket de Canterbury, que se había tenido que refugiar en la corte francesa, desde donde se oponía a las constituciones regias de Clarendon, de enero de 1164, ya que estaban en contra de las libertades y los privilegios eclesiásticos; en la ciudad de Sens, Alejandro III le apoyó y aceptó sus explicaciones y, por todo ello, Enrique II creyó que era el momento de cambiar de bando papal o cuanto menos de chantajear al papa. Las entrevistas entre Rainaldo de Dassel y Enrique II se celebraron en la capital de Normandía, Rouen, en abril de 1165, donde a pesar de la oposición del clero normando, el monarca angevino decidió que apoyaría al nuevo Sumo Pontífice, Pascual III; además su hija Matilde se casaría con el duque Enrique el León, en 1168, sellando así una alianza entre los Welfs y los Plantagenêt y la embajada inglesa firmó los

acuerdos en la Dieta de Wurzburg (23 de mayo). Alejandro III envió una espía secreto para recibir directa y fidedigna información sobre cómo se estaban comportando sus enemigos. Federico I Barbarroja juró que nunca reconocería, bajo ningún pretexto: "a Rolando o a uno de sus sucesores". No obstante los obispos alemanes exigieron, que antes de jurar lo relativo a que no se privase de cargos y dignidades a los clérigos consagrados por Víctor IV, por Pascual III y los siguientes papas, se debería consagrar a Rainaldo de Dassel como arzobispo de Colonia, ya que solo estaba nombrado. Federico ordenó que todos los obispos nombrados fuesen ya consagrados y manifestó que iba a vigilar, minuciosamente, los pasos que iba a seguir la Iglesia germánica, además dio a los nobles la orden de que pronunciasen el juramento de obediencia al nuevo papa Pascual III, los monjes cistercienses fueron expulsados de Alemania, y los obispos escrupulosos que, desde 1159, habían buscado la verdad sin orillar su fidelidad a Federico I Barbarroja fueron castigados, tales como: el preboste Geroh de Reichsberg, el arzobispo Conrado de Wittelsbach de Maguncia, que debió refugiarse en la corte de Alejandro III, el obispo Ulrich de Halberstadt, y el arzobispo Conrado de Austria de Salzburgo fue citado en la Dieta de Nüremberg, febrero de 1166, y como no compareció no se le invistió de los regalia. Sin ningún tipo de complejos, el Staufen, informaría al rey Luis VII de Francia por medio del conde Enrique de Champagne, convencido como estaba de que nadie desearía rebelarse contra él, y de que la obediencia política de sus nobles laicos y eclesiásticos era segura, por ello afirmó la voluntad de su autoridad y en el edicto del 26 de septiembre de 1165, con referencia a los testamentos de los clérigos, hizo hincapié en la obra legislativa de sus predecesores, tales como Justiniano de Bizancio (483-565), Valentiniano III de Roma (419-455), y los francos Carlomagno y Ludovico Pío o Luis el Piadoso (778-840). En este estado de cosas es como se pueden explicar las fiestas de exaltación de la memoria de Carlomagno, tras la Dieta de Wurzburg, así se vinculaba el Imperio del Staufen a un grandioso personaje histórico del pasado, ya que Alejandro III había contraatacado canonizando al rey Eduardo el Confesor (c. 1003-1042-1066) de Inglaterra, además se humillaba al rey francés, recordándole que los Capeto eran poco importantes frente a sus antecesores carolingios, y de esta forma Federico I Barbarroja se presentaba como el único y auténtico heredero del gran emperador de los francos o salios, Carlomagno, que se habría encargado de realizar la unidad de la Europa Occidental cristiana bajo su cetro y la había regido política y espiritualmente.

De esta forma el 25 de diciembre de 1165, la Dieta de Aquisgrán exaltó las reliquias carolingias y se las trasladó a otro lugar para ser veneradas por las gentes del común, sería el 29 de diciembre de 1165, día de San David rey de Israel, una gran asamblea de clérigos y de prelados iban a acompañar al emperador, actuando Rainaldo de Dassel, como arzobispo consagrado (2 de

octubre) de Colonia, en el rol de metropolitano, se fijó la fecha del 28 de enero de 1166, como la fiesta de su canonización, ya como San Carlomagno y el anti-papa Pascual III otorgó su asentimiento al hecho, ya que Federico I Barbarroja consideraba que era él quien debería promulgar semejante decreto y además la Santa Sede todavía no era quien se encargaba de las canonizaciones de los futuros santos, que eran competencia de los arzobispos metropolitanos. La ceremonia está explicada en un diploma del 8 de enero de 1166. «Dicho emperador [Carlomagno] buscaba con todas las energías de su alma las recompensas de la vida eterna. Sus obras y compendios innumerables de sus documentos nos enseñan sus grandes esfuerzos por dilatar la gloria del nombre cristiano y propagar el culto de la divina religión, los obispados que erigió, las abadías e iglesias fundadas por él, la magnificencia de los beneficios y diversos dones con que las enriqueció, que la generosidad de sus limosnas no solo se manifestó aquende los mares, sino también allende. En la propagación de la fe cristiana y conversión de los paganos fue un esforzado paladín y verdadero apóstol como lo demuestran Sajonia, Frisia, Westfalia, los españoles y vándalos convertidos por él a la fe católica con la palabra y con la espada. Y si bien la espada no atravesó su alma, la tribulación de los diversos sufrimientos, los peligrosos combates que sostuvo, su deseo cotidiano de morir por la conversión de los fieles hacen de él un mártir. Por eso, ahora lo proclamamos y le veneramos en la Tierra por elegido y santísimo confesor, el cual —creemos—, después de haber vivido santamente y haberse acusado y arrepentido verdaderamente de sus culpas, se fue con el Señor, y entre los confesores fue coronado como santo y verdadero confesor en los cielos... Por lo cual, haciendo un acto de fe en las obras gloriosas y méritos del santísimo emperador, animado Nos por la petición de nuestro querido amigo Enrique, rey de Inglaterra, con el asentimiento y autoridad del señor papa Pascual, por consejo de todos los príncipes tanto eclesiásticos como seculares, hemos celebrado para elevación, exaltación y canonización del santo emperador una solemne asamblea durante la Navidad, en Aquisgrán, donde se ocultó su santísimo cuerpo por temor a los enemigos, y que gracias a una revelación divina pudimos descubrir. Nos ensalzamos y exaltamos el 29 de diciembre para alabanza y gloria de Cristo, afianzamiento del Imperio y salvación de nuestra querida esposa, la emperatriz Beatriz, y de nuestros hijos Federico y Enrique, en medio de gran concurso de príncipes y ante una innumerable asistencia del clero y pueblo, entre himnos y cánticos espirituales, con devoción y respeto»³⁰. En dicho texto estaba bien claro cuál era el cariz explícito de la autoritaria política imperial, que en su Alemania se reflejaba en el control que tenía sobre el episcopado y en las medidas contra los clérigos alejandrinos. Para agravar más la situación, el papa Alejandro III regresó a Roma, el 23 de noviembre de 1164, fiado en las promesas formales de los romanos y de un Senado favorable, le condujeron a la urbe capitolina en galeras sicilianas, y vinculaba la solución del cis-

ma a poner coto a las apetencias italianas del emperador Staufen, si Federico I Barbarroja ganaba, él estaría en una situación de extremo peligro, por aquello de: "Deja a Roma por el mundo; no te pesará tu destierro"³¹. En abril del año 1166, Alejandro III, nombró arzobispo de la fantasmagórica ciudad de Milán a un clérigo cultísimo y fogoso llamado Galdino, al que nombró cardenal y que sería su heraldo lombardo anti-Staufen, inclusive trató de complicar al emperador Manuel Comneno I de Bizancio, indicándole que él era el único emperador. El 27 de mayo de 1166, hay un nuevo soberano siciliano, es Guillermo II, la regente sería la reina-madre Margarita de Navarra, por todo ello el reino insular se va a debilitar y las intrigas se incrementarán; las cortes de Palermo y de Constantinopla se van a reconciliar y el bizantino va a ofrecer a su hija como esposa del rey-niño siciliano. Federico Barbarroja reaccionará y va a enviar al arzobispo Christian de Maguncia a visitar las plazas fuertes alemanas de la Toscana. Proclamará a Pascual III, como papa, en Viterbo, y le va a anunciar que muy pronto estará en el trono de San Pedro de la urbe capitolina. El Staufen va a reunir tropas en Augsburgo, con la inesperada deserción de Enrique el León. El viaje de las tropas imperiales fue ágil y rápido, atravesando, como siempre, el Brenner, esquivando una rebelde Verona, va a celebrar una Dieta en Lodi, en el mes de noviembre, donde escucha las quejas mutuas de Génova y de Pisa, que estaban enfrentadas en una guerra, aplazó su reconciliación, atravesando la región de la Emilia-Romaña, y sitió a Ancona que poseía la ayuda de tropas bizantinas. El 29 de mayo, los romanos fueron derrotados por el ejército de Christian de Maguncia y de Rainaldo de Dassel coaligados, que rodeando la urbe capitolina, fueron a ayudar a los habitantes de Túsculo, que se encontraban en guerra contra los romanos. Pascual III escribió al emperador que: "se apresurase, pues era el momento de recoger la cosecha y vendimiar la viña".

El 24 de julio, Federico Barbarroja atacó el Monte Mario, y el 25 de julio estaba ante el castillo de Santángelo, pero fue rechazado y, entonces, atacó a San Pedro del Vaticano, que al no poder ser conquistado le condujo a incendiar, como represalia, la Iglesia de Santa María in Turri, tras este sacrilegio los imperiales ocuparon la orilla derecha del río Tíber. Alejandro III abandonó el Palacio de Letrán y se instaló en la casa fortificada de los Frangipani, cerca del Coliseo, desde aquí se defendería con la ayuda económica de los sicilianos. El Staufen propuso, entonces, que ambos papas renunciasen y un concilio decidiría sobre la elección de otro Santo Padre; pero Alejandro III se negó, despectivamente, y el emperador le acusó de ser el único culpable de la catástrofe existente en la cristiandad europea occidental, "Alejandro prefiere la tiara a la libertad de sus ovejas", entonces los romanos se volvieron contra el papa, que huyó de la ciudad disfrazado de peregrino; por tierra, desde Terracina y Gaeta llegó hasta Benevento, allí se encontraban sus cardenales. El 30 de julio, Federico I Barbarroja entraba en Roma y el papa Pascual III era entronizado en San Pedro con

toda solemnidad, quien el 1 de agosto imponía la corona imperial a Federico I Barbarroja Hohenstaufen y a Beatriz, el Staufen decidió que el Poder del prefecto de la urbe provendría del emperador y no del papa, y el Senado, conformado por 50 miembros, recibiría la investidura solo del Staufen. Los habitantes le juraron fidelidad: «Los senadores presentes juraron –precisa el tratado concertado– y los futuros senadores juran y con ellos todo el pueblo romano fidelidad al señor emperador Federico y ayudarle a mantener la corona del Imperio romano y a defenderla contra todos y ayudarle a conservar sus justos derechos tanto en la ciudad como fuera de ella y a no participar nunca con su consejo y actos en una empresa en la que el señor emperador pudiese ser víctima de vergonzosa cautividad o perder un miembro o sufrir algún daño en su persona y a no recibir investidura (*ordinatio*) del Senado más que de él o su representante y observar todo esto sin fraude ni mala disposición. El señor emperador confirmará al Senado de modo perpetuo en el estatuto en que se encuentra actualmente y lo exaltará por recibir la investidura del mismo y le rendirá pleitesía y recibirá de él un privilegio revestido del sello áureo, en el que se incluirán todas estas cláusulas: la confirmación del Senado y el mantener intactas por parte de dicho emperador todas las justas posesiones del pueblo romano, por depender éstas del Imperio»³². Federico Barbarroja tomaba directamente las riendas del gobierno urbano y Roma era su nueva capital. Pero el futuro suele ser imprevisible y así ocurrió en esta ocasión, ya que el 2 de agosto, por la tarde, estalló una violenta tormenta sobre la urbe capitolina, cayó agua en tromba, las pútridas alcantarillas se desbordaron y una marea nauseabunda recorrió Roma, el calor se hizo tan agobiante que trajo la peste a la milicia germánica, y el desastre y el caos se abatieron sobre los soldados imperiales alemanes, las muertes fueron innumerables, entre ellas la de Rainaldo de Dassel que falleció piadosamente, Federico Barbarroja abandonó la ciudad, pero la enfermedad siguió haciendo estragos entre los soldados imperiales, entre ellos los dos primos del Staufen, Federico de Suabia y Welf II. Los enemigos del emperador se alegraron, sobremanera, con las múltiples desdichas de Barbarroja, estaba claro que Dios Todopoderoso estaba en su contra, su mito se derrumbó y era, por lo tanto, un conquistador al que era vital derrotar. Tras verse obligado a rodear el puerto de Cisa, por senderos de montaña alcanzaría Pavía, el 12 de septiembre, allí constató los graves errores que había cometido y lo extremada que estaba la situación. Tenía en contra a Venecia, la Liga Veronesa, al arzobispo Galdino y a Cremona. Había dos tipos de italianos: los que juzgaban como excesiva la política del Staufen tanto fiscal como militar, aunque no discutían sus derechos peninsulares, y los otros que siempre habían estado en contra de Federico Barbarroja, que había atacado las imprescriptibles libertades comunales. Por consiguiente en la primavera de 1167, se encontraron aquellos que exigían del monarca una actitud de moderación con los que defendían las libertades urbanas, que eran los gibelinos moderados o

gibelini que era la traducción italiana del castillo de Waiblingen, frente a los güelfos que provenían de la palabra Welf de la familia alemana enemiga de los Staufen, en este momento histórico los segundos eran más débiles, por lo que serán los primeros los que van a provocar múltiples rebeliones, su despecho por la sordera política imperial era evidente. En marzo se va a concertar un pacto entre la ciudad de Cremona, la antaño pro-imperial y Mantua, Brescia y Bérgamo, el 7 de abril los representantes ciudadanos múltiples decidieron reconstruir la urbe de Milán y, además, se animó a las ciudades, para que se produjese una unión que consiguiese del emperador el reconocimiento de los derechos y las libertades de los municipios, y los coaligados otorgarían a cada ciudad confederada, garantías de orden territorial, económico, militar e institucional, sin luchar contra los particularismos, de esta forma va a nacer la Liga Cremonesa. El 12 de septiembre, Federico I Barbarroja tuvo conocimiento de ello, cuando se encontraba en Pavía; los más atrevidos se soliviantaron, ya que varias ciudades expulsaron a sus podestás y a los oficiales imperiales, cerraron las puertas de sus ciudades y llamaron a los obispos alejandrinos. El 21 de septiembre, Federico expulsó del Imperio a las ciudades secesionistas y los municipios respondieron con la guerra; el Staufen no podía hacerles frente ya que no tenía ejército suficiente, y los refuerzos alemanes reclamados al obispo de Freising no iban a llegar. El peligro era terrible. El 1 de diciembre de 1167, las Ligas de Verona y de Cremona se iban a unir con un juramento solemne, la suma fue la denominada como Liga Lombarda, formada por 16 ciudades que se comprometían a no firmar paces por separado. El juramento fue pronunciado por los cónsules de Mantua: «Juro ayudar a Venecia y Verona, su campamento y arrabales, a Vicenza y Padua, Tréviso, Ferrara y Brescia, Bérgamo, Cremona, Milán, Lodi, Plasencia, Parma, Módena, Bolonia y a todos los hombres y a todos los países, sean cuales fueren, que entren en esta Liga con las susodichas autoridades y a todos los demás que prestaren con nosotros dicho juramento en este acuerdo, contra todo el que nos haga la guerra o cause daño, contra todo el que exija de nosotros más de lo que hicimos desde la época del rey Enrique hasta la entrada del emperador Federico. Y no traicionaré a ninguno de los susodichos países o a cualquier otro que esté con nosotros en esta Liga. Y si sé de alguno que quiera hacerlo o si se me pregunta sobre el particular, lo daré a conocer lo más pronto posible a la asamblea general o al consejo. Del mismo modo, no firmaré paz ni tratado ni armisticio ni tregua sin el consentimiento unánime y el parecer de los susodichos países, y ayudaré a todos cuantos hayan hecho dicho juramento contra cualquiera que les cause un perjuicio así. Haré que presten juramento todos los ciudadanos varones de catorce a sesenta años que estén conmigo, en el mes siguiente a mi juramento, excepto los clérigos, paralíticos, mudos y ciegos. Y dicho juramento obligará durante veinte años a partir de la próxima Pascua. Juro portarme como jefe y guía en la defensa de las ciudades de Venecia, Verona, su campamento y arrabales, de Vicenza, Padua, Tréviso,

Ferrara, Brescia, Bérgamo, Cremona, Milán, Lodi, Plasencia, Parma, Módena, Bolonia y de todas las ciudades y países que presten dicho juramento en la alianza de las susodichas ciudades. Seré de buena fe un agente del interés y utilidad común de los susodichos países con objeto de mantener los principios de los que han prestado dicho juramento a las órdenes de los gobernadores de la ciudad interesada o a las del magistrado que hayan elegido. Y si la fortuna me depara el incorporarnos una ciudad, nación o persona, la utilizaré en bien de los susodichos países. Y cumpliré todo lo dicho mientras ocupe este puesto de mando»³³. La Asamblea Suprema estaría conformada por un cónsul por cada ciudad, y de entre todos ellos se iban a designar dos rectores para el mando supremo mensual, los recursos monetarios de Venecia, Sicilia y Bizancio serían comunes. Federico Barbarroja negoció con el conde de Saboya un nuevo itinerario de regreso a Alemania. Pero en Susa (Piamonte), las puertas le fueron cerradas y con su pequeña escolta huyó disfrazado, tras pasar por el Monte Cenis llegó a Borgoña, en marzo de 1168, donde todos los obispos eran alejandrinos, por ejemplo: Guichard de Pontigny de Lyon era el nuevo arzobispo y por la fuerza de las armas había expulsado al prelado anterior. Dejó todo como estaba y llegó a su Alemania, todo era un fracaso y sus planes se derrumbaban por doquier, los seguidores alejandrinos respiraban profundamente y se levantaban, por todas partes, e incluso el rey Enrique II Plantagenêt de Inglaterra, que se iba a ver obligado a seguir a su clero alejandrino, que apoyaba a su gran adversario, Thomas Becket de Canterbury, llegaba a la convicción de que no podía cumplir los compromisos contraídos, en Rouen y en Wurzburg, con el emperador Federico I Barbarroja Hohenstaufen.

12. Años 1168 a 1174

Federico Barbarroja está en Alemania, valorando la medida exacta del fracaso y allí permanecerá durante seis años, que dedicará a una amplia reflexión, de todo ello nacerán nuevos métodos de actuación para poder obtener el control absoluto y efectivo de la Península italiana, a la guerra se le añadirá una importante labor diplomática tras vencer en el hecho bélico, ya que ambos métodos, a la par, no son incompatibles. En Alemania había que afianzar la autoridad monárquica, colaborando con los príncipes electores, sobre todo con el que fuese el más poderoso de todos ellos en el momento. Pidió a las ciudades y a los obispados que cumpliesen sus obligaciones financieras y militares; se levantaron o se consolidaron fortalezas en Suabia y en Alsacia, por ejemplo: Beuren, Hohenstaufen, Waiblingen, Eppingen, Staufenberg, Schramberg, Schiltag, Selestat y Haguenau, entre otras de mayor o menor enjundia, y desde donde se controlaban esas diversas regiones; restauró la terrible y gigantesca fortaleza de Kaiserlautern (1158). En Franconia surgieron Weinsberg y varias fortalezas en el valle del río Neckar; y en Francfort del Main, el gran palacio de Ge-

Inhausen; y también en Turingia y en Misnia-Egra actuó el Staufen; todo ello antes del año 1174. Su patrimonio fue dividido en circunscripciones, con sus gobernadores residiendo en el palacio principal, desde donde rodeaban los pueblos fortificados o *burg*, en los que existían guarniciones imperiales para el asentamiento de sus mandos palatinos, a estos les enfeudó tierras y por su mediación ejercía derechos patrimoniales en urbes como Goslar, Nüremberg y Bamberg, con este complicado entramado controlaba una extensa franja de tierras desde Alsacia y las tierras del río Sarre hasta atravesar el río Rin entre el río Main y Baviera. Su autoridad estaba consolidada por la aplicación de la constitución feudal promulgada en el año 1158 en Roncaglia, y efectiva y válida tanto en Alemania como en Italia. Evitó el reparto de los feudos imperiales, para que por el juego de las sucesiones esos territorios fuesen substraídos al control del emperador y, a la par, mantener la riqueza de la alta aristocracia.

En todos estos años vigiló, estrechamente, las elecciones eclesiásticas, promocionando a sus clérigos a los episcopados, destacando entre ellos: Harwig de Lierheim para Augsburgo (1167); Felipe de Heinsberg en Colonia (1167); Ludwig de Tecklemburgo en Munster (1169); Eberhardo de Seeburgo en Merseburgo (1171) y Conrado de Steenberg en Worms (1171); los obispos alejandrinos iban a ser tolerados en Salzburgo si se sometían a la autoridad del emperador sin ningún tipo de reservas; además por medio de diversos decretos iba a limitar las competencias de los procuradores eclesiásticos. Fomentaría la roturación de los bosques para repoblarlos; en los pueblos se apoyaba en la clase de los campesinos libres, que tenían ciertos oficios judiciales; ayudaba al comercio reorganizando los mercados o creando ferias anuales, en el año 1173: dos en Aquisgrán (en cuaresma y por San Miguel, el 29 de septiembre) y dos en Duisburgo (24 de agosto, San Bartolomé y el domingo *Laetare* o 4º de cuaresma), de 14 días de duración, los comerciantes no pagaban *tonlieux* y viajaban, con toda libertad, por el río Rin. Para todo ello era necesario asentar la majestad y la autoridad de la realeza, y por ello mantener la corona imperial dentro de la dinastía de los Staufen; en estas condiciones el 24 de junio de 1168, en la Dieta de Bamberg, se nombró como príncipe heredero a su segundogénito de cuatro años de edad llamado Enrique, coronado el 15 de agosto en Aquisgrán-Aachen. Si los poderosos nobles laicos le rendían fidelidad y pleitesía, les daría permiso para que pudiesen incrementar sus riquezas. Enrique el León, el más paradigmático de todos ellos, favoreció la expansión de las ciudades de Lübeck, Stettin y Brunswick y, en el año 1170, ya era un verdadero Jefe de Estado, con autoridad sobre ciudades y sobre sedes episcopales, pero todos estos magnates no querían saber nada de aventuras en Italia y, aunque los eximía de que se presentasen a apoyar a las fuerzas imperiales, solo les exigía, como contrapartida, que no fuesen contrarios, peligrosamente, a la política de los Staufen; pero en los años 1170 a 1174 las veleidades anti-italianas de

Enrique el León fueron analizadas, concienzuda y por menorizadamente, por Federico I Barbarroja con cierta preocupación, ya que el duque de Baviera y de Sajonia estaba más próximo a los intereses de su suegro, el rey Enrique II Plantagenêt de Inglaterra, poderoso y con una muy acusada personalidad. Tras el año 1167 y la huida primaveral del Staufen, la Liga Lombarda se amplió con las ciudades de Novara, Como, Asti y Vercelli, robusteciéndose la cohesión, para así poder incrementar su eficacia.

El 1 de diciembre de 1168, en Lodi, las ciudades legislaron de consuno y decidieron no apelar nunca a la jurisdicción imperial, así se observaba el progreso de la tendencia y del espíritu güelfos en el interior de dicha coalición, de esta forma manifestaban su pretensión a poseer y a ejercer las propias prerrogativas y, además por añadidura, retar al Staufen sin ambages y por derecho; de esta forma van a decidir crear una nueva ciudad, con sus cónsules elegidos con total libertad, bajo la soberanía de la Santa Sede, a quien se pagará un censo de reconocimiento y se le llamará Alejandría, los alemanes se burlan e ironizan sobre esta nueva urbe, vejándola como “la ciudad del papa”, en el año 1168 ya posee compactas murallas y miles de habitantes. El acercamiento papal a Bizancio es ya indudable y el emperador (*basileus*) Manuel I Comneno (año 1167) va a enviar, a Roma, al *sebastá* o venerable Jordán, “para ayudar y servir al papa”, el monarca bizantino se compromete a traer a la Iglesia Ortodoxa al redil de la catolicidad romana, si se le devolvía la corona imperial que, según él, le pertenecía por derecho. «Este (Jordán) afirmó que Manuel Comneno deseaba unir su Iglesia griega con la madre de todas las Iglesias, la sacrosanta Iglesia romana, como lo estuvo en los tiempos antiguos para su mayor bien, con objeto de que bajo la única observancia de la ley divina y único jefe eclesiástico, los dos cleros y los dos pueblos –el latino y el griego– vivan en perpetua estabilidad. Con todo, dado que se presentaban una justa oportunidad y un momento oportuno y aceptable, era lógico asimismo que la sede apostólica le entregase la corona del Imperio romano que –afirmaba– pertenecía de derecho no al alemán Federico, sino a él»³⁴. Pero el papa Alejandro III vio en este ecumenismo la insuficiencia y los peligros que llevaba en sí mismo, ya que el autócrata oriental deseaba ser más señor de su clerecía que el propio Staufen, y la Santa Sede siempre había contemplado al Imperio como Occidental y el bizantino era un sucedáneo, por lo tanto el Sumo Pontífice contestó a Jordán que debería deliberar con sus cardenales; en el año 1168 de nuevo el emperador de Bizancio, en Benevento, exigió por medio de la razón y de la justicia la devolución de la corona imperial, pero el Santo Padre se opuso a que la capitalidad de la cristiandad estuviese en Constantinopla, por ir en contra de “las leyes de los Santos Padres” y el papa de la paz se iba, en contra de sus deseos, a considerar culpable directo de una confrontación bélica entre ambos emperadores, si apoyaba este aserto bizantino. Por lo tanto en el discurrir del año 1168 se va a apoyar en la Liga Lombarda, como

fundamento esencial de su política, ya que sabía que sus municipios no eran peligrosos para la Iglesia Católica Romana e impedirían la omnipotencia del Staufen, por lo que las libertades italianas iban a conllevar la libertad eclesiástica. Federico I Barbarroja comprendió su propia debilidad y decidió negociar, pero era necesario escoger al interlocutor válido para la negociación, y el más lógico era, cómo no, el Santo Padre que era Alejandro III. Tras unos ligeros escarceos, con los abades del Císter y de Claraval (marzo de 1169), como embajadores imperiales, sin llegar a nada concreto, en el año 1170 Federico I Barbarroja va a confiar a un prelado alejandrino, el obispo Eberhardo de Bamberg, para que aporte un proyecto concreto, pero las negociaciones deben llevarse a cabo en Veroli, que es un territorio pontificio al Sur de Roma, por ello Su Santidad pide a las ciudades lombardas que envíen sus representantes, aunque el prelado de Bamberg solo desea parlamentar con el papa y, entonces, Alejandro III accede: 1º) El emperador se debe comprometer a no atacar al Santo Padre y no atentará contra su autoridad, aceptando las ordenaciones eclesiásticas alejandrinas, y 2º) El Sumo Pontifice debe cesar en su lucha contra el Staufen y, por lo tanto abandonar a los lombardos.

El Santo Padre no acepta estas premisas, ya que según él, no abordan los verdaderos problemas que son, a saber: a) la elección papal de Víctor IV en 1159, b) los asuntos italianos, c) el problema romano y, ch) además se siguen admitiendo las decisiones del concilio de Pavía. El Staufen, taimado como era, deja, entonces, la responsabilidad de continuar la guerra al bando de la Santa Sede. En el año 1169, dentro de la Liga Lombarda comienza a crecer el miedo sobre que el Santo Padre esté negociando a sus espaldas con Federico Barbarroja, por lo que en marzo del año 1170 la bula *Non est dubium* va a dejar claro cuál es el transparente proceder de Alejandro III. «No es en absoluto dudoso ni incierto que movidos por inspiración divina hayáis concertado acuerdos de concordia y entendimiento para defender la paz y la libertad de la Iglesia de Dios y las vuestras contra el susodicho emperador Federico, y os hayáis unido hasta el extremo de conseguir valerosamente arrancar de vuestro cuello el yugo de la esclavitud. Por eso, sabemos Nos que consideramos vuestra paz como nuestra y de la Iglesia hasta qué punto estáis unidos al mismo tiempo a esta Iglesia y en qué medida sois partícipes en la prosperidad como en la desgracia, de la que Dios nos guarde. Si habitantes o ciudades lombardos forman una asociación jurada sin el parecer de los cónsules comunales, Nos mandamos y promulgamos a los legados que lancen el entredicho, no obstante cualquier contradicción y apelación, sobre la ciudad donde se haya formada dicha asociación y sancionar con la excomunión tanto a los cónsules como a los que hayan formado la asociación o prestado ayuda y consejo para su formación. Otrosí, puesto que los rectores elegidos por vosotros en común no solo laboran sobremanera por la concordia y la paz, sino que mantienen sólida y firmemente ambas, queremos y ordenamos que, si una

ciudad o ciudadanos cometen una ofensa y rehúsan obedecer a una categoría de rectores, prohíbanse los divinos oficios en dicha ciudad en que se haya hecho tal ofensa y sean castigados con la espada del anatema los principales culpables. Si surge la llama de la disensión entre ciudades o si por casualidad brota la discordia entre ellas por desobedecer los cónsules de dichas ciudades a una categoría de cónsules comunales, nos conminamos para que se suspenda la celebración de los divinos oficios en tales ciudades y se sancionen con la excomunión, hasta obtener justa satisfacción a dichos cónsules y principales fautores de la disensión» (apud M. Pacaut, op. cit.). Lo que antecede se puede resumir en: «1º) Se prohíbe toda asociación nueva, so pena de excomunión y entredicho.



Encomienda de Arville. Mapa de Jerusalén. Crónicas de las Cruzadas de Robert Lemoine de Reims, abad de Saint Rémy. Manuscrito del siglo XII. Uppsala-Suecia. H. Vassal. Mavao.

2º) Si una ciudad se separa de la Liga, ya no será sede principal de una diócesis, y cuantos la hubiesen incitado a esta secesión quedarán privados de su dignidad. 3º) Quienquiera que desobedezca a los rectores de Lombardía será sancionado con censuras eclesiásticas. 4º) Si brota la discordia entre algunas ciudades de la Liga los culpables serán excomulgados»³⁵. Mientras tanto las ciudades se van a asociar por medio de un acuerdo más férreo y concreto. «Juro por los Santos Evangelios de Dios que no pactaré ni tregua ni armisticio ni acuerdo alguno con el emperador Federico, ni tampoco con sus hijos, su esposa o cualquier otra persona que hable en su nombre, y que no ratificaré tal acuerdo concertado por otro ni por mí mismo ni por mediación de un tercero. Trabajaré de buena fe según mis posibilidades con todas las energías posibles para que ningún ejército, pequeño o grande, procedente de Alemania o de otro territorio imperial allende los montes, penetre en Italia. Y si semejante ejército entrase, lucharé denodadamente contra el

emperador y todos los de su bando o los que lo fuesen en ese momento hasta que dicho ejército salga de Italia. Lucharé denodadamente asimismo contra el marqués de Montferrato, el conde de Biandrate y todos los del bando del emperador, y arrojaré a cuantos ayuden al emperador de la ciudad, de los pueblos y de todos los lugares donde yo sea fuerte y destruiré o haré se destruyan sus bienes. Del mismo modo tampoco recibiré en mi ciudad a los caballeros infantes alistados de su ciudad. No otorgaré derecho de mercado al emperador ni a su bando y se lo impediré a los que quieran hacerlo. No concertaré ni paz ni terminación de guerra ni tregua con el emperador o alguien de su bando sin común consejo y orden de las susodichas ciudades... Por último, yo, cónsul, obligaré a los hombres de mi ciudad de quince a sesenta años a prestar de buena fe este juramento. Al que se negare destruiré y arrasaré sus casas y bienes»³⁶. Por lo tanto el fracaso de las negociaciones de Veroli conllevó la consolidación de la Liga Lombarda y a su acuerdo con la Santa Sede, lo cual agravó la situación política de Federico I Barbarroja Hohenstaufen. El 14 de febrero de 1171, se va a entrevistar, en Maxey-sur-Vaise con Luis VII de Francia y le va a pedir que interceda, por él, ante el papa Alejandro III. En el año 1173 ofrece a su hija Sofía a Guillermo II de Sicilia, pero la Santa Sede lo va a impedir; además su canciller, Christian de Maguncia, logra un acuerdo entre las ciudades de Pisa y de Génova, y entre Florencia y Lucca, el 23 de mayo de 1172. Pero la Liga Lombarda se va a aprestar, a pesar de los pesares, para el combate sin tregua ni cuartel.

13. Años 1174 a 1177. La Paz de Venecia

Cuando en el año 1173, el Staufen, prepara otra nueva campaña contra la Liga Lombarda, los contingentes militares que le van a enviar sus vasallos son tan exiguos que tiene que reunir una fuerza mercenaria de brabanzones (de la flamenca Brabante), los cuales son famosos por ser aguerridos y crueles. En septiembre de 1174, cruzará los Alpes y va a castigar e incendiar la ciudad piamontesa de Susa; y unido a las tropas de su canciller, que ha abandonado el asedio de Ancona, se dirige hacia la ciudad del desafío al emperador, Alejandría, pero esta urbe resiste tras la fortaleza de sus murallas, desde el mes de octubre; la Liga Lombarda no vacila y solo Como está dubitativa, pero Rávena, Rímini y Bobbio y algunos magnates, tales como: el marqués de Malaspina, el conde de Camino, el conde Bertinoro y el conde de Biandrate, se van a incorporar al bando lombardo y reiteran su adhesión al global que está conformado por: Milán, Lodi, Bérgamo, Ferrara, Brescia, Mantua, Verona, Vicenza, Padua, Tréviso, Venecia, Bolonia, Módena, Reggio-Emilia, Parma, Plasencia-Piacenza, Tortona, Vercelli, Novara, Alejandría y Cremona, aunque esta última está negociando secretamente con el canciller imperial; la llegada del ejército federal, desde Plasencia, va a obligar al Staufen a levantar el cerco de Alejandría, el 13 de

abril de 1175 y debe intentar llegar hasta la fiel Pavia; Tortona se pasa, pues, al bando imperial y en Voghera se va a enfrentar al ejército comunal y como ninguna de las dos milicias tiene confianza en sus fuerzas y teme a la otra, se va a firmar un armisticio, los cónsules de Cremona se van a encargar del arbitraje y el emperador va a demostrar su buena fe, nombrando de entre sus tres embajadores a dos italianos, que son de Turín y de Pavia; plenipotenciarios por parte de la Liga serán: el cónsul y podestá Ezelino de Tréviso, Anselmo de Dovaria y Gerardo Pesta de Milán. Las negociaciones se van a efectuar en Montebello y en ese mismo instante los dos ejércitos son licenciados al unísono o a la par.

Federico I Barbarroja estaba dispuesto a hacer renuncias políticas, abandonando muchas regalía, pero va a pedir a los municipios que reconociesen su soberanía y le garantizasen la investidura de los cónsules, que pudiese ejercer determinados derechos y que le jurasen fidelidad. La Liga redactó un texto con seis puntos o *petitio societatis Lombardiae*: «1º) Reconocimiento de los derechos del emperador: La Liga declaraba que no deseaba poner en duda la autoridad imperial y estaba dispuesta a dejar al Staufen cuanto consiguieron sus predecesores –“sin emplear el miedo ni la violencia”– desde la muerte de Enrique IV. Más concretamente, el emperador dispondría del derecho de requisa, tránsito y mercado cuando pasase por Italia para ir a Roma a ceñirse la corona imperial. Recibiría la fidelidad de sus vasallos y el juramento de los ciudadanos de las ciudades conforme a los usos y costumbres de cada cual. En cambio el emperador abandonaría los otros regalía, pues cada ciudad era libre de conferirle en su territorio prerrogativas especiales. Restituiría todos los bienes confiscados por él durante la guerra y renunciaría a toda exacción pecuniaria. 2º) Derechos de las ciudades: Las ciudades tendrían, sin concesión alguna del emperador, todos los demás derechos llamados regalía, lo cual constituiría la más clara reivindicación del güelfismo. Conservarían sus consulados, cuyos juicios podrían ser objeto de apelación; conservarían sus murallas y campamentos fortificados y podrían construir otros; gozarían libremente de sus costumbres, que el emperador se comprometería a respetar al mismo tiempo que su seguridad. 3º) Derechos de la Liga: Los municipios tendrían la posibilidad de formar una Liga entre ellos y de luchar, si era necesario, contra el emperador en caso de que éste incumpliese sus compromisos. 4º) Solución en caso de conflicto: Si surgiese entre ambos bandos alguna desavenencia respecto a la interpretación del tratado, se exigirían a los cónsules de la ciudad o de las ciudades interesadas un juramento solemne que reiteraba el respeto al derecho y la tradición. 5º) Reconciliación del emperador con Alejandro III: La Liga la reclamaba y hacía de ella una condición del restablecimiento de la paz. 6º) Problema de Alejandría: Esta ciudad sería reconocida como libre, gozando de todos los derechos de los otros municipios lombardos»³⁷. Para el Staufen las cláusulas 5ª y 6ª eran inaceptables y algunos

detalles de las otras humillaban la majestad de Federico I Barbarroja; por lo tanto se apeló a la fidelísima Cremona, cuyo arbitraje se iba a producir en el mes de mayo y, por ello, previamente se designó una comisión mixta para que la tregua se mantuviese; por parte imperial lo sería el arzobispo Felipe de Einsberg de Colonia y otros dos acompañantes, y por el de la Liga, Gerardo Pesta de Milán, Alberto de Ganbara de Brescia, y un tercero veronés de nombre ignoto.

En los primeros días de mayo, Cremona, propuso un nuevo texto, tras escuchar las reticencias de la Liga y las objeciones del emperador: «1º) Referente a los derechos del emperador se aceptaban en conjunto las posiciones lombardas. En un solo punto había divergencia: Cremona sugería conferir al Staufen el derecho de requisar, tránsito y mercado, siempre que estuviese en Italia y no ya únicamente a su paso para la coronación. 2º) Sobre las prerrogativas de las ciudades eran muy sensibles las diferencias. Se les reconocía sus derechos y costumbres y la libertad de levantar murallas. Mas por una parte, el emperador, una vez en su reino, investiría a los cónsules, lo cual revelaría que le pertenecía la soberanía y que todas las libertades proceden de él; por otra, los lombardos habían de restituir los bienes imperiales de los que se apoderaron durante la contienda. 3º) El compromiso cremonés consistía en que las ciudades pudiesen libremente formar una Liga. Exigía, en cambio, la posibilidad para los italianos de ayudar al emperador en el caso de violación de sus compromisos con éste por parte de una ciudad. 4º) En cuanto a los litigios, no se mantenían las propuestas lombardas, sino que se preveía que toda diferencia en la interpretación del tratado la zanjaría una comisión mixta de seis miembros, tres nombrados por el emperador y tres designados por la unión. 5º) Sobre el problema pontificio el nuevo texto rechazaba las exigencias de las ciudades y declaraba simplemente que no se buscaría altercados con los alejandrinos. 6º) Referente a Alejandría, no sería reconocida como ciudad libre y solo se autorizaría a sus habitantes para que se incorporasen indemnes a sus pueblos de origen»³⁸. Federico I Barbarroja otorgó, de inmediato, su consentimiento a las contrapropuestas, pero los municipios las rechazaron, sobre todo los puntos 5º y 6º, inclusive el Staufen propuso que aceptaría todas las peticiones de las ciudades, si éstas abandonaban a Alejandro III y se pasaban al bando de Calixto III (papa de 1168 a 1178), pero Alejandro III era su salvaguarda frente a la voracidad imperial, por lo que a pesar de todo la tregua se va a mantener. Entonces el Staufen trató de aproximarse a Alejandro III, para saber cuál era su verdadera postura y, de paso, inquietar a los lombardos. La primera entrevista, entre Federico I Barbarroja y los tres cardenales delegados (entre ellos el arzobispo Ubaldo de Ostia) por el Sumo Pontífice, fue muy cordial, pero el problema surgió cuando los prelados le manifestaron que era imprescindible que negociase, también, con los lombardos, entonces el emperador se dio cuenta de que solo le restaba el camino de la gue-

rra. A continuación se entrevistó con el duque Enrique el León en Chiavenna, a orillas del lago Como, y le exigió más soldados de los que exigía el vasallaje feudal de la época, el yerno del rey Enrique II Plantagenêt de Inglaterra se negó, ya que era una expedición fuera de Alemania, además estaba crecido tras el recibimiento regio que se le había dado en Jerusalén (año 1172), a donde había dirigido una cruzada para ayudar a los cristianos de Tierra Santa, era necesaria su presencia en Sajonia y le recomendaba, al emperador, que reconociese al papa Alejandro III como único Vicario de Cristo en La Tierra. El Staufen se quedó perplejo e irresoluto, pero algunas ciudades que le eran adictas, le van a ayudar, aunque desde Alemania solo van a llegarle unos mil soldados de refuerzo. El 29 de mayo de 1176 se produjo el choque brutal, entre ambos bandos, en la ciudad de Legnano, la todopoderosa caballería germana cargó contra su homónima lombarda, la cual huyó a la desbandada, pero la infantería hizo de freno, la llegada de la caballería de Brescia iba a cambiar el signo del combate y el emperador, por su bravura y ardor combativos, fue derribado del caballo y al pensar sus mesnadas que había muerto huyeron, como alma que lleva el diablo hacia Pavía, a donde llegó el propio Federico Barbarroja. Con la situación tan en contrario, el Staufen recomenzó las negociaciones en los meses de junio y de julio. A pesar de sus intenciones sinceras, los municipios rechazaron cualquier tipo de acuerdo que no incluyese al papa Alejandro III. Entonces el Staufen resolvió iniciar una nueva negociación, que ya incluyese al susodicho papa, era el 21 de octubre de 1176; el canciller Christian de Maguncia, los arzobispos Wichmann de Magdeburgo y Conrado de Worms y el protonotario Arduino, se presentaron en la corte pontificia de Anagni, los cardenales alejandrinos exigieron la presencia de los embajadores plenipotenciarios de la Liga, de los del rey de Sicilia y de los del emperador de Bizancio en las negociaciones, los delegados del Staufen manifestaron que en primera instancia solo iban a participar el papa y los cardenales y en el mayor de los secretos, Alejandro III aceptó, pero tranquilizó a los lombardos con relación a que no les abandonaría.

Federico I Barbarroja claudicaba sobremanera, pero mantenía la validez de los nombramientos de los obispos adictos a Víctor IV, a Pascual III y a Calixto III, los tres anti-papas apoyados por el emperador y, además, las ordenaciones efectuadas por ellos. El papa deseaba la paz y, por lo tanto, aceptó y el emperador Federico I Barbarroja Hohenstaufen firmó que: 1º) Alejandro III era el papa legítimo; 2º) restituía los regálía poseídos desde la época de Inocencio III; 3º) Alejandro III devolvía la prefectura de Roma; 4º) Alejandro III le acogía como emperador e hijo queridísimo de la Iglesia Católica y le levantaba la pena de excomunión; 5º) los obispos alemanes eran analizados caso por caso; 6º) el anti-papa Calixto III obtenía una abadía; 7º) el emperador negociaría la paz con la Liga y con el reino de Sicilia, sus representantes no pudieron disimular su decepción y su cólera; se les respondió que

dentro de los siguientes tres meses, sus reivindicaciones serían atendidas, pero sus esperanzas, ya, habían sido defraudadas. El Staufen comenzó su labor de zapa para tratar de dividir a las ciudades lombardas, las primeras en abandonar la Liga fueron, Tortona, Rímini y Rávena; Cremona obtuvo la defensa a ultranza del emperador en un tratado firmado el 12 de diciembre de 1176, y la permitió que se apoderara de las pequeñas ciudades de Guastalla y Luzzara. Su euforia era de tal calibre que a principios del año 1177 la reunión de un concilio se encargaría de dilucidar entre Alejandro III y Calixto III para el trono de San Pedro, pero los güelfos de la Liga lo rechazaron, ya que era necesario mantener el apoyo a Alejandro III para conducir sus reivindicaciones a buen puerto, pero su negativa no tuvo trascendencia, ya que los consejeros imperiales habrían persuadido al Staufen de que no fuese tan pícaro, porque era necesario apoyar a Alejandro III hasta obtener la paz, además Federico Barbarroja carecía del dinero suficiente como para realizar sus proyectos militares, y el Santo Padre desconfiaba del emperador alemán, por todo ello las negociaciones eran tórpidas y lentas. La ciudad de la reunión sería Bolonia pero se tuvo que cambiar esta ciudad, por ser muy anti-alemana, por Ferrara, donde Alejandro III se estableció desde finales de abril. Entonces los lombardos le censuraron por su veleidad y el papa tuvo que tranquilizarlos. Federico Barbarroja nombró a siete de sus arzobispos como sus legados, con Christian de Maguncia a la cabeza; el cardenal Ubaldo iba a dirigir al grupo de los papales, los lombardos estaban representados por siete delegados dirigidos por Gerardo Pesta. La reunión entre el Staufen y el Santo Padre se iba a celebrar en Venecia. El canciller imperial informó a los municipios lombardos que: «El emperador os ruega y ordena tanto que se le haga justicia a propósito de los regalía y de cuanto le pertenece y vosotros retenéis, como de poner en práctica la sentencia pronunciada contra vosotros en Roncaglia, así como que se le otorguen los derechos que vuestros predecesores acostumbraban a reconocer a Enrique el Viejo (Enrique IV)»

La definición de todo el proceso estribaba en que ello era la vuelta a la política de soberanía directa definida en Roncaglia. G. Pesta se negó a aceptarlo y afirmó que: "los municipios aliados estaban dispuestos a hacer justicia al emperador como a un señor", y propuso concertar la paz sobre el texto de Montebello, siempre que el Staufen reconociera al papa Alejandro III, quien al tener conocimiento de que Federico I Barbarroja le iba a reconocer como el único Vicario de Jesucristo en La Tierra abandonó la defensa de la Liga Lombarda, siempre que el Staufen concertase una tregua de quince años con el rey Guillermo II de Sicilia y de diez años con los municipios lombardos; entonces el emperador se estableció en Chioggia y aquí los populares y anti-alejandrinos venecianos le sugirieron que entrase, de forma sorpresiva, en Venecia, con la finalidad de obtener de Alejandro III todo aquello que desease, los *popolari* presionaron al dux de Venecia para que permitiese la entrada del Staufen en la

ciudad de los canales, de manera inmediata y, en plena noche presionaron brutalmente al Santo Padre, pero Alejandro III era un hombre de temple y no aceptó las presiones, y envió a algunos de sus cardenales a Chioggia para que preparasen la entrevista con el emperador. El 21 de julio se concertaron las treguas, quince años con Sicilia y seis con la Liga. «El texto que fijaba el armisticio con las ciudades cuidaba lo más posible de no herir la susceptibilidad de los lombardos. Declaraba que el emperador y su hijo mandarían se jurase el acuerdo en su nombre; que los príncipes de Alemania presentes, así como los condes y marqueses italianos, sus aliados, y que los cónsules de Cremona y Pavía para las ciudades del partido proimperial, lo jurarían también. Precisaba que el monarca no exigiría juramento alguno de fidelidad de cualquier miembro de la Liga —laico o clérigo (obispo)— mientras durase la tregua; que no pronunciaría sentencia alguna ni incoaría acción judicial alguna contra los aliados durante ese tiempo. Por último, preveía el nombramiento de una comisión mixta para aplicar el acuerdo. Respecto al documento firmado con Sicilia, daba el título de rey a Guillermo II, lo que implicaba por parte de Barbarroja el reconocimiento de la autoridad normanda al Sur de la península italiana. Así, cesaba la guerra entre el emperador, de un lado, y de otro Sicilia y las ciudades de Venecia, Tréviso, Padua, Verona, Vicenza, Brescia, Ferrara, Mantua, Bérgamo, Lodi, Milán, Como, Novara, Vercelli, Alejandría, Cassino y Belmonte, Plasencia, Bobbio, Parma, Regio, Módena y Bolonia. El mismo día, 21 de julio, en Chioggia se redactó el acta que restablecía la paz entre el papa y el Staufen, que se convirtió, por el hecho de ser ratificada en Venecia días después, en el tratado de Venecia»⁴⁰. El nuevo texto indicaba, taxativamente, que también la emperatriz y su hijo Enrique prestarían el juramento en persona. Federico Barbarroja declaraba que: "devolvería al Sumo Pontífice todas las posesiones y administraciones —ya la prefectura ya otra cosa— que poseyó la Iglesia romana y que le fueron arrebatadas, excepto el derecho del Imperio". El 24 de julio, Federico I Barbarroja se presentó en la Iglesia de San Nicolás de Lido, donde le fue levantada la pena de excomunión (de 1160) por parte de tres cardenales, quienes recibieron la sumisión de un buen número de clérigos cismáticos, el dux le acompañó, entonces, hasta San Marcos, donde le esperaba el papa Alejandro III desde un enorme estrado. El Staufen se arrodilló y el Santo Padre, llorando por la emoción, le levantó de inmediato y le dio el beso de la reconciliación. "A la mañana siguiente se le recibió en la basílica, donde el pontífice ofició y predicó, insistiendo en la paz y en las ventajas de la cooperación entre ambos poderes"⁴¹. Federico I Barbarroja Hohenstaufen recibió la traducción del sermón y sostuvo el estribo del caballo papal sin rechistar. Pero el orgulloso Staufen se negó a aparecer vestido de penitente, y Alejandro III comprendió que el emperador debería salvaguardar el honor del Imperio. Así se llegó al 1 de agosto, en cuya ceremonia Federico Barbarroja juró, públicamente, en su propio nombre el tratado y las pertinentes treguas. «Sepa todo el mundo

—afirmó— que, aunque estemos revestidos de la dignidad y de la gloria del Imperio romano, tal dignidad romana no nos impide que conservemos en nosotros lo que es propio de la condición humana, y la majestad imperial no preserva de la ignorancia»⁴². Como han hecho todos los políticos a lo largo de la historia, Federico I Barbarroja, cargó las responsabilidades de sus errores sobre los hombros de sus colaboradores, ¡nada nuevo bajo el Sol! Desde el 1 de agosto hasta el 16 de octubre, se fueron cerrando los acuerdos y Alejandro III pudo abandonar Venecia. Federico consiguió que su autoridad y su prestigio permaneciesen incólumes en Alemania, y la Santa Sede ya no actuaría contra él en todo el orbe cristiano imperial, mientras que en Italia la Liga Lombarda se había debilitado y, a partir de ahora, sus jefes güelfos deberían ser prudentes, y ambos bandos, ciudades e Imperio valoraban la necesaria colaboración.

14. Años de 1177 a 1184

Federico I Barbarroja Hohenstaufen demostraría su lealtad a la Santa Sede, encargando a Christian de Maguncia que ayudase al papa Alejandro III a restablecerse en la urbe capitolina, por lo que el 12 de marzo de 1178, Roma acogió triunfalmente al Santo Padre, quien se comprometió a mantener el municipio, pero la pleitesía de los senadores era inevitable. El anti-papa Calixto III se sometió al Sumo Pontífice y fue tratado con benignidad. El Staufen regresó a Alemania, deteniéndose en las ciudades más adictas a su causa, pero no descuidando, tampoco, las que le eran esquivas, y en todas partes fue sumamente amable y asequible, por ejemplo en Ancona y en Osimo publicó un edicto, el 4 de noviembre de 1177, donde se reglamentaba la justicia en el Imperio, tras ello pasó al ducado de Espoleto, luego hacia la Toscana donde fue acogido por todas las ciudades; en la toscana Pisa y en la ligur Génova fue ovacionado; en Asti (7 de julio de 1178) le otorgó a esta ciudad un tratado específico, después destituyó al alcaide de la fortaleza, cuya soberanía le entregó a los ciudadanos. En Lombardía pasó sin pena ni gloria y en el Piamonte reforzó las ciudades que defendían los puertos de montaña, tales como Turín e Ivrea. Tras atravesar los Alpes llegó a Borgoña y se estableció en Arles, donde recibió a la nobleza de la Provenza y del Languedoc, y quiso que se le coronase, oficialmente, como rey el 30 de julio de 1178; tras este hecho permaneció varios días en Lyon y en Besançon, para llegar el 31 de octubre a Alemania, deteniéndose en Espira. Los problemas en la Germania estaban en igual situación desde el año 1174, el más urgente era el del duque Enrique el León y su torpe actitud para solucionar los problemas políticos que se le presentaban; en esta ocasión los incidentes se produjeron a causa de la forma de aplicar el tratado de Venecia con Alejandro III. Los mencionados acuerdos de Venecia van a conllevar el regreso del obispo Ulrico de Halberstadt, prelado alejandrino destituido en el año

1160, que lo primero que hizo fue tratar de recuperar sus tierras, enfeudadas por el predecesor cismático llamado Gero, que no puso obstáculos para ello, pero Enrique el León se negó a devolverlas y el 11 de noviembre el obispo citado se querelló contra el duque, ante la asamblea de Espira, y el emperador cambió su *modus operandi* en relación con el apoyo que había prestado siempre a su díscolo primo de Sajonia, ya que el Staufen no va a permitir que el Poder regio sea escarnecido y amenazado y, por consiguiente, en la colaboración con la nobleza alemana ya no va a hacer distinguos categóricos, y, para agravar más la situación, aún no había olvidado la desasistencia militar (de Enrique el León) del año 1176. Además Enrique el León se comportaba como un auténtico monarca en sus feudos, tendiendo a hacer de su ducado de Sajonia un Estado al margen del resto de Alemania. Para legalizar y legitimar la ruptura (en la Dieta de Espira), el emperador decidió que el contencioso se llevase con toda prudencia y respetando las formalidades jurídicas al uso, por lo que el problema debería ser examinado por el resto de los príncipes alemanes, pero con suma sutileza el Staufen se colocó enfrente de su primo y permitió que sus enemigos ajustasen las cuentas al atrabiliario Enrique el León: En primer lugar ante el Tribunal Real reunido, en cuanto Corte de Justicia regular y competente para toda Alemania, en materia de derecho territorial o derecho público alemán, lo presidiría el propio Federico I Barbarroja y estaría conformado por los nobles que iban a presentar las pertinentes quejas territoriales contra el duque Enrique el León de Sajonia; pero, de forma inesperada, este último no se presentó, más torpe y temeroso que nunca. En enero de 1179, en la Dieta de Worms, el Tribunal del Rey decretó en contra del sajón un proceso judicial sumárisimo por violar la paz pública. Tampoco compareció a la citación del 24 de junio en la Dieta de Magdeburgo, por lo que fue declarado enemigo público número uno. Entonces el propio emperador le acusó de ser un vasallo rebelde y desleal, crimen censurado públicamente por el margrave Dietrich de Landsberg de Lusacia; el proceso fue típicamente feudal, ante los pares del Welf, ante las Dietas de Kayna y de Zeitz, de agosto de 1179; y en la Dieta de Wurzburg (enero de 1180), como el duque se empeñó en no acudir, fue condenado, de forma irrevocable, a la confiscación de todos sus bienes, el Staufen había conseguido hundirlo por completo.

En abril de 1180, en la Dieta de Gelnhausen se proclamaron las enfeudaciones: el ducado de Sajonia pasaría a poder del conde Bernardo de Anhalt, que así veía cumplido el desquito soñado por su padre Alberto el Oso; Baviera iba a ser para el fidelísimo conde Otón de Wittelsbach y, por fin, el de Westfalia para el arzobispo de Colonia. En julio de 1180, Federico I Barbarroja, se dirigió, definitivamente, contra el malhadado duque Enrique el León, que estaba levantado en armas, quien abandonado hasta por su suegro, el rey Enrique II Plantagenêt de Inglaterra, se veía obligado a refugiarse en el castillo

de Stade, al Norte de Sajonia, en julio de 1181, y a solicitar el perdón del emperador; pero ya no era el tiempo de la clemencia y de la amistad, sino del llanto y del cruir de dientes, y es obligatorio presentarse con toda humildad ante el emperador. Por lo que cuando, en noviembre de 1181, Enrique el León se arrojó a los pies del Staufen, en la Dieta de Erfurt, Federico Barbarroja se va a mostrar generoso con este torpe y desmadejado súbdito y le va a devolver los alodios de Brunswick-Lüneburgo, siempre que lo sean para su hijo Otón de Brunswick, y le exige al vencido que resida tres años fuera de Alemania, por lo que el humillado ex-duque se va a vivir a Inglaterra, donde será aceptado, con toda generosidad, por su suegro; regresaría, definitivamente, en el verano del año 1185. Pero a pesar de todo lo que antecede, el rey Knut VI de Dinamarca se negaría a rendir el obligado homenaje al Staufen, pero esto ya era un mal menor. Todos estos cambios sociales se van a producir por la aparición de una nueva categoría social llamada la de los Reichsfürsten o Príncipes del Imperio, a los que se les reconocía su categoría para tomar cualquier tipo de decisión concerniente a la estructura territorial y feudal en Alemania, su presencia iba a obligar al Staufen a otorgar, de nuevo, los feudos por el sistema de la investidura feudal. La *leihzwang* o reinvestidura obligatoria era costumbre esencial del feudalismo germánico, que iba a afianzar la constitución de esta clase de élite principesca, los cuales eran, territorialmente, muy poderosos, estaban definidos como: duques, marqueses, landgraves y arzobispos, todos ellos de superior categoría a la de los condes, solo rendían pleitesía al emperador. El código legal del nuevo régimen o *Sachsenspiegel* o Espejo Sajón conllevaba una consolidación del Estado alemán, esta nueva estructura no iba a permitir la formación de una gran patrimonio regio, además el emperador no podía mantener vínculos con los vasallos de otro soberano, por causa de la jerarquización de la nobleza, que controlaba a muchos vasallos directos del rey, ya que al estar separados del soberano por medio de grados intermedios de nobleza, se sentían sujetos a estos últimos, así estos príncipes pasaban a dominar a algunos condados que hasta entonces dependían de la corona, e inclusive sobre los propios funcionarios palatinos, cuyas funciones se habían convertido en feudos.

Por esta misma época, el Tribunal Real tomó un cariz exclusivamente feudal y la cancillería regia vio limitados sus poderes. Toda esta parafernalia no puede ser considerada como un error del emperador Federico I Barbarroja Hohenstaufen, sino que siempre fue su deseo más ferviente aquel de colaborar con los príncipes más poderosos de Alemania, además se puede añadir que al unir, por otro lado, a los príncipes eclesiásticos, a los que podía promocionar, a su persona, sujetaba a la clase política principesca aristocrática al Poder del monarca; el Staufen continuó vigorosamente en el afianzamiento de su poder, pero siempre dentro del régimen del feudalismo o del vasallaje, ya que a pesar de su inteligencia preclara, no vio nunca la conexión que existía entre la voluntad de

incrementar lo más posible su autoridad y el *honor regni* por un lado, y la feudalización de las funciones públicas y el enraizamiento territorial de los poderes principescos del otro lado. Aunque carecía de los medios hereditarios de sus congéneres monárquicos contemporáneos, tales como: Luis VII de Francia o Enrique II Plantagenêt de Inglaterra o Fernando II de León o Sancho VI el Sabio de Navarra o Alfonso VIII de Castilla; el Staufen siempre acarició la idea de que su Imperio pasase a ser hereditario, lo iba a intentar reforzando los vínculos entre los más poderosos de sus magnates y él mismo, para que aquellos comprendiesen que deberían ser fieles al trono y permanecer unidos alrededor de su persona. Su homenaje era, para el Staufen, una forma de que el Estado se afianzase, pues por medio de la refeudalización obligatoria premiaba a sus servidores que eran los mejores y los más adictos, por lo tanto en muchas ocasiones Federico I Barbarroja era el árbitro supremo de todos los contenciosos nobiliarios.

Para incrementar su autoridad, el Staufen, va a utilizar diversas fórmulas: 1ª) compró con carácter vitalicio los extensos alodios del conde Welf VI en Suabia, año 1179; 2ª) adquirió los condados de Salzbach y Pfullendorf, para la dote de sus hijos; 3ª) constituyó a Lübeck como ciudad-libre, con la única dependencia del emperador; 4ª) consolidó el orden social en Franconia; 5ª) se reservó tierras, para sí, en Sajonia, en Turingia, Lusacia y hasta las orillas del río Oder; 6ª) en marzo de 1184, se va a legislar sobre las construcciones de castillos y fortalezas; 7ª) un obispo electo no podía disponer de los bienes de su obispado, si no era investido; 8ª) asumió la dirección o regalía sobre las sedes vacantes y confiscó los bienes muebles de los prelados difuntos; 9ª) por encima de todo cuidó de las promociones de los prelados afectos y de las consiguientes elecciones; 10ª) con la Santa Sede iba a seguir negociando la cuestión de los prelados cismáticos y de las disputas territoriales en la Italia central; 11ª) va a mantener relaciones corteses con el reino de Sicilia; 12ª) se va a impedir la autonomía a las ciudades de la Italia central. En los territorios de la Santa Sede, Christian de Maguncia va a seguir ayudando al papa Alejandro III, quien se vio obligado a abandonar, nuevamente, Roma, en el mes de junio de 1179, previamente se habría celebrado el Tercer Concilio Ecuménico de Letrán (febrero-marzo de 1179). En todo el territorio del Patrimonio de San Pedro arde la revolución, hasta tal punto que surge un nuevo antipapa, de nombre Inocencio III; homónimo de otro papa ulterior (cardenal Juan Lotario de los condes de Segni, 1198-1216), pero el indigno clérigo acepta retirarse a un monasterio tras recibir una importante cantidad de dinero; y ya el papa Alejandro III va a morir decepcionado, triste e incluso fueron injuriados sus restos mortales, el 30 de agosto de 1181, en Civita Castellana. Le va a substituir el cardenal Ubaldo Allucingoli, un monje cisterciense que como papa, *qui sibi nomen imposuit*, Lucio III (1181-1185), era muy hábil y de edad propecta, inclinado a la conciliación, va a tomar posesión

de la urbe capitolina, Roma, en el mes de noviembre de 1182. El Senado capitolino va a atacar a los tusculanos, que estaban reconstruyendo las murallas de su ciudad (Túsculo), pero Christian de Maguncia los derrotará, restablecerá los muros de esa pequeña ciudad, aunque va a morir el 25 de agosto de 1183, de unas denominadas fiebres malignas.

Entonces Lucio III acude a pedir ayuda al Staufen y se van a entrevistar, en Verona (22 de julio de 1184), aunque desde finales de 1182 ya se habían establecido los primeros contactos, porque las treguas de Venecia ya habían vencido en el verano de 1183, y en la Liga Lombarda los gibelinos comenzaban a influir. El 4 de febrero de 1183, el Staufen otorgó una nueva paz a la urbe de Tortona, que había abandonado la Liga, el emperador la iba a proteger, pero limitando los derechos de sus alcaides y anulando los privilegios concedidos a otros comunidades, como por ejemplo a Serravalle, a expensas de Tortona, pero sus habitantes deberían cerrar las puertas a los ciudadanos de Alejandría-Alessandria. Es obvio que los lombardos no podían aceptar la desaparición de la emblemática ciudad, que resumía su unión, aunque a primeros de marzo, los alejandrinos van a abandonar la ciudad, los imperiales realizarán una simbólica destrucción y allí se va a fundar una nueva ciudad llamada Cesarea. El 14 de marzo, el Staufen iba a investir a los cónsules electos y se reservaría el peaje del puente.

El 30 de abril se logró un acuerdo con los municipios lombardos, exceptuando a ciudades como Venecia, Como y Alejandría, así el 25 de junio, Federico I Barbarroja ratificó, en persona, el acuerdo en la Dieta de Constanza, donde se exponía claramente la soberanía imperial sobre las ciudades y se le reconocían al Staufen los derechos de regalía. «Queremos se conozcan los regalía no otorgados a vosotros. Elíjanse el ordinario del lugar y hombres dependientes de la ciudad o del obispado entre los de buena fama y considerados aptos para tal función y carentes de odio especial contra la ciudad o nuestra majestad y dichos hombres (con el obispo) juren que procurarán de buena fe y sin engaño cuanto convenga particularmente a nuestra majestad»⁴³. Si la investigación era problemática, el soberano podía dejar a la ciudad todos los regalía mediante el pago de una indemnización de 2000 libras, que podían ser rebajadas si fuese pertinente y necesario. El emperador investía a los cónsules cada cinco años, salvo que el obispo de la ciudad tuviese la autoridad del emperador para realizarlo, previamente juraban fidelidad al Staufen desde los hombres de 15 a los de 70 años; los cónsules solo podrían juzgar los casos que implicasen una condena máxima de 25 libras, las demás causas eran de jurisdicción imperial; las ciudades deberían cooperar con el emperador "para mantener y recuperar los bienes y prerrogativas del emperador en Lombardía". Pero las ciudades lombardas, también, obtenían un buen número de privilegios: «Es lícito a las ciudades fortificarse y levantar fortificaciones fuera de las mu-

rallas. Seguirán en vigor los tratados otrora concertados entre las ciudades de la Liga. ARTÍCULO-I: Nos, Federico, y nuestro hijo Enrique, rey de romanos, os otorgamos a perpetuidad a vosotras, ciudades, lugares y personas de la Liga los derechos de regalía y costumbres que son vuestros tanto dentro como fuera de las ciudades, de suerte que en cada ciudad los poseáis como los poseístis hasta el presente y como los poseéis y de modo que ejerzáis sin oposición todas las costumbres ejercidas por vosotros desde antiguo y que ejercéis en lo tocante al derecho de requisa, los bosques y pastos, puentes, cursos de agua y molinos, como acostumbrasteis a hacerlo desde antiguo y seguís haciéndolo, y otrosí por lo que respecta al ejército, fortificaciones de las ciudades, la jurisdicción criminal y pecuniaria dentro y fuera y todo lo relativo a la utilidad de las ciudades»⁴⁴. El emperador va a aceptar que los usos y costumbres limiten su omnipotencia, ya que crean derecho y, además, el Staufen reconoce que el hecho urbano es inherente a la sociedad política italiana. Por medio de dicho tratado el emperador va a poder mantener la paz en la Italia del Norte, que era lo verdaderamente importante, y su capacidad de manobra va a ser muy amplia, favoreciendo o perjudicando a tal o cual ciudad. Desde ahora va a tener todos los triunfos al alcance de su mano.

15. Desde el año 1184 hasta el año 1188

En el mes de mayo de 1184, el emperador va a residir, en Maguncia, la Dieta más paradigmática; en tan grandiosa ceremonia armará caballeros a sus hijos: Federico y Enrique, este último ya es rey de Germania y de Romanos, desde el año 1168, además anuncia su deseo de entrevistarse con el papa Lucio III, ya que tiene la necesidad imperiosa de controlar toda Italia y, para ello, la venia papal es esencial, porque era el Santo Padre quien confería la diadema imperial; la Santa Sede buscaba la ayuda del Staufen para el restablecimiento papal en Roma. Al llegar a Verona, el papa tuvo que esperar varias semanas hasta que Federico Barbarroja pudo llegar, ya que se encontraba en plena política de acuerdos para la reconstitución patrimonial y para las enfeudaciones, y en el Sur el emperador se vio obligado a revisar sus relaciones con la corte siciliana de Palermo, para ello se decidió que el joven Enrique VI, rey de romanos, se casase con la tía de Guillermo II de Sicilia, llamada Constanza. Los esponsales se anunciaron para el 20 de octubre de 1184, en Augsburgo, tratado maquiavélico de Federico I Barbarroja, ya que a pesar de que la boda no implicaba la sucesión al trono de Sicilia, a la larga Enrique VI sería rey de Sicilia, y aunque el papa estaba en contra de esta alianza tan peligrosa, no le quedó más remedio que conjugar el mal menor, ya que Federico I Barbarroja amenazaba, implícitamente, que entonces la alianza sería entre Sicilia y Bizancio y, obviamente, la Santa Sede detestaba a los bizantinos, ya que tras la muerte de Manuel Comneno (año 1180), fueron asesinados, en Constantinopla, varios

clérigos de rito latino. Por fin llegó a Verona el Staufen, en octubre de 1184, pero las conversaciones fracasaron por dos causas importantes: 1ª) el 25 de mayo de 1183, había muerto el arzobispo Arnolfo de Tréveris, el partido triunfador consiguió del emperador, que se decidiese por el preboste Rodolfo de Wied, que fue investido; el otro candidato era el arcediano Folmar que apeló al Santo Padre, quien indicó que según el concilio de Letrán era a él a quien le correspondía zanjar las controversias en las promociones episcopales, algunos prelados alemanes, dirigidos por Conrado de Wittelsbach, arzobispo de Maguncia, dieron a entender a la Santa Sede que el Staufen pensaba manejar personalmente al episcopado germánico, al margen del Vaticano; 2ª) los obispos y los clérigos alejandrinos contemplaban con preocupación que Federico I Barbarroja se reconciliase con los municipios lombardos y de esta forma pudiese impedir la expulsión de los cismáticos, y que éstos, por consiguiente, pudiesen retener diversos bienes eclesiásticos; por ello la Santa Sede comenzó a realizar una política de recuperación de todos los dominios que hubiesen pertenecido, en el pasado, al Vaticano bajo la denominación que fuese. Las negociaciones, por tanto, fracasaron, ya que antes de llegar a dicha ciudad, el Staufen propuso al papado que le dejase todos los dominios mediante el pago al papa de un diezmo sobre las rentas imperiales en Italia, y entrega al colegio cardenalicio de una novena parte de esos beneficios. El papa Lucio III se negó de forma abrupta a coronar a Enrique VI, ya que el derecho público prohibía que hubiese dos emperadores a la vez; en cuanto a los clérigos cismáticos se refiere, el Santo Padre proponía que se debería examinar cada caso por separado, siempre que cada solicitud fuese examinada por el propio Sumo Pontífice en persona, aunque solo un futuro concilio, a reunir en Lyon, debería decidir sobre la abducción de los mismos, el procedimiento de Tréveris exigiría un proceso regular. Además de lo que antecede, se decidió la organización de una cruzada y se promulgaron edictos contra las herejías de los cátaros y de los valdenses, que perturbaban la vida de la catolicidad occidental. «Dicha cooperación demostró la solicitud de Federico por defender la religión. Prueba, entre otros argumentos, su voluntad de ser un buen cristiano; el príncipe, encargado de ayudar a los hombres a salvarse luchando contra las herejías, cuyo juicio compete a la autoridad eclesiástica. Pero una vez en la palestra política, recuperado el puesto de lo temporal que considera suyo y en el que reivindica sin admitir cualquier discusión el prestigio intacto y el poder inviolable, no piensa ceder ni en sus prerrogativas ni en sus intereses»⁴⁵. Ahíto de las trapisondas italianas Federico Barbarroja abandonó Verona a primeros de noviembre; pero el 14 de dicho mes fallecía la emperatriz Beatriz, y tras retirarse unos cuantos días, el Staufen retomó su actividad decidido a vencer en todos sus proyectos, con el aislamiento ejemplificador sobre el Poder del Vaticano. En Alemania, Enrique VI, tomó medidas de una gran crueldad contra los partidarios de Folmar en Coblenza, en Tréveris y en Colonia, y lo mismo hizo el Staufen en

Italia que, en febrero de 1185, va a abandonar, de forma abrupta, la protección sobre su ciudad favorita, Cremona, ya que ahora le van a interesar más los milaneses, los cuales se van a comprometer a apoyar las prerrogativas del emperador en todo momento y ocasión, el Staufen les dejaba la mayoría de los regalías contra el pago de un censo de 300 libras y sería neutral en un posible conflicto entre Milán y Pavía. El papado se va a encontrar aislado y para acabar de arreglar los problemas al emperador, el Santo Padre, Lucio III, iba a morir, en Verona, el 25 de noviembre de 1185. Pero el cónclave no le iba a ser propicio a los intereses de Federico I Barbarroja, ya que el nuevo papa iba a ser el arzobispo Humberto Crivelli de Milán, *qui sibi imposuit* que fue promovido al puesto por los clérigos güelfos, que pretendían sabotear el pacto entre el municipio de Milán y el emperador, *qui sibi nomen imposuit* el de Urbano III (1185-1187), quien se comprometió a devolver al Staufen golpe por golpe, ya que su rencor no le iba a permitir olvidar los sufrimientos de su familia en el asedio de Milán del año 1162. Pero el episcopado alemán le va a acusar de ser violento y tajante y, por ello, se va a apartar del cuidado de la Santa Sede, uno de ellos fue Conrado de Wittelsbach, que se acercó, entonces, a Federico Barbarroja, y el emperador contraatacó. El 27 de enero de 1186, se van a celebrar en Milán los esponsales de Enrique VI con Constanza de Sicilia; la ciudad lombarda se regocijó, sobremedida, por tal honor. El patriarca de Aquileya se encargó de coronar al príncipe heredero de los Staufen como rey de Italia, al margen de la autoridad de Urbano III que ni tan siquiera fue consultado.

El Santo Padre reaccionó y el 17 de mayo consagró, personalmente, a Folmar como arzobispo de Tréveris, al que además nombró como su legado-papal, en Germania. El emperador contraatacó y bloqueó todo tipo de accesos a Verona; a la par Enrique VI conquistó todo el Norte del Patrimonio de San Pedro, consiguiendo fidelidades, enfeudamientos y sometimientos por parte de las ciudades de Perusa, Viterbo, Narni, Sutri y Siena, además, el Staufen, dio a entender a los cremoneses que nunca los había considerado como enemigos irreconciliables, y, el 8 de junio, Cremona se iba a comprometer a no hacer la guerra a Milán, Plasencia y Crema, a restituir al emperador las poblaciones de Luzzara y Guastalla y a pagar una importante indemnización (29 de junio). El papa escribió a los obispos alemanes, acusando al emperador de negarse a colaborar con la Santa Sede y "a cumplir la voluntad de Dios, quien estableció el Poder coercitivo de ambas espadas contra la malicia de los injustos y por la salvación del pueblo cristiano". El Staufen reunió en la Dieta de Gelnhausen (noviembre de 1186) a sus obispos y les manifestó sus buenas y rectas intenciones, los prelados deseosos de paz y concordia, se colocaron al lado de su monarca y reprobaron la actitud papal, sobre todo Wichmann de Magdeburgo indicándole que: "los obispos alemanes estaban obligados a conservar y a mantener el derecho y el honor del Imperio por el juramento hecho al

emperador y a su ilustre hijo, el augusto rey de romanos”, solo Felipe de Heinsberg de Colonia se va a oponer, el papa responderá (19 de febrero de 1187) indicando que el emperador se negaba a restituir los bienes confiscados a la Santa Sede y actuaba evitando que “se consolidase la paz y la concordia entre la Iglesia y el Imperio”. El arzobispo de Colonia siguió retando al Poder del emperador y reuniendo a su alrededor a los adversarios de Federico I Barbarroja, entre otros a: Folmar, al duque de Brabante, al landgrave Luis III de Turingia, al conde Adolfo de Holstein y, sobre todo, va a entrar en negociaciones con el rey



Colgado en una montaña, este castillo fuerte controlaba la entrada de Tierra Santa y era la mayor fortaleza fronteriza de los francos de 1110 a 1271. W. Louvert – Diaporama.

de Dinamarca, que discutía acremente con el emperador sobre la posesión de la soberanía en el litoral de Pomerania, y, como era de esperar, con el mayor adversario del Staufen, que estaba recién llegado del exilio (1185), el duque Enrique el León. En el año 1187, incluso se atrevió a presidir, en Colonia, una reunión de sus aliados armados en orden de batalla. El 29 de noviembre de 1186, en la Dieta de Nüremberg, el emperador reunió a un pequeño ejército y penetró en la Lorena, que era un territorio en discusión, entonces Folmar, que se encontraba en Metz, la capital del territorio, se fue a refugiar en Reims, en los territorios del conde Enrique de Campagne; por ello Federico I Barbarroja Hohenstaufen va a establecer contactos con el nuevo y joven rey de Francia, Felipe II Augusto, que accedió a vigilar los escarceos rebeldes del conde campañés. Por consiguiente el arzobispo Felipe de Heinsberg se va a declarar en abierta rebeldía, fortificará Colonia al recibir urgentes noticias de que llegaba el emperador a marchas forzadas, y cortará, pues, un puente sobre el río Mosela. Federico Barbarroja reunió a sus príncipes en Worms (agosto de 1187) y acusó al sedicioso prelado de alta traición y lesa majestad, y le exigió su comparecencia en la Dieta de Navidad, en Es-

trasburgo, los partidarios del atrabiliario prelado le van a abandonar.

El papa Urbano III estaba más solo y abandonado que nunca, y únicamente se le va a ocurrir la infeliz ocurrencia de excomulgar al emperador; se negará, a continuación, a recibir a los embajadores del Staufen y, para ello, se va a dirigir a Venecia; pero en Ferrara va a fallecer de improviso, el 24 de octubre de 1187. El cónclave reunido solo deseaba la paz y la organización de la cruzada contra los sarracenos de Tierra Santa, por lo que dirigieron sus votos hacia un varón piadoso y santo llamado Alberto de Morra, ex-profesor de leyes en la paradigmática Universidad de Bolonia, cardenal con el papa Adriano IV, y amigo y confidente del papa Alejandro III, el nombre que va a elegir será el de Gregorio VII (1187-1187); lo primero que hizo fue prepararse para volver a Roma y, por ello, escribió al emperador: “que no pretendía usurpar los derechos imperiales, agregando que no competía al papa ni a los cardenales tomar las armas y combatir, sino más bien servir a Dios por la oración y la limosna”, además calificó a Enrique VI de: “emperador electo de romanos”, y anuló las excomuniones de Folmar contra los obispos de Toul y de Verdun. Pero, por desgracia, el nuevo Santo Padre, que tan buenas intenciones tenía, va a morir, en Pisa, de un ataque de fiebre maligna, el 17 de diciembre del mismo año de su elección y le va a substituir el cardenal-obispo de Palestrina, Paulo Scolari, *qui sibi nomen imposuit* Clemente III, que realizó un brioso llamamiento para una cruzada y pidió a Enrique VI que lo escoltase hacia Roma. En diciembre de 1187, Federico I Barbarroja y Luis Felipe II Augusto, se reunieron en el río Mosa, entre Ivois y Mouzon, y firmaron un pacto contra los Plantagenêt y los Welfs, el Staufen se comprometió a dar el condado de Namur a Balduino V de Hainaut, suegro del monarca Capeto, éste expulsaría de Reims a Folmar. El papa entró en Roma, en febrero de 1188. El 27 de marzo, Felipe de Heinsberg, pidió perdón al emperador que se lo concedió, ya que esta Dieta de Maguncia fue la Dieta de Cristo, a causa de que el emperador tomó la cruz. Federico I Barbarroja Hohenstaufen estaba feliz, dichoso y orgulloso, ya que todos sus proyectos, elaborados en los inicios de su reinado se habían cumplido.

16. Desde el año 1188 al 1190. El Islam conquista los enclaves cristianos de Oriente

En este momento, los Estados Latinos de Oriente, a saber: reino de Jerusalén, principado de Antioquía y condado de Trípoli, estaban en constante peligro, por la enemiga existente entre los dirigentes de las diversas Órdenes Religiosas y Militares, además el Islam era pujante, en el Este el *atabeg* o “padre del príncipe” (era el gobernador de una nación o provincia, pero subordinado a un monarca) Nur ad Din dominaba en todo el territorio de Siria, desde Mosul y Alepo hasta Homs y Damasco;

en Egipto el sultán Salah ad Din Yusuf o Saladino producía pavor entre los politeístas o cristianos. En el año 1174 había muerto Nur ad Din y, entonces, Saladino conseguiría todo el Poder para el khalifato abbasí de Bagdad. El rey cristiano de Jerusalén, Amaury, había muerto en el año 1174 y el heredero era un niño de 13 años de edad, llamado Balduino IV el Leproso. Saladino había ido ocupando todas las tierras colindantes y ahogando al reino jerosolomitano de los francos. En el año 1186 había muerto el rey Balduino V, que era sobrino y heredero del rey leproso, quien habría muerto ya en el año 1185. El 4 de julio de 1187, Saladino lanzó todas sus fuerzas contra los cristianos y en la malhadada batalla de los Cuernos de Hattin, al Noroeste de la ciudad de Tiberiades, la debacle de los cristianos fue total y el, entonces, rey Guido de Lusignan fue cogido prisionero. El 10 de julio cayó San Juan de Acre y, a continuación, capitularon como un castillo de naipes: Naplusa, Sidón y Beirut. Los turcos conquistaron, en septiembre: Ascalón, Ramala, Gaza y Hebrón. El 17 del mismo mes, Saladino ya estaba ante los muros de la Ciudad Santa, que fue conquistada el 2 de octubre. La ofensiva continuó y en la primavera del año 1188, solo seguían incólumes en manos cristianas: Tiro, Trípoli y Antioquía.

En Europa la caída de Jerusalén supuso un terrible mazazo moral, pero la muerte del gran rey Enrique II Plantagenêt de Inglaterra (6 de julio de 1189), retrasó el empeño y los planes de cruzada de los cristianos europeos. Arnoldo de Lübeck va a poner de relieve cuál era el deseo y el carisma del emperador Federico I Barbarroja, en relación con la cruzada. «El jefe, el guía —escribió— era el príncipe Federico, emperador de romanos, el cual, para ensalzar el honor del Imperio conducía su poderoso ejército a la lucha contra los enemigos de la cruz de Cristo, estimando que podría llevar a feliz término este combate, que dirigía así por Dios como por la gloria temporal»⁴⁶. El mayor panegírico sobre el fervor cruzado de Federico Barbarroja lo va a realizar el historiador de las cruzadas, L. Alphandéry: «El Poder imperial se creció con una investidura religiosa por divina elección para la lucha contra el infiel. Tras la vocación apocalíptica de las multitudes, el fracaso de los improvisados jefes o de los soberanos cumplidores, éste es el mesianismo imperial. Atmósfera de apoteosis, donde a veces brilla una alucinación germánica»⁴⁷. El Staufen cuidaba, con toda meticulosidad, la empresa contra el Islam, y daba todo tipo de facilidades para que se predicase la cruzada en sus reinos, inclusive concedía el perdón a todos aquellos que habían maquinado alguna vez en su contra. El 31 de mayo de 1188, el papa Clemente III (1187-1191) llegó a un acuerdo con las instituciones romanas, siempre que se reconociese su soberanía sobre la urbe capitolina y sobre el municipio, al restituirle éste los derechos de regalía. En febrero de 1189, depuso a Folmar y el emperador destituía, a su vez, a Rodolfo de Wied, todo ello conllevaba un acuerdo público, que se iba a realizar en Estrasburgo el 3 de abril por medio de Enrique VI, quien

llegaba para tomar posesión de la dirección del reino de Alemania. El papa se comprometió a coronarlo en vida de Federico I Barbarroja y, a la par, Enrique VI reconocía la soberanía del Santo Padre sobre los Estados pontificios, y le restituía todo lo incautado en Orvieto, Orta, Túsculo, Terracina y Tívoli, además dispensaba del juramento a los ciudadanos de dichas ciudades, aunque el tratado dejaba bien claro que la Santa Sede recibía los dominios del Patrimonio de San Pedro en usufructo, exceptuados los derechos del Imperio que, además, ocupaba de hecho los territorios litigiosos en la Italia central.

El Staufen estaba pletórico y, por ello se dirigía al Sumo Pontífice dándole la enhorabuena (10 de abril); por otro lado su hijo, Enrique VI, hacía lo mismo el día 18 del mismo mes, por el éxito del documento se colige que dejaba claro quién decidía la política en Europa. Las únicas preocupaciones y cuitas del emperador eran las que le proporcionaba Enrique el León y, por ello, se le requirió, en la Dieta de Goslar (agosto de 1188), a no formular ningún tipo de reivindicación mientras durase la cruzada, pero el duque de Sajonia no aceptó y siguió su camino hacia Inglaterra, en abril de 1189. En dicha Dieta se promulgó sobre la garantía del derecho de asilo en las iglesias y se regularon las prerrogativas de los procuradores sobre los bienes eclesiásticos; en diciembre de 1188, el soberano volvió a reiterar la prohibición a los obispos de otorgar en feudo el *ban*, que era la autoridad pública que correspondía al episcopado por delegación del monarca. De esta forma se limitaban los abusos de las prácticas feudales. Además iba a organizar sus territorios: 1º) Enrique VI recibiría la corona imperial y ahora ya gobernaría el Imperio, mientras su padre estuviese en Tierra Santa; 2º) el primogénito, Federico, duque de Suabia, debería substituir al hijo-fallecido (primo de Federico I Barbarroja) de su tío-abuelo Conrado III en la cruzada; 3º) el quinto hijo imperial, Felipe, sería preboste de la catedral de Aquisgrán; 4º) el tercer hijo, Otón, iba a recibir el condado de Borgoña; 5º) el cuarto vástago, Conrado, se quedaba con el condado de Rothemburgo y obtenía como prometida a la infanta castellana Berenguela, hija de los reyes de Castilla, Alfonso VIII (1155-1214) y Leonor Plantagenêt (1160-1214). El emperador se consagró a la cruzada y decidió dirigirse a Siria por vía terrestre, ya que no tenía dinero para las naves genovesas. Con la finalidad de evitarse problemas innecesarios dirigió mensajes con suma delicadeza y cortesía al sultán Kili-Arslan II de Iconio, al rey Bela III Alexios de Hungría, al supán Esteban II Nemanjic de Serbia y al emperador Isaac II el Ángel (1187-1195) de Bizancio.

La disciplina de los cruzados fue muy exigente y rígida, ya que solo se aceptó a aquellos que se pudiesen armar por su cuenta y con su riesgo, y pudiesen subvenir a sus propias necesidades durante dos años, por lo tanto sería una cruzada para caballeros, los mercaderes serían controladísimos. Los cruzados fueron convocados para la primavera de 1189, en Ratisbona, de aquí

irían hasta Bizancio sin realizar ningún tipo de agresión contra los intereses del Imperio Romano de Oriente; desde su capital, Constantinopla, marcharían hasta el reino cristiano de Armenia Menor y, por fin, podrían atacar ya a los territorios dominados por Saladino. Los cruzados concentrados eran unos veinte mil. La partida comenzó el 11 de mayo de 1189, y se caminó sin ningún tipo de problemas hasta que llegaron a los desfiladeros del valle del río Morava y la región de la ciudad de Sofía, donde ya fueron atacados por grupos de bandoleros incontrolados, serbios y búlgaros, la cuestión militar fue solventada con más pena que gloria, hasta llegar al territorio del taimado emperador bizantino, quien desconfiaba de que el Staufen no pretendiese acceder al Imperio Universal; por ello negoció, secretamente, con Saladino, que manifestó que reconocería los derechos únicos del bizantino sobre Tierra Santa si no luchaban en su contra. Federico Barbarroja ya esperaba este tipo de juego sucio político, al que estaban tan habituados los bizantinos y siguió sus planes prefijados al dedillo. Por lo tanto, el 24 de agosto, el emperador, asaltó Filópolis y envió embajadores a Constantinopla para explicarle al emperador de Bizancio cuáles eran sus intenciones, pero fueron encarcelados, por lo que el ejército alemán se va a ver obligado a marchar contra la propia capital bizantina, atravesando el territorio a sangre y fuego. Estaba tan iracundo que mandó a su propio hijo Enrique VI, por escrito, que preparase una flota para atacar Bizancio, previa la predicación del papa de otra cruzada, en este segundo caso contra el Imperio Romano de Oriente. En octubre conquistó Andrianópolis, por lo que el emperador bizantino accedió a firmar un armisticio, el 21 de enero de 1190, por medio del cual el Staufen aceptaba respetar Constantinopla y se desviaba hacia Gallípoli, siempre que Isaac II le facilitase víveres y barcos para poder atravesar el estrecho del Bósforo. Tras un descanso de dos meses, a finales de marzo reemprendió el camino hacia los reinos de Iconio y de Armenia. Pero en estos momentos los mahometanos de Iconio ya habían cambiado de bando, la causa estribaba en que Saladino, de forma artera, había apoyado un golpe de estado que había mutado el poder a manos de los hijos del sultán citado con anterioridad, entonces muchos caballeros alemanes perecieron y los víveres comenzaron a escasear, pero el 18 de mayo Iconio era tomada al asalto y el nuevo sultán debió asegurar ruta y víveres para la milicia alemana, entonces las tornas variaron y al llegar a Armenia Menor los alemanes fueron recibidos con júbilo y gozo.

De forma inexplicable, el 10 de junio de 1190, el emperador Federico I Barbarroja Hohenstaufen, con su pesada armadura puesta, intentó vadear a caballo el río Selif, yendo guiado por guías armenios, para poder llegar hasta la ciudad de Seleucia, pero el caballo del emperador dio un traspiés y Federico Barbarroja cayó al agua al perder el control del equino, entonces fue arrastrado por la corriente y se hundió por el peso de su armadura, cuando consiguieron rescatar su cuerpo, desgracia-

damente ya había dejado de existir. No obstante existe una segunda hipótesis que indica que el emperador, para paliar el enorme calor que había en la zona, intentó bañarse con la armadura y, por el frío existente en las aguas del río, sufrió una Infarto agudo de miocardio y se ahogó. Sea como fuere, su muerte fue un cataclismo para los cruzados y, entonces, algunos caballeros huyeron en dirección hacia Alemania; pero Federico de Suabia iba a conseguir restablecer la disciplina y conducir la milicia hasta Antioquía, donde una epidemia de peste diezmó al ejército alemán matando al propio príncipe, los exiguos restos irían a engrosar las fuerzas de los ejércitos ingleses de Ricardo I Corazón de León Plantagenêt de Inglaterra y franceses de Felipe II Augusto Capeto de Francia, en la batalla de San Juan de Acre. Así iba a desaparecer de la faz de la tierra, el más grande de los emperadores del Sacro Imperio Romano y Germánico, alguien que tenía una idea clara de lo que eran sus Estados y lo que significaba su autoridad en ellos. En todos sus dominios dejó una huella indeleble de su memoria. En Federico I Barbarroja podemos encontrar a un jefe inteligente, enérgico y autoritario, que tenía la suficiente capacidad como para saber cuándo no se podía luchar contracorriente, sacando el mejor partido posible de todas las situaciones, incluyendo las adversas. Fue el más grande monarca de su época y sus ambiciones estuvieron a la altura de su idiosincrasia y, además, en un momento histórico en que la pléyade de gobernantes europeos es magnífica, desde Enrique II Plantagenêt de Inglaterra hasta Luis VII el Joven Capeto de Francia y los descendientes de ambos: Ricardo I Corazón de León y Felipe II Augusto, y los monarcas hispanos: Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII el Fuerte de Navarra, o los leoneses Fernando II y el genial intuitivo Alfonso IX, entre otros de mayor o menor enjundia. «Si Allah-Dios, no se hubiera dignado mostrar su bondad a los musulmanes haciendo perecer al rey de los alemanes en el mismo instante en que iba a penetrar en Siria, hoy se escribiría: Siria y Egipto pertenecieron en otro tiempo al Islam»⁴⁸. "*Puluer erit et puluer reuerterit*".

BIBLIOGRAFÍA

- -Aguilera, C. (coordinadora) (1988): *Historia Universal. El Renacimiento. Los Descubrimientos. La Reforma*; Sarpe.
- -Aguilera, C. (1988): *Historia Universal. Roma. La Edad Media*; Sarpe.
- -Alborg, J. L. y Ballesteros, M. (1973): *Historia Universal Hasta el siglo XIII*; Gredos.
- -Álvarez Palenzuela, V. A. (coordinador) (2002): *Historia Universal de la Edad Media*; Ariel.
- -Aurell, M. (2004): *L'Empire des Plantagenêt*; Perrin.
- -Aurell, M. y García de la Borbolla, A. (editores) (2004): *La imagen del obispo hispano en la Edad Media*; Eunsu.
- -Ayala, C. de (2004): *Las Cruzadas*; Silex.
- -Balcells, A. (director) (2006): *Historia de Cataluña*; La Esfera de los Libros.
- -Baldwin, J. (1991): *Philippe Auguste*; Fayard.
- -Barber, M. (2001): *Templarios, la nueva caballería*; Martínez Roca.
- -Bartlett, R. (2002): *Panorama Medieval*; Blume.
- -Bartlett, W. C. (2006): *Los Asesinos*; Crítica.
- -Baudouin, B. (2004): *La fantástica epopeya de las Cruzadas, 1096-1291*; De Vecchi.
- -Binst, O. (editor) (2000): *Oriente Próximo*; Könnemann.
- -Bloch, M. (2002): *La Sociedad Feudal*; Akal.
- -Bogdan, H. (1995): *Les Chevaliers Teutoniques*; Perrin.
- -Boussard, J. (1956): *Le Gouvernement D'Henri II Plantagenêt*; Librairie d'Argences.
- -Caucci von Saucken, P. (editor) (2003): *Santiago. La Europa del Peregrinaje*; Lunewerg.
- -Chierici, S. y Citi, D. (1979): *Europa Románica: Piamonte, Liguria y Valle de Aosta*; Encuentro.
- -Chierici, S. (1985): *Europa Románica: Lombardia*; Encuentro.
- -Cierva, R. de la (2001): *Templarios. La Historia oculta*; Fenix.
- -Cierva, R. de la (2006): *Templarios, La Historia*; Fenix.
- -Cipolla, C. M. (1987): *Historia Económica de Europa. La Edad Media*; Ariel.
- -Devismes, F. (1989): *Historia de las Grandes Civilizaciones*; Espasa Calpe.
- -Diago, M. (1996): *El Imperio en la Europa Medieval*; ArcoLibros.
- -Díez Celaya, F. (2003): *Los Templarios*; Acento.
- -Eco, U. (2003): *Baudolino*; De Bolsillo/Lumen.
- -Engel, U.; Toman, R.; Riestra, P. de la y Freigang, C. (1999): *El Gótico*; Könnemann.
- -Fadden, T. F. (2005): *Historia de las Cruzadas*; Blume.
- -Favier, J. (2004): *Les Plantagenêts*; Fayard.
- -Flori, J. (2002): *Ricardo Corazón de León*; Edhasa.
- -Flori, J. (2005): *Leonor de Aquitania*; Edhasa.
- -Fossier, R. (1984): *La infancia de Europa. Aspectos económicos y sociales*; Labor.
- -Fossier, R. (1984): *La infancia de Europa. El hombre y su espacio*; Labor.
- -Freemantle, A. (1996): *La edad de la fe*; Folio.
- -Fuente, M. J. (2003): *Reinas Medievales en los reinos hispánicos*; La Esfera de los Libros.
- -García Atienza, J. (2006): *Caballeros Teutónicos*; Planeta/D'Agostini/Martínez Roca.
- -García de Cortázar, J. A. y Valdeón Baroque, J. (1986): *Historia Universal. La Plenitud del Medievo*; Club Internacional del Libro/Nájera.
- -García de Cortázar, J. A. y Sesma, J. A. (2003): *Historia de la Edad Media*; Alianza.
- -Gibbon, E. (1984): *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano. El Imperio de Oriente y las Cruzadas (años 733 a 1261)*; Turner.
- -Gillingham, J. (2002): *Richard I*; Yale University Press.
- -González Cremona, J. M. (1985): *El gran libro de los Templarios*; Mitre.
- -Grousset, R. (2002): *La epopeya de las Cruzadas*; Palabra.
- -Guenée, B. (1985): *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados*; Labor.
- -Guijarro, J. (2006): *El tesoro oculto de los templarios*; Planeta/D'Agostini/Martínez Roca.
- -Hamilton, B. (2001): *Las Cruzadas*; Acento.
- -Hancock, G. (2006): *La búsqueda del Santo Grial*; Planeta/D'Agostini/Martínez Roca.
- -Heers, J. (1984): *Historia de la Edad Media*; Labor.
- -Hindley, G. (2004): *Las Cruzadas*; Ediciones-B/Javier Vergara.
- -Hooper, N. y Bennett, M. (2001): *La guerra en la Edad Media, 768-1492*; Akal.
- -Hopkins, A. (2001): *La Edad de la Caballería*; Celeste/Raíces.
- -Isasa, J. de (2003): *Historia de la Iglesia. De los Inicios a la Baja Edad Media*; Acento.
- -Johnson, P. (2004): *Historia del Cristianismo*; Ediciones B/Javier Vergara.
- -Klapisch-Zuber, C. (editor) (1992): *Historia de las mujeres*; Taurus/Santillana.
- -Keen, M. (1986): *La Caballería*; Ariel.
- -Koenigsberger, H. G. (1991): *Historia de Europa. La Edad Media, 400-1500*; Crítica.
- -Laboa, J. M. (2005): *Historia de los Papas*; La Esfera de los Libros.
- -Ladero Quesada, M. A. (2001): *Historia Universal. Edad Media*; Vicens Vives.
- -Lawrence, C. H. (1999): *El Monacato Medieval*; Gredos.
- -Le Goff, J. (1986): *Los intelectuales en la Edad Media*; Gedisa.
- -Le Goff, J. (1999): *La civilización del Occidente Medieval*; Paidós.
- -Le Goff, J. y Schmitt, J. C. (editores) (2003): *Diccionario razonado del Occidente Medieval*; Akal.
- -Llorca, B.; García-Villoslada, R. y Laboa, J. M. (1988): *Historia de la Iglesia Católica. Edad Media*; Biblioteca de Autores Cristianos.
- -Luddy, A. J. (1963): *San Bernardo*; Rialp.
- -Maalouf, A. (1999): *Las cruzadas vistas por los árabes*; Alianza.
- -Mac Kitterick, R. (2002): *Historia de Europa, Oxford. La Alta Edad Media*; Crítica.
- -Martín Rodríguez, J. L. (1985): *Las Cruzadas*; Historia-16.
- -Martín Rodríguez, J. L. (2000): *Historia de la Humanidad. Edad Media*; Alianza.
- -Martínez Díez, G. (2001): *Los Templarios en los Reinos de España*; Planeta.
- -Matthew, D. (2005): *Europa Medieval*; Folio.
- -Maurois, A. (1966): *Historia de Alemania*; Blume.
- -Mayer, H. E. (2001): *Historia de las Cruzadas*; Istmo.
- -Mitre, E.; García Moreno, L. A.; Sarasa, E. y Ladero Quesada, M. A. (1994): *Historia Universal. Alta Edad Media*; Historia-16.
- -Mitre, E.; (1999): *Historia de la Edad Media en Occidente*; Cátedra.
- -Moore, R. I. (1989): *La formación de una sociedad represora*; Crítica.
- -Moore, R. I. (2003): *La primera revolución europea*; Crítica.
- -Nicholson, H. (2006): *Los Templarios*; Crítica.
- -Nicolle, D. (2006): *The Third Crusade, 1191*; Osprey.
- -Nieto, J. M. (1996): *El Pontificado Medieval*; ArcoLibros.
- -Oldenbourg, Z. (2003): *Las Cruzadas*; Edhasa.
- -Orlandis, J. (1989): *Historia Breve del Cristianismo*; Rialp.
- -Pacaut, M. (1971): *Federico Barbarroja*; Espasa Calpe.
- -Pacaut, M. (1990): *Frédéric Barberousse*; Fayard.
- -Pal, Equipo de Redacción (1986): *Historia Universal. La Baja Edad Media*; Mensajero.
- -Pernoud, R. (1988): *Richard Cœur de Lion*; Fayard.
- -Pernoud, R. (2000): *La mujer en tiempos de las cruzadas*; Complutense.
- -Piazzoni, A. M. (2005): *Las elecciones papales*; Desclée de Brouwer.
- -Pirenne, H. (1995): *Historia de Europa. Desde las invasiones al siglo XVI*; Fondo de Cultura Económica.
- -Poly, J. P. y Bournazel, E. (1983): *El cambio feudal (siglos X al XII)*; Labor.
- -Power, D. (2006): *Historia de Europa Oxford. El cenit de la Edad Media*; Crítica.
- -Rapelli, P. (2005): *Grandes dinastías y símbolos del poder*; Electa.
- -Reglá, J. (1973): *Historia de la Edad Media*; Renacimiento.
- -Reston, Jr., J. (2003): *Guerreros de Dios*; Plaza y Janés.
- -Richard, J. (1996): *Histoire des Croisades*; Fayard.
- -Runciman, S. (2002): *Historia de las Cruzadas*; Alianza.
- -Saint John Parker, M. (1990): *Britain's Kings and Queens*; Pitkin.
- -Sánchez Sesa, R.; Álvarez Palenzuela, V. A.; Alvira, M. y Valdeón Baroque, J. (1996): *Historia Universal. Baja Edad Media*; Historia

ria-16.

- -Seward, D. (2004): *Los monjes de la Guerra*; Edhasa.
- -Spengler, O. (2005): *La decadencia de Occidente*; Espasa Calpe/RBA.
- -Spufford, P. (1991): *Dinero y moneda en la Europa Medieval*; Crítica.
- -Tate, G. (1999): *Las Cruzadas*; Claves/Ediciones-B.
- -Tyerman, C. (2005): *Las Cruzadas*; Crítica.

ca.

- -Ullmann, W. (1983): *Historia del pensamiento político en la Edad Media*; Ariel.
- -Valdeón Barúque, J. (1999): *El Feudalismo*; Historia-16.
- -Valode, P. (2006): *Historia de las Civilizaciones*; De Vecchi.
- -Vázquez Alonso, M. J. (2005): *Jesús y el enigma de los templarios*; Edaf.
- -Vel Hartman, S. G. (2005): *Las Cruzadas*; Círculo Latino.

Círculo Latino.

- -VV. AA. (2002): *Historia Universal, Larousse. El Feudalismo y las cruzadas*; Spes/RBA.
- -VV. AA. (2004): *Historia Universal. La Edad Media*; Salvat/El País.
- -Walker, M. (1993): *La historia de los templarios*; Edicomunicación.
- -Warren, W. L. (1977): *Henry II*; Yale University Press.

NOTAS

- 1.- Apud Marcel Pacaut, "Federico Barbarroja", 1970 y "Frédéric Barberousse", 1990.
- 2.- Texto proveniente crítico de Federico Barbarroja, apud M. Pacaut, op. cit.
- 3.- Carta del Papa San Gregorio VII al duque Rodolfo de Suabia, el 1 de septiembre de 1073, edición de E. Gallego Blanco, 1973.
- 4.- M. Pacaut, op. cit.
- 5.- "Gesta Friderici Imperatoris", apud M. Pacaut, op. cit.
- 6.- M. Pacaut, op. cit.
- 7.- Otón de Freising, apud M. Pacaut, op. cit.
- 8.- M. Pacaut, op. cit.
- 9.- M. Pacaut, op. cit.
- 10.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 11.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 12.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 13.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 14.- Apud M. Pacaut, op. cit.

- 15.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 16.- M. Pacaut, op. cit.
- 17.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 18.- M. Pacaut, op. cit.
- 19.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 20.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 21.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 22.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 23.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 24.- M. Pacaut, op. cit.
- 25.- M. Pacaut, op. cit.
- 26.- M. Pacaut, op. cit.
- 27.- E. Jordán. "L'Allemagne el L'Italieaux XII et XIII siècles, 1937, apud M. Pacaut, op. cit.
- 28.- M. Pacaut, op. cit.
- 29.- Cardenal Boson. "Alexandri III, vita", 1887, apud M. Pacaut, op. cit.
- 30.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 31.- San Bernardo de Claraval al Papa Eu-

genio III, apud M. Pacaut, op. cit.

- 32.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 33.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 34.- Cardenal Boson, apud M. Pacaut, op. cit.
- 35.- M. Pacaut, op. cit.
- 36.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 37.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 38.- M. Pacaut, op. cit.
- 39.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 40.- M. Pacaut, op. cit.
- 41.- M. Pacaut, op. cit.
- 42.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 43.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 44.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 45.- M. Pacaut, op. cit.
- 46.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 47.- Apud M. Pacaut, op. cit.
- 48.- Ibn Al-Athir, 1160-1233, "La Historia Completa", apud J. M^a García-Osuna.